

**CARTAS  
DE  
AYER Y DE HOY**

**CICLO "B"**

**Luis Fernández Aller**



CARTAS  
DE  
AYER Y DE HOY

Ciclo "B"

Al P. Bonifacio y Frater-  
nidad en el día de  
su santo



2-D-76 Luis Fernández Aller



*(Con las debidas licencias)*

ISBN: 84-400-8820-5

Depósito legal: M. 20.919-1975

---

Imprime: Gráficas Jomagar, S. L. - MOSTOLES (Madrid)

# INDICE

## ADVIENTO

Primer domingo, <i>Vive tu vida</i> ... ..	8
Segundo domingo, <i>La hormiga y la torre</i> ... ..	10
Tercer domingo, <i>Abajo los profetas</i> ... ..	12
Cuarto domingo, <i>Predicar el Evangelio</i> ... ..	14

## NAVIDAD

Natividad del Señor, <i>Dios sigue hablando</i> ... ..	18
Sagrada Familia, <i>Carta a la familia</i> ... ..	20
Año Nuevo, <i>Todos los años son de la mujer</i> ... ..	22
Segundo domingo, <i>La bendición de Dios</i> ... ..	24
Epifanía del Señor, <i>¡La paz!</i> ... ..	26
Bautismo del Señor, <i>Colaboradores del Evangelio</i> ... ..	28

## CUARESMA

Primer domingo, <i>El bautismo: realidad y simbolo</i> ... ..	32
Segundo domingo, <i>¡Tened confianza!</i> ... ..	34
Tercer domingo, <i>La Cruz</i> ... ..	36
Cuarto domingo, <i>Todo es gracia de Dios</i> ... ..	38
Quinto domingo, <i>El planeta rebelde</i> ... ..	40
Domingo de Ramos, <i>Semana Santa</i> ... ..	42

## PASCUA

Domingo de Resurrección, <i>Levadura en la masa</i> ... ..	46
Segundo domingo, <i>A vueltas con el amor</i> ... ..	48
Tercer domingo, <i>Otra vuelta al amor</i> ... ..	50
Cuarto domingo, <i>Una cosa muy seria</i> ... ..	52
Quinto domingo, <i>Obras son amores</i> ... ..	54
Sexto domingo, <i>¿En qué consiste el amor?</i> ... ..	56
Ascensión del Señor, <i>La ascensión</i> ... ..	58
Séptimo domingo, <i>La razón de la sinrazón</i> ... ..	60

Domingo de Pentecostés, <i>Unidad en el espíritu</i> ... ..	62
Santísima Trinidad, <i>¡Abba! Padre</i> ... ..	64
Solemnidad del Corpus Christi, <i>La sangre del Cordero</i> ...	66

## DOMINGOS DURANTE EL AÑO

Segundo domingo, <i>¡Contamos contigo!</i> ... ..	70
Tercer domingo, <i>Con los ojos muy abiertos</i> ... ..	72
Cuarto domingo, <i>Sin trampa ni cartón</i> ... ..	74
Quinto domingo, <i>La paga</i> ... ..	76
Sexto domingo, <i>La simpatía</i> ... ..	78
Séptimo domingo, <i>¡Palabra de honor!</i> ... ..	80
Octavo domingo, <i>Las recomendaciones</i> ... ..	82
Noveno domingo, <i>La luz y el humo</i> ... ..	84
Décimo domingo, <i>Tesoro de gloria</i> ... ..	86
Undécimo domingo, <i>Los desterrados</i> ... ..	88
Duodécimo domingo, <i>El eterno sueño</i> ... ..	90
Decimotercer domingo, <i>Las colectas</i> ... ..	92
Decimocuarto domingo, <i>Mi fuerza está...</i> ... ..	94
Decimoquinto domingo, <i>La visita que «sí» llamó al timbre.</i>	96
Decimosexto domingo, <i>¡Abajo los muros!</i> ... ..	98
Decimoséptimo domingo, <i>El prisionero</i> ... ..	100
Decimooctavo domingo, <i>Ser en Cristo</i> ... ..	102
Decimonoveno domingo, <i>¡Liberación!</i> ... ..	104
Vigésimo domingo, <i>Escuela de peatones</i> ... ..	106
Vigésimo primer domingo, <i>El amor</i> ... ..	108
Vigésimo segundo domingo, <i>¡Pobre gente!</i> ... ..	110
Vigésimo tercer domingo, <i>Asientos reservados</i> ... ..	112
Vigésimo cuarto domingo, <i>¡Que Dios le ampare, hermano!</i>	114
Vigésimo quinto domingo, <i>La envidia</i> ... ..	116
Vigésimo sexto domingo, <i>Poder y podredumbre del dinero.</i>	118
Vigésimo séptimo domingo, <i>¡Hermanos!</i> ... ..	120
Vigésimo octavo domingo, <i>¡Palabra de Dios!</i> ... ..	122
Vigésimo noveno domingo, <i>Mantengamos la fe</i> ... ..	124
Trigésimo domingo, <i>Las debilidades del sacerdote</i> ... ..	126
Trigésimo primer domingo, <i>¡Ministros de Cristo!</i> ... ..	128
Trigésimo segundo domingo, <i>De una vez para siempre</i> ...	130
Trigésimo tercer domingo, <i>La duda ofende</i> ... ..	132
Solemnidad de Cristo Rey, <i>El príncipe de los reyes</i> ... ..	134

## FIESTAS

Festividad de la Inmaculada Concepción, <i>La Inmaculada.</i>	138
San José, <i>¿Por qué?</i> ... ..	140
San Pedro y San Pablo, <i>Dos campeones</i> ... ..	142
Santiago: Patrono de España, <i>El equilibrio</i> ... ..	144
La Asunción de María, <i>¡Resucitó!</i> ... ..	146
Todos los Santos, <i>Ser santo hoy</i> ... ..	148

# Prólogo

Querido amigo:

*Con esta carta inicial quiero responder a tantas cartas como he recibido a propósito de mis publicaciones y que no me ha sido posible responder personalmente, como hubiera sido mi deseo. Os agradezco a todas vuestras palabras de aliento. Sinceramente.*

*El título de este libro hace referencia a esa segunda lectura dominical que suele ser ordinariamente una carta. Son unas reflexiones sencillas sobre las mismas.*

*El hecho de no hacer una homilía única para las tres lecturas va motivada por las siguientes razones:*

*Porque, siguiendo los consejos de los mejores pastoralistas, nunca una homilía debe exceder los diez minutos. Mejor si sólo dura siete. Querer decir algo sobre las tres lecturas en este tiempo es no decir nada. Es limitarse a repetir lo que se acaba de leer. Un defecto muy difícil de corregir.*

*Porque, la experiencia lo dice, casi siempre son los mismos oyentes en las mismas misas. Cada tres años se repiten los ciclos, sería repetir un poco las homilías. Y aunque suelen ser nuestros oyentes olvidadizos, no siempre y no de todo.*

*Pretendo, pues, facilitar a los sacerdotes el tener para los mismos domingos una homilía diferente. Por eso he procurado no repetir ideas, y mucho menos anécdotas, etc.*

*Espero haber conseguido en parte el propósito.*

*Y confío que te sea de mucha utilidad.*

*Incluso va editado, no es lo más estético, pero sí lo más práctico de izquierda a derecha para que se pueda tener abierto sobre el ambón. Igual que los anteriores.*

*Dándote las gracias por todo de nuevo se despide amigo y hermano en Cristo Sacerdote,*

LUIS FERNANDEZ ALLER.

Madrid, 1975.



# Adviento

# Primer domingo de Adviento

*«Dios os llamó a participar en la vida de su Hijo Jesucristo Señor nuestro. ¡El es fiel!»  
(1 Cor. 1, 9).*

¡VIVE TU VIDA!

En mi libro «El Evangelio, domingo a domingo» he comentado los «Evangelios» del ciclo B de la nueva liturgia. Quiero ahora, en estos artículos dominicales, comentar las «Epístolas».

Nada mejor, para empezar un nuevo año litúrgico, que las palabras de San Pablo a los corintios, que la Iglesia nos recuerda hoy. San Pablo habla de la nueva vida que tenemos en Cristo.

Una vida que vivimos sin darnos cuenta, y sin darse cuenta el mundo. Es como el palpar del corazón que no lo advertimos sino cuando enfermamos de taquicardia.

Entre las muchas vidas que el hombre tiene y le asemejan a todos los seres de la creación, está esta vida sobrenatural. Auténtica vida divina. Ni más ni menos. Tiene una vida semejante a Dios. Es deiforme, con capacidad de conocer y amar al modo divino.

La incorporación a Cristo, el constituir con El un cuerpo místico, es mucho más que una metáfora. Es formar parte de una inmensa vida, con una corriente vital, común. Y así como la sangre del corazón llega hasta la última de las venas, así la misma vida divina de Cristo llega hasta el último de los cristianos.

Porque «Dios nos llamó a participar en la vida de su Hijo, Jesucristo Señor Nuestro». Por eso podemos decir de cualquier cristiano aquello de que es otro Cristo. Esa expresión, que a veces se ha dejado para denominar a los grandes santos, porque han sido como una plasmación tangible de la vida de Cristo, vale para todos los cristianos. Por el bautismo hemos sido incorporados a Cristo. Y tenemos esa vida divina de la gracia que nos hace miembros vivos de Cristo,

hijos de Dios y herederos del cielo. Lo que importa es estar siempre vivos. En gracia de Dios. No sea que, al igual que en el cuerpo, cuando la sangre no riega algunos miembros, esos miembros mueren.

Si a algunos santos se les ha calificado de «otros Cristos» es, sobre todo, por el testimonio de vida cristiana que han dado ante el mundo. Y ese testimonio es el que San Pablo desea que den los cristianos: «Porque en nosotros se ha probado el testimonio de Cristo.» Hoy, y para el mundo de hoy, somos nosotros los que tenemos que dar ese testimonio.

¿Qué testimonio? Está ante todo el testimonio del amor. No por tan sabido deja de ser una verdad: el gran mandamiento de Cristo es el mandamiento del amor. Es la auténtica señal del cristiano. Si se repite eso no es como un eslogan. Es como una verdad que debemos recordar siempre y quizá tenemos un tanto olvidada.

Si nos tomamos la molestia de continuar leyendo la carta de San Pablo, vemos que inmediatamente exhorta a la caridad y que condena ciertas divisiones que ha habido en la comunidad de Corinto. Se ha dicho muy bien que lo que une viene de Dios, y lo que desune, del diablo. El diablo es el gran cizañero de la historia. El humo de Satanás del cual habló Pablo VI en un junio memorable ha sembrado la desunión entre nosotros.

Dejando a un lado el gran desgarrón y escándalo de la desunión de las Iglesias cristianas, que es el gran impedimento para la conversión del mundo a nuestra fe, tenemos la íntima desunión de los católicos. También en nuestra Patria. Esta guerra sorda, y a veces no tan sorda, que nos hacemos, hace que lo que debiera ser un testimonio de vida cristiana sea un antitestimonio.

Como un programa de unidad, quiero recordar las palabras de Juan XXIII. Lo gritó para todos los hombres, desde su ventana del Vaticano, aquel 11 de octubre de 1962, día de la apertura del Concilio:

«Terminamos una jornada de paz. Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra al hombre paz. Repetir muchas veces estas palabras de augurio. Y cuando veáis que ya la paz os une, pensad: he aquí lo que debía ser la vida y lo que será la eternidad. Continúa queriéndoos los unos a los otros. Dejad a un lado todo lo que separa. Amarse es lo que importa.»

## Segundo domingo de Adviento

*«Queridos hermanos: No perdáis de vista una cosa: para el Señor un día es como mil años y mil años como un día» (2 Pt. 3, 8).*

### LA HORMIGA Y LA TORRE

Me quiero imaginar a una hormiga subiendo por la torre de una catedral, de cualquiera de nuestras grandiosas catedrales góticas. Estoy seguro que se imaginará que es algo inmenso, algo que no termina nunca. Para ella las meras juntas de las piedras, que no tienen relieve para nosotros, serán como valles. En fin, renuncio a imaginar lo que pensará —o sentirá— la diminuta hormiga.

Lo mismo nos sucede a nosotros. Tenemos que ver las cosas con perspectiva para verlas bien. Por eso delante de las fachadas de las catedrales suele haber unas grandes plazas para que se dominen en toda su grandiosidad.

Y si nos subimos en un avión y miramos a diez mil metros: los pantanos nos parecen meros ríos; las carreteras, la marca de un dedo sobre el barro del mundo, y el mundo, más grande, más bello, mejor.

Y al revés. Si nos elevamos, hay cosas que pierden importancia, y sólo lo grande aparece más grande.

Pienso que la lección nos vale relacionándola con Dios. De Dios muchas veces hemos hecho —y con perdón— algo así como un muñeco que se mueve al impulso de nuestros impulsos: que piensa, siente, reacciona al compás nuestro. Y no nos damos cuenta que el acontecer de muchas generaciones es un instante en su vida eterna.

No que nos contemple olímpicamente, de una manera despectiva, como a veces también nos imaginamos. Pues él está metido en nuestras propias vidas y en nuestro acontecer. Sino que la importancia que damos nosotros a ciertas cosas apenas si las tiene para él, porque ha visto toda la historia de los hombres. Y sabe a qué atenerse.

Cada generación se harta de decir que nunca el mundo ha sido tan malo ni ha estado tan mal como en sus tiempos. Si pudiera parar el reloj de su vida y darle cuerda cincuenta años después oíría alabar aquellos tiempos que tanto despreció.

Oímos ahora decir que ésta es la generación del fin. No voy a insistir en ello, pues en otra parte —incluso en un libro— insistí sobre el tema. Pero ya se viene diciendo lo mismo desde el principio. Y ya vemos. ¿No sería mejor dejar las cosas en manos de Dios? Sin que esto suponga una huelga de brazos caídos, sino todo lo contrario.

Prefiero escuchar las palabras de un gran profeta de nuestro tiempo —no precisamente de calamidades—, Juan XXIII, que en el discurso de apertura del Vaticano II dijo:

«En el cotidiano ejercicio de nuestro ministerio pastoral llegan, a veces, a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de almas que, aunque con celo ardiente, carecen de sentido de la discreción y de la medida.

Tales son quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina. Dicen y repiten que nuestra hora, en comparación con las pasadas, ha empeorado, y así se comportan como quienes nada tienen que aprender de la historia, la cual sigue siendo maestra de la vida, y como si en los tiempos de los precedentes concilios ecuménicos todo procediese próspera y rectamente en torno a la doctrina y a la moral.

Mas nos parece necesario decir que disentimos de esos profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos sucesos, como si fuese inminente el fin de los tiempos.»

Alientan estas palabras. Han sido proféticas. Para muchos el Concilio ha supuesto una liberación. Y el cambio no ha sido para mal, ni mucho menos, aunque algunos piensen que blanqueando los sepulcros éstos dejan de existir. Seamos sinceros y realistas.

## Tercer domingo de Adviento

*«No apaguéis el espíritu, no despreciéis el don de profecía; sino examínadlo todo, quedándoos con lo bueno» (1 Tes. 5, 19).*

### ¡ABAJO LOS PROFETAS!

Dan ganas, con todos los respetos, de contradecir a San Pablo, que nos dice hoy: «No despreciéis el don de profecía...»

Cuando uno ve lo que ve y oye lo que oye se encorajina contra tantos que se dicen profetas de los nuevos tiempos y no son nada más que charlatanes de feria que nos quieren hacer pasar por buena su mercancía.

Por mucho que nos digan que lo blanco es negro, y lo verde gris, cuando se rozan verdades que todos creemos como de fe, sobran las teorías y las profecías.

¡Serán profetas! Pero de esos «falsos profetas» que siempre han pululado. De los que nos habla la Biblia en casi todos sus libros, y también San Pablo.

Hoy estamos en un período de efervescencia de profetismo. Por ello resulta fácil camuflar el oropel de la falsa profecía entre el oro viejo, eterno, de las grandes verdades que nos han revelado los auténticos profetas, y sobre todo Cristo, el gran profeta. También escribió San Pablo: «Ni aunque un ángel del cielo os anuncie un Evangelio distinto del que yo os he anunciado...»

Y, sin embargo, San Pablo tenía razón en lo que hoy nos quiere enseñar: «No despreciéis el don de profecía, sino examínadlo todo, quedándoos con lo bueno. Guardaos de toda forma de maldad.» Pues justamente lo que nos quiere inculcar es el discernimiento. Separando lo malo de lo bueno. Que también entonces había mucho pregoneo de resplandecientes novedades.

No podemos despreciar el auténtico don de profecía. Lo necesita la Iglesia, y se da. Lo importante es hallarlo entre la babel de palabrería actual. Para encontrar una pepita de oro hay que remover centenares de metros cúbicos de arena, o andar kilómetros de río. Para encontrar hoy en estos tiempos de renovación una minúscula verdad «nueva», que da luz a la gran verdad de Dios, hay que pensar mucho, leer mucho, abandonar fulgurantes teorías que son fuegos fatuos que brillan una noche. En fin, escuchar más que hablar.

Tenemos unas pistas ciertas para ello. En primer lugar, la contrastación con el Evangelio. Todo aquello que esté conforme con el Evangelio, que nos presente un Cristo real, auténtico, tal como aparece en el Evangelio, con su cruz y todo, tiene visos de ser verdadero.

La segunda pista es la conformidad con la enseñanza genuina de la Iglesia. Hay verdades que lo son de manera cierta, definida, y eso no lo puede remover nadie, por mucho que el dogma evolucione. Evolucionar no es pulverizar.

Tenemos el magisterio actual de la Iglesia. Existe un Concilio que citamos con mayúsculas, pero que quizá estudiamos muy poco. Un Credo del Pueblo de Dios que no hemos olvidado, porque no hemos aprendido. Un Pontífice que recuerda constantemente unas verdades. Un magisterio episcopal que en bloque sigue siendo sucesor de los apóstoles en cuestiones de fe y de costumbres. Un pueblo de Dios que, unido a sus pastores, tiene un instinto certero de lo divino.

Ese es el camino seguro. La historia nos viene a dar la razón. Cuando se rompe el hilo de oro que a cualquier innovador lo separa de la obediencia de la Iglesia, lo que queda es una barca que hace miles de aspavientos en el mar, que levanta alguna tempestad y termina por estrellarse.

Unidos a los pastores, a la Iglesia —con mayúscula—, la renovación se dará, y el auténtico profetismo. Porque profeta es vidente. Mira hacia adelante. Busca un progreso en lo espiritual. Comenzando por sí mismo. ¿No dijo el Papa Pablo VI que sin renovación interior no habría verdadera renovación? Y San Pablo nos recuerda hoy: «No apaguéis el espíritu.»

## Cuarto domingo de Adviento

*«Hermanos: Al que puede fortalecernos según el Evangelio que yo proclamo, predicando a Cristo Jesús (Rom. 16, 25).»*

### PREDICAR EL EVANGELIO

Un joven pidió a un sacerdote que le recomendase al menos tres libros estupendos para su espíritu. Este le dijo: «El primero que te recomiendo es el Evangelio. El segundo, el Evangelio. Y el tercero, el Evangelio.»

Pienso que es una manera de llamar la atención sobre el libro de los libros, para que al menos se lea una vez.

Pues resulta que en estos «tiempos de confusión» —la frase no es mía; es de todos— muchos encontrarían su orientación leyendo el Evangelio. La brújula de fe mira siempre al Evangelio. Cierto que se levantan ahora muchos evangelistas, pero los auténticos son cuatro, y el Evangelio, sólo uno.

También llegan noticias de que en cualquier templo del mundo, «en estos tiempos de contestación», un fiel ha gritado al cura en la homilía: «Predique usted el Evangelio.» Y se marchó. Encontró una disculpa para salirse, para no volver, para librarse de una obligación que, quiera o no, sigue pesando sobre su alma.

Suscribo totalmente la frase: «Hay que predicar el Evangelio.» Pero quizá si muchos leyesen el Evangelio se darían cuenta que las páginas eternas del libro sagrado tienen muchas implicaciones temporales. Y que el Evangelio no hay que predicarlo a los ángeles, sino a los hombres. A ti y a mí, que comemos tres veces al día, que vestimos y calzamos, que estamos bajo un régimen, que vivimos entre personas que sufren, trabajan, callan y anhelan un mundo mejor.

Si el Evangelio no se predica con una aplicación concreta, urgente, para los hombres de ahora, se esteriliza.

El Evangelio es «buena nueva». Y si no tiene una solución, o al menos un cauce de solución para tantos problemas que hacen sufrir a los humanos, mal veo que pueda ser «buena nueva».

Plenamente conformes que no hay que hacer demagogia a propósito del Evangelio. Ni el altar ha de ser trampolín de lucimiento personal, ni vehículo de unas ideas políticas, sean del color que sean. El Evangelio, si no es para todos, no es para nadie.

El Evangelio es revelación de Dios a los hombres. Y cuando, por ejemplo, las gentes tienen hambre, tienes que hablarles de pan. Aparte de que el cielo se nos dará a cambio del pan que demos al hambriento —esto es puro Evangelio—, lo primero que necesita esa persona es llenar el estómago. Luego se le podrá saciar el corazón, que está mucho más cerca del estómago lleno que del vacío. Decía Gandhi: «Si Cristo viniese a la India, vendría en forma de pan.» Y en forma de pan ha ido, pues la labor misionera se llama ahora promoción y desarrollo.

Cada hombre es un mundo. El Evangelio es para todo el mundo. Mas la aplicación hay que hacerla para realidades concretas. Lo que puede sonar bien en una región puede ser dinamita en otra.

Pero —y el pero no lo pongo yo; lo pone San Pablo— el Evangelio es, ante todo y sobre todo, «para traer a todas las naciones a la obediencia de la fe». Si no conseguimos eso, cada cual en la parcela que le ha sido encomendada, estamos haciendo el canelo —sea dicho con todos los respetos—, y no predicamos «el Evangelio de Cristo Jesús».



Navidad

# Natividad del Señor

*«En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo» (Hbr. 1, 1-2).*

## DIOS SIGUE HABLANDO

Hubo una famosa novela de juventud, escrita por un belga que hizo furor en su tiempo: «Dios hablará esta noche».

Muy sugestivo el título y muy profunda y bella la novela. Pero yo le cambiaría el título: «Dios está hablando». Aquí y ahora.

Comencemos por el principio; así seguimos al pie de la letra el texto sagrado de la lectura de hoy.

Dios se reveló desde el principio al hombre. Dios se reveló en la historia, en la historia humana. Porque sólo en el marco de la historia de los hombres podían éstos comprenderle.

¿Cómo podrían «leer» el mensaje de Dios hecho en un mundo remoto, en un lenguaje sublime, en un marco distante, donde el hombre no era capaz de vivir, de estar, ni siquiera entrar?

Toda la historia de Israel nos grita que los acontecimientos de la historia, de la historia humana —que ellos supieron hacer sagrada—, fue el lugar de la revelación de Dios.

Y al llegar la plenitud de los tiempos Dios mismo se hizo Palabra para que los hombres le entendiesen. En el hecho de la Encarnación

de Dios hay muchas enseñanzas; todas ellas hacen jubilosa esta Navidad que estamos viviendo. Pero la carta a los hebreos, que hoy ha sido leída para nosotros, nos dice que el modo más perfecto que ha tenido Dios de revelarse fue la de hacerse hombre.

Tomó nuestra carne con todas sus consecuencias. Se hizo carne nuestra. De nuestra raza, de nuestro barro. Habló la lengua de los hombres. Una lengua vulgar, el arameo, que entonces hablaba el pueblo. Quiso ser plenamente inteligible.

¿Podemos decir que ahí terminó todo?

De ninguna manera. Cada día decimos nosotros, luego de leer cualquier texto sagrado: «Palabra de Dios.» Eso ha sido escrito y proclamado para nosotros. Para que lo hagamos vida nuestra, para que oigamos tras ello el aliento y la palabra de Dios. Porque la Escritura es un documento que palpita. Tiene vida detrás.

Pero tampoco podemos quedarnos ahí. Dios sigue revelándose en la historia. Sigue haciéndolo en el mismo marco que lo hizo. Sólo se necesita el profeta que lo perciba y que sea como el altavoz o el dedo mediador que nos lo traduzca. La historia sagrada sigue haciéndose. Ésto debe ser una alegría y una advertencia para cada uno de nosotros. La Constitución Conciliar del Vaticano II sobre la Sagrada Escritura nos recomienda la oración para percibir esa palabra de Dios.

Cito a un especialista actual que ha estudiado profundamente el tema:

«Los "signos de los tiempos" son los acontecimientos y procesos de la historia actual con significado trascendente. Tienen la misma estructura y la misma dinámica que "el hecho histórico" de la historia sagrada. Y es que son éstos exactamente. El Dios que se reveló en los signos de otros tiempos es el que se deja percibir en ellos. El que los percibe está insertado en la historia sagrada. Este es el testigo de que la historia sagrada sigue abierta, está haciéndose.»

Me parece que también el Concilio habló de «los signos de los tiempos»; tengamos el oído y el alma atentos para percibir tras ellos la palabra de Dios.

# La Sagrada Familia

*«Hermanos: Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable... (Col. 3, 12).*

## CARTA A LA FAMILIA

¡Navidades! Millones de christmas. Cartas. Telegramas. Llamadas telefónicas... El hogar —¡dulce hogar!— está en primer plano.

A veces pensamos en el hogar menos para hacerlo agradable que para hacernos agradable la vida a nosotros.

Escribimos a la familia, frecuentemente, más para pedir que para dar.

Recuerdo la anécdota del hijo que no escribía a los padres. Estos estaban preocupados. «¿Le habrá pasado algo? ¿Por qué no escribe?» «Os aseguro —les dijo un amigo— que tenéis carta de vuestro hijo a vuelta de correo.» Y les hizo escribir una carta que decía más o menos así:

«Querido hijo:

Te ponemos unas letras para que sepas de nosotros..., y te incluimos ese cheque para tus gastos, pues lo necesitarás.»

A las cuarenta y ocho horas tenían la respuesta: «Llegó la carta; pero el cheque, no.»

No es precisamente con egoísmo como se construye la felicidad del hogar. San Pablo, en su carta de hoy, nos da unas cuantas consignas que valen para todos, pero especialmente para los que tienen que convivir bajo un mismo techo. Dice:

«Sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente, y per-

donaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado; haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo.»

Todo un programa para la convivencia. Necesitamos todos misericordia. Hemos de aplicar a los otros la misma medida que pedimos para nosotros.

Necesitamos la bondad, porque si hay mal a nuestro alrededor debemos vencerlo con la sobreabundancia del bien que dimana de nosotros.

Necesitamos la humildad para ocupar ese último puesto que a nadie gusta, o para hacer ese trabajo que nos pone en actitud de servicio hacia los demás.

Necesitamos la dulzura, porque si la vida ya nos trae bastantes amarguras, si las espinas nos hieren por doquier, no vamos a ser tan canallas que nos dediquemos a sembrarlas con profusión, a derrochar nuestra energía y... hacerlas rebrotar con más fuerza.

Sobre todo, necesitamos la comprensión. Les hace falta a los hijos. Les hace falta a los padres. Suelen decir éstos: «Estos chicos...» Y ellos responden: «Estos viejos... ¡No nos comprenden!» Es muy posible. Pero cabría preguntar: ¿se comprenden ellos mismos? ¿Y qué hacen ellos para comprenderlos?

En la familia podrá haber roces, choques, pero debe triunfar una divina argamasa que está en la raíz de la misma familia: el amor. El «es el ceñidor de la unidad consumada». Donde existe el amor, todo se supera. Cuando eso se apaga, volver a encender la llama es casi imposible. Lo impide la ceniza arrojada sobre la antigua lumbre. Es casi un milagro.

Pero esos milagros se dan. Para que meditemos en todas estas cosas, para que la invoquemos y la tomemos por modelo ha puesto la Iglesia la fiesta de la Sagrada Familia en mitad de la liturgia de Navidad.

## Año Nuevo

*«Hermanos: Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer...»  
(Gal. 4, 4).*

### TODOS LOS AÑOS SON DE LA MUJER

Con este 1976 se abre a la esperanza y a la historia un año nuevo, y se cierra otro año, importante por varios conceptos, y uno de ellos por haber sido declarado por la O. N. U. Año Internacional de la Mujer.

Con tal motivo, una mujer alemana de ascendencia española, Esther Vilar, viajó expresamente a Nueva York para entregar una carta a la O. N. U. Era una carta de protesta por haber declarado el año 1975 como Año Internacional de la Mujer. Sin duda eso causó sorpresa, ya que en la resolución de la O. N. U. se dice que con ese año se pretende mejorar el «status» de la mujer. Y Esther Vilar dice que están mejor que los hombres. Que no tienen que ser liberadas, ya que los verdaderos esclavos son los hombres.

Esclavos, dice ella, de su trabajo. Las mujeres les obligan a trabajar mucho para que a ellas y a su hogar no les falte de nada. Las mujeres, dice E. Vilar, son maestras en sacar dinero y en hacer que los hombres satisfagan sus caprichos, usando para ello —frecuentemente— el cebo del erotismo.

Todo esto es una verdad a medias, que como todas las verdades a medias corre el peligro de ser la peor de las mentiras.

Sin duda que hay un grupo de mujeres supersofisticadas, que hacen de los hombres unos auténticos esclavos. Que los excitan y los incitan a darlas todo lo que ellas desean, y no les importa lo que traba-

jen o dejen de trabajar. Pero eso puede ser una minoría. Y volviendo la hoja, es otra manera de prostituir a la mujer. Es hacerla víctima del consumismo y ponerla al nivel de cebo para el hombre.

Aparte de que se trata de un número muy reducido, casi la excepción que confirma la regla, sabemos muy bien que millones de mujeres en el mundo necesitan ser liberadas.

Liberadas de un trabajo esclavizante. Echamos contra la sociedad de consumo, a veces con razón. Pero, bien pensadas las cosas, la sociedad de consumo supuso para muchas mujeres una auténtica liberación. Dejó de ser la auténtica esclava del hogar, donde tenía que trabajar como una esclava, porque de pronto comenzó a trabajar «Ruton»...

Pero hay millones de rincones en el mundo donde los adelantos del consumismo no han llegado. Donde esa esclavitud doméstica persiste.

Y hay otras esclavitudes. Por ejemplo la de no poder salir del hogar, que era todo su mundo: «Cría hijos y teje lana», se decía antiguamente. La de no ser sujeto capaz de derechos: no podía votar, no podía ser tutor, no podía ocupar puestos de responsabilidad, no podía viajar sola... Necesitaba el permiso del marido para casi todo.

Existía, y existe en tantas partes, la esclavitud de la incultura. Si se va a contar el número de analfabetos, sin duda es mayor el número de mujeres que de hombres. No porque tengan menos talento, sino principalmente porque han tenido menos posibilidades de ir a la escuela. No era para ellas. Y no digamos a los institutos y universidades: hasta no hace mucho, en nuestra Patria era mal visto. Y sigue siendo mal visto en muchos países.

Pienso que enfocar el problema de todas por el de unas pocas es tener unas miras muy estrechas y muy achatadas. Nosotros, en este primer día del año, miramos más arriba, y percibimos que la auténtica liberación de la mujer comenzó cuando Dios quiso «nacer de mujer». Por la bendita entre todas las mujeres comenzaron a ser benditas las mujeres, y liberadas. Y la cosa sigue, pues también deben ser liberadas de ese «muñequismo» sofisticado donde tienen peligro de caer.

## Domingo segundo después de Navidad

*«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales, en el cielo» (Ef. 1, 3).*

### LAS BENDICIONES DE DIOS

Las bendiciones de Dios sobre los hombres son muchas. Y no quedan en el cielo. Han comenzado a surtir su efecto aquí, en la tierra.

Por ejemplo, la bendición de la vida. Vivir es mucho más que una suerte; vivir es una gracia. Es haber sido elegido, en ese trenzado de la historia, entre millones de millones.

Y la vida, aunque a veces nos resulte amarga y pesada, es una maravilla. No hay ningún hombre en sus cabales que cambie su vida por nada. Por eso cuando alguien se suicida decimos que perdió la razón.

Pero este domingo nos pone en primer plano dos gracias que Dios nos ha concedido a nosotros. Una, vinculada con la fiesta de Año Nuevo.

Precisamente la de darnos a su madre como madre nuestra. Nosotros sabemos que espiritual, cristiana, misteriosamente, somos hijos de María. El eslogan de un santo puede ser nuestro propio eslogan: «La madre de Dios es mi madre.»

Así lo creemos —aunque no sea ningún dogma de fe—, así la invocamos, y tenemos la plena confianza de ser correspondidos por ella.

Aunque no sea una verdad de fe en el sentido estricto, racionalmente se deduce de tantas verdades que nos recuerda el Nuevo Testamento. San Pablo no se cansa de decirnos que «somos de Cristo». Estamos incorporados, injertados, en Cristo. Formamos con él un Cuer-

po Místico. Por tanto, la madre de la Cabeza —que es Jesús— tiene que serlo de todos los otros miembros. Es ley de vida. Y en eso está justamente el fundamento de la maternidad espiritual de María sobre los cristianos.

La liturgia escoge para la gran festividad de la Maternidad divina de la Virgen, que abre el año, una proclamación del amor de Dios por los hombres.

Porque el intento de Dios —que es una familia divina— fue prolongar esa familia sobre la tierra.

Por eso «nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo». Esta breve frase de San Pablo lo condensa todo.

Pues el ser hijos adoptivos por Jesucristo es mucho más que ser hijos adoptivos. San Pablo utiliza metáforas —igual que nosotros— para expresar realidades superiores que no acierta a expresar de otra manera. No tiene palabras, como tantas veces nos sucede a nosotros. Pero bien sabemos que la realidad supera a la comparación. Por ello, al decir hijos adoptivos no podemos entenderlo en el sentido legalista en que se adoptan ahora, por ejemplo, los huérfanos o no huérfanos del Vietnam.

Por Jesucristo hemos sido elevados a una vida divina. Hemos sido redimidos por él, elevados a una vida de gracia, con capacidad de conocer y amar a Dios como él se ama. Hemos nacido no de carne, ni de sangre, ni de deseo de hombre, sino de fe y gracia. Somos, en este sentido sobrenatural, de raza divina. Y, por tanto, la adopción divina se fundamenta sobre una base divino-humana que Jesucristo cimentó en la tierra.

Y el otro pensamiento para este domingo tan próximo a la fiesta anterior es... bien claro. Somos hermanos de Cristo, el Hijo de Dios —por antonomasia—, nuestro Padre; el hijo de María, el que la hizo, por eso mismo, Madre de Dios. Somos hermanos del Hijo, por tanto...

Estas son algunas de las muchas bendiciones de Dios a los hombres que se ofrecen a nuestra consideración en este primer domingo del año.

# Epifanía del Señor

*«Hermanos: Habéis oído hablar de la distribución de la gracia de Dios que se me ha dado en favor vuestro» (Ef. 3, 2).*

¡LA PAZ!

Levanto mi mano al viento y lanzo, en esta fiesta de la Epifanía, mi mensaje de buena voluntad a todos los hombres, y a los Reyes Magos que desaparecen tras el horizonte.

Os habéis ido. Pero habéis dejado la estela de la estrella detrás de vosotros: un poco más de amor, de esperanza y de fe. Esas tres virtudes básicas del hombre. Pero enumeradas al revés de siempre, porque a los hombres de hoy hay que llevarles a la fe a través del amor y de la esperanza. ¡Tres virtudes teologales, cual tres dones de Reyes Magos! ¿Sería abusar pedirnos uno más? Algo que necesitamos muchos: ¡La paz!

Nuestro viejo mundo ha conocido muchas guerras a lo largo de los siglos. Guerras que duraron cinco, treinta y hasta cien años. Nuestra última guerra mundial, que duró seis años, fue la más completa matanza de la historia: ¡Más de cincuenta millones de muertos...! Lo peor es que no ha terminado del todo. Hay guerra en muchas partes: en el Extremo Oriente, en las mesetas asiáticas, en la entrada de nuestro entrañable mar Mediterráneo .. Y pequeñas guerras —guerrillas— hasta en el Nuevo Mundo. Y en las carreteras de todo el globo, una guerra desenfrenada de los sinfrenos, de los que no saben frenar su sed de velocidad.

Os digo, queridos amigos, que si hubiera un gigante tan gigantesco o tan mágico que pudiera exprimir entre las tenazas de sus manos nuestro globo, como se hace con un limón, el zumo que saldría por todas partes sería sangre: mucha sangre. Sangre reseca; sangre que se ha hecho barro, sangre de guerras y de crímenes. Por eso no os extrañe que nuestro arrugado mundo levante su gemido como un pobre viejo que únicamente quiere que le dejen en paz.

La paz es la palabra más volandera sobre los labios humanos. Y aunque muchos políticos la lancen como pájaro de mal agüero, sin embargo, en el fondo, todos queremos la paz. Antes cualquier cosa que la guerra. La paz sobre todas las cosas de la Tierra.

Es cierto que con motivo del nacimiento de Jesús se hacen treguas de paz en todas las guerras. Treguas muy leves, muy cortas, pero, al fin, treguas. Es un influjo lejano y bienhechor de aquella paz que cantaron los ángeles para los hombres de buena voluntad. Es como una distribución hoy, para todos, de la gracia de Dios. Pero...

Quizá fallemos por la buena voluntad. Pues no nos fiamos los unos de los otros y queremos tener armas más eficaces que los de enfrente para poderlos a todos. Sabemos adónde llevan las carreras de armamentos. Por eso os pedimos que dejéis en los corazones de los humanos una chispa de vuestra paz para que prenda de verdad como una semilla y nos asegure una auténtica paz. Tenemos muy poca fe en la paz de los tratados. Se rompen cuando conviene. Tenemos más fe en la paz de los hombres de buena voluntad. Si estos fuesen mayoría, la paz sería segura y duradera.

Adiós, amigos. Quizá estáis llegando ahora a otro mundo habitado donde la paz es ley de vida. Si allí os preguntan por nosotros, no les digáis lo que habéis visto. No os creerían: «Venimos de un mundo donde se padece hambre y frío y hay casuchas miserables. Y ¿sabéis en qué emplean sus habitantes gran parte del dinero? En producir alimentos, en tejer ropa y construir casas, escuelas, ciudades... Pues no. En inventar nuevas armas para matarse los unos a los otros. En eso emplean sus mayores presupuestos...»

No se lo digáis, por favor. Que también hay otras muchas cosas. Habladles del dinero, del pan, de las ropas, de las medicinas que llovieron del cielo —cual mensaje de paz y de bien— sobre las ciudades arrasadas. Decidles, sobre todo, que ha habido muchos hombres que donaron su sangre para los pobres seres desangrados y moribundos. Así verán otra cara de nuestro planeta azul. El más bonito, luminoso y cristiano. Y, ¿por qué no es todo luz? ¿Por qué vuestra estrella tiene que desaparecer en el cielo y tenemos que encontrarnos con los Herodes de ahora? ¿Por qué?

# Bautismo del Señor

*«En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo:*

*—Está claro que Dios no hace distinciones: acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea» (Hech. 10, 34-35).*

## COLABORADORES DEL EVANGELIO

De muchas maneras se difundió el Evangelio entonces y ahora. Y siempre, en primer plano, la fe y el bautismo.

La difusión del Evangelio por todo el mundo fue una tarea que Cristo encomendó a sus apóstoles. Quizá nos convenga meditar en esto para comprender que es tarea encomendada a todos.

La Iglesia entonces constaba de muy pocos más. Incluso Cristo mandó a sus setenta y dos discípulos a esparcir la buena nueva por las aldeas por donde El iba a pasar pronto. Eran como unos adelantados suyos.

Hoy la Iglesia está organizada. Pero se vuelve a esa idea, nunca perdida, de que la obra de la difusión del Evangelio es tarea de todos. No se puede dejar a unos pocos campeones dispuestos a partirse el pecho por Cristo.

Todos, a fuer de cristianos, debemos dar testimonio de ese Evangelio, difundirlo a nuestra manera. Ser el fermento, la semilla, la luz sobre el candelero. Todas las cosas pequeñas que puedan llevar a resultados grandiosos.

Nunca podemos prever el resultado de una cerilla que arrojamos para que el viento la apague. Quizá el viento la lleve fatalmente para provocar el incendio del bosque. ¿Quién quema el bosque?

¿Quién difunde hoy el Evangelio? En estos momentos de profunda difusión no podemos decir que el mejor medio de difundir el Evangelio sea el gritarlo por las calles o en los templos. Habrá que hacerlo. No podemos ser «perros mudos», como decía el profeta, aun-

que luego nos respondan lamentos más enfurecidos. Pero la verdad hay que gritarla aunque quememos los labios y fuese más cómodo callarse.

Sin embargo, no dejamos de reconocer que siempre será más eficaz un testimonio de vida que una frase bien construida. El testimonio se da, se grita con todos los poros del cuerpo y del alma. La palabra esa sí que la lleva el viento para depositarla muchas veces en el nido impermeable de los oídos sordos.

Se ha dicho que ahora los seglares han llegado a su mayoría de edad. Quizá no hace mucho, en una Iglesia jerarquizada de otra manera, los seglares quedaban muy debajo en la gran escalinata del templo. Hoy se han puesto a nivel. El mismo Concilio llama a la familia «iglesia doméstica». Es allí donde siembra por primera vez la semilla de la fe. Donde se le ve fructificar, donde se advierten las primeras reacciones del niño ante enseñanzas que son muy fuertes para sus mentalidades infantiles.

Por todo ello, cuando un padre de familia nos grita que no pervertamos a su hijo, que no le digamos lo contrario de lo que él le dice —siempre que sea lo recto—, tiene toda la razón y merece todos nuestros respetos. Por mucho que nos duela, debemos aceptar esa increpación, que viene a ser como una denuncia de fe.

El colegio debe ser continuación de la familia. Si existen colegios y la enseñanza no es monocorde, es por la libertad que los padres tienen de elegir la enseñanza para sus hijos. Libertad que debe estar al alcance de sus conciencias y que debiera estar al alcance de sus carteras. Por ello no se puede tomar a estos hijos que se entregan a un colegio, como campo de experimentación para unas nuevas teorías, a veces muy brillantes, pero tan fugaces como fuegos de artificio.

No lo haría el profesor de química dándoles un fármaco de su invención y que esté experimentando. Menos se puede hacer en materia de religión. Pues sabemos de teorías que nacieron y murieron entre sabios, como meras teorías, que luego se comprobaron sin fundamento, pero algún imprudente las lanzó a la calle y han quedado como una bacteria que nos hubieran enviado en una carta mortal. El cultivo ha desaparecido, pero ahí ha quedado eso haciendo su daño. ¡Cuidado con la fe!



# Cuaresma

# Primer domingo de Cuaresma

*«Aquello fue un símbolo del bautismo que actualmente os salva: que no consiste en limpiar una suciedad corporal, sino en impetrar de Dios una conciencia pura por la resurrección de Cristo Jesús, Señor nuestro, que está a la derecha de Dios» (1 Pet. 3, 21-22).*

## EL BAUTISMO: REALIDAD Y SIMBOLO

Quiero copiar al pie de la letra lo que se dice del bautismo en un catecismo.

Bautismo: alegre palabra. Las campanas anuncian el acontecimiento.

El bautismo es sacramento de alegría porque es sacramento de vida. Junto a algunos baptisterios se encuentran plantas y flores: el agua es manantial de vida.

El agua del bautismo hace pensar en el verdadero manantial de vida: el Amor de Dios. Como en otro tiempo, se debería sumergir al niño por completo en el agua, porque el bautismo significa baño. Se expresaría con este gesto lo que es el bautismo: el principio de una vida nueva. Confiamos el niño a Dios para que crezca en su Espíritu y se parezca cada vez más a su Padre del cielo.

Pero, ¿qué quiere decir la antigua definición del bautismo enseñada por el catecismo? «El bautismo es el sacramento que borra el pecado original?» Ante todo habría que saber qué es el pecado original. Decir que es una mancha en nuestra alma es una imagen; y decir del bautismo que quita esa mancha es otra imagen.

Se pueden expresar las cosas de otro modo: por ejemplo, decir que el pecado original significa el peso que dificulta nuestra marcha hacia Dios para vencer nuestros egoísmos y pequeñeces.

El rito del bautismo existe en muchas religiones, pero la Iglesia cristiana le ha dado un sentido preciso: la unión a Jesús muerto y

resucitado. El agua que cae es el símbolo de la muerte, el agua que salta, símbolo de la resurrección. Bautizar a un niño o a un adulto es ponerlo en el camino de Jesús.

Cuando se trata de un niño, el bautismo es punto de partida. Poco a poco el niño irá descubriendo a Dios y a Cristo. Un día se hará consciente de su bautismo. Quizá en «su profesión de fe», al hacer la Primera Comunión. Quizá en su confirmación, sobre todo si recibe este sacramento en edad en que pueda decir «creo» de manera verdaderamente personal. Hoy muchos hombres y mujeres se bautizan en edad adulta, como sucedía con frecuencia entre los primeros cristianos. No hay edad para recibir el bautismo, no hay edad para empeñarse en el seguimiento de Cristo Salvador («Imágenes de la Fe», núm. 93.)

Ciertamente que el bautismo es un símbolo. Lo fue el agua de Noé y tanta agua y sacrificios como corrieron en el Antiguo Testamento. Pero además es una realidad. Algo que corresponde a una íntima necesidad que la humanidad tiene de purificación.

En el bautismo cristiano se trata de una nueva vida, como nos recuerda Cristo. Vida, muerte y resurrección en Cristo, como nos escribe reiteradamente S. Pablo. Es el sacramento de la incorporación a Cristo con todas las consecuencias. Y el sacramento del seguimiento de Cristo. No nos podemos parar en el bautismo como tantos parece que han hecho. Es el primer paso. Y Cristo-Camino pide un seguimiento. En fe y en vida. Esto es fundamental.

De alguna manera se ha expresado esto en todas las religiones. Copio —y vamos de copia— un texto budista antiguo:

«El Ser de Bendición pasó por delante de mi casa. ¡Mi casa, la casa del barbero! Corrí tras él, se volvió y me esperó. ¡A mí, el barbero! Le dije: «¿Puedo hablarte, oh Señor?» Y él me dijo: «Sí.» ¡«Sí!», a mí, el barbero! Y yo dije: «¿Acaso existe la paz para un ser como yo?» Y él dijo: «Sí.» ¡Incluso para mí, el barbero! Y yo dije: «¿Puedo seguirte, oh Señor?» Y él dijo: «Sí.» ¡Hasta yo, el barbero! Y yo dije: «¿Puedo quedarme, oh Señor, cerca de Ti?» Y él dijo: «Puedes.» ¡Hasta yo, el pobre barbero!»

Esto traducido a nuestra fe y a nuestro lenguaje cristiano quiere decir que el bautismo está abierto para todos y que es mucho más que quedarse junto a... Es incorporarse a Cristo.

## Segundo domingo de Cuaresma

*«Hermanos: Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? (Rm. 8, 31).*

¡TENED CONFIANZA!

Ese es el grito que parece levantarse entre las interrogaciones de la carta de S. Pablo. ¿Cómo podemos desconfiar de Dios si no perdonó a su propio Hijo por amor nuestro?

Siempre cuando he llegado a León por la estación del Norte me he encontrado con dos manos dando la bienvenida: la mano de sus calles abiertas en abanico que se tiende bajo la vigía gótica de la torre de la catedral, y la mano de Guzmán, que se levanta nada más pasar el puente del Bernesga, entre la sinfonía acuática de mil surtidores. Guzmán parece apuntar la estación. Dicen socorronamente los leoneses que está diciendo:

—Al que no le guste León, ahí tiene la estación.

Pero no es eso. Es la mano del padre que tiró un puñal para que matase a su hijo un traidor. Fue en Tarifa. Hace muchos siglos. Prefirió perder a su hijo antes que perder una ciudad y entregar a sus moradores al degüello de los asaltantes.

Si tuviéramos que hacer la estatua de nuestro Padre Dios podía ser algo parecido. Porque El no perdonó a su propio hijo por amor a nosotros. Esta es la pura verdad. Es el eje sobre el que debiera girar todo nuestro concepto de Dios.

Porque nosotros —seamos sinceros— tenemos un concepto muy diferente de Dios. Frecuentemente pensamos en El como en un Señor altísimo que está en la atalaya del cielo, vigilando el ir y venir de los hombres para ver sus fallos y castigarles. ¡Castigo de Dios! Cuántas veces habrá resonado esa frase en los labios de los humanos. Y, lo que es peor, pensamos en un castigo eterno... ¿Dónde estaríamos nosotros si Dios fuese así?

Dios es ante todo y sobre todo Padre para los hombres. Es el que nos regala el sol, la lluvia y el planeta azul. Es el que ha creado de la nada un alma para cada hombre, hecha a su imagen y semejanza. Es el que envió a su Unigénito a la Tierra a salvar a los hombres. La cuaresma nos está preparando para que consideremos ese misterio cumbre de nuestra redención.

A veces decimos: «¡Si yo fuese Dios!» ¡Qué poco conocemos a Dios y qué poco nos conocemos a nosotros mismos! Que Dios nos libre de que nosotros fuésemos Dios. El desorden planetario iba a ser inmenso. Dejemos ya el interplanetario. Porque nosotros —hablo por mí mismo— somos egoístas, sensuales, rencorosos, vengativos... Ibamos a hacer un mundo a nuestra imagen y semejanza, y ya vemos qué pasa donde los hombres meten mucho la mano. Y de seguro que nadie iba a entregar a un hijo a la muerte para la salvación de los demás. Cuando eso sucede es por un imperioso deber y los hombres consideran al tal —para siempre— un héroe.

Dios voluntariamente lo entregó. Porque podía haber planificado la redención de los hombres de otra manera. Sin embargo... Muchos misterios hay en la vida que no comprendemos. Menos comprendemos los misterios de Dios. Por muy torcidos que nos parezcan sus caminos. Por mucho que el dolor nos apriete, debe resplandecer entre todos la gran verdad del Amor de Dios.

Nosotros somos muy devotos de los santos —cosa buena— un poco por miedo a Dios: cosa no tan buena. S. Pablo iba directamente a Dios sin mediadores porque tenía el concepto justo de Dios. Será bueno que nosotros nos detengamos a meditar despaciosamente sus palabras. Helas aquí:

«Hermanos: Si Dios está con nosotros, —quién estará contra nosotros? El no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con El? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios?

Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Será acaso Cristo que murió, más aún, resucitó y está a la derecha de Dios, y que intercede por nosotros?»

## Tercer domingo de Cuaresma

*«Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los griegos»(1 Cor. 1, 23).*

### LA CRUZ

Ha habido elecciones en Francia. Unas más. Los resultados ya los sabemos. Y lo bueno es que en estas elecciones se mezclan gentes de todas las ideologías y cada cual puede votar a quien le parezca sin que pase nada. Eso es signo de educación cívica.

En aquellas otras elecciones era igual. También iban camino de la mesa un socialista y un católico. La anécdota la cuento tal como me la contaron. El socialista decía al católico:

—Ustedes dicen que nosotros tratamos de hacer desaparecer el cristianismo de la tierra. Y nada de eso. El cristianismo va desapareciendo por sí mismo. ¿Ve esa cruz?

—Sí, está ahí desde que este suburbio era un pueblo: las gentes la levantaron en el cruce de los caminos.

— Pues la nieve la va cubriendo. Va desapareciendo. Así el cristianismo. La marcha de la vida lo borra de la faz de la tierra.

En esto un golpe de aire quitó la nieve de la cruz y apareció más

resplandeciente que nunca la imagen del Redentor sobre el cruce-  
ro. El católico replicó:

—Ve, así es la vida. De vez en cuando viene un golpe de dolor  
y entonces necesitamos a Cristo más que nunca.

Cierto que para nosotros, ahora, lo mismo que en los tiempos de  
S. Pablo, la cruz no nos agrada. Quisiéramos un Cristo sin cruz. Y  
cada cual lanza su Cristo.

Hay que aceptar el Cristo total. Tal cual es. Con Cruz.

Tenemos el peligro de parcelar a Cristo. De coger una parte del  
Evangelio. De hacerle decir lo que a nosotros nos conviene. Y por  
eso se puede dar la extraña paradoja de que el mismo Cristo diga  
cosas contradictorias.

Aunque resulte escandaloso sigamos predicando a Cristo cruci-  
ficado. Porque en El está la fuerza y la sabiduría de Dios.

Vemos que en los tiempos de San Pablo había partidismo en torno  
a la Cruz de Cristo. Lo mismo que ahora. Célebre es la división que  
partiendo el mundo en dos trazó el obispo de la televisión norteamer-  
icana: Fulton Sheen. Decía él que los occidentales querían un Cristo  
sin cruz: confort, progreso, sociedad de consumo, bienaventuranzas  
en la tierra, prolongación de la vida, conquista del cielo a través de  
una fe fácil.

Los orientales por el contrario querían la cruz sin Cristo: campos  
de concentración, checas, revoluciones, violencias, lavados de cere-  
bro. En fin, todo eso que nosotros llamamos cruz.

Y concluía: ni una cosa ni otra. El Cristo total, con cruz y todo.  
Sin que la cruz signifique una postura política ni Cristo un partidista.  
Vino para todos. Y por todos murió en la cruz. Y a todos dijo: «El  
que quiera ser mi discípulo que cargue con su cruz cada día y que  
me siga...» Y esa cruz puede ser el trabajo, el deber, el mutuo so-  
portarse, la enfermedad, la ruina. Todo ese trenzado dolorido que la  
vida trae consigo. Que por muy rosada que sea no le faltan sus espi-  
nas. Así que ya lo sabemos. Y ahora estamos en un tiempo litúrgico  
que camina hacia una semana en la cual la cruz se pone en primer  
plano. Aceptamos la cruz, y Cristo vendrá con ella.

## Cuarto domingo de Cuaresma

*«Hermanos: Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó: estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo —por pura gracia estáis salvados...— (Ef. 2, 4-5).*

### TODO ES GRACIA DE DIOS

Cuando San Francisco de Asís recorría el mundo con Fray Maseo predicando a las gentes, éste, que era alto y de una facha imponente, se quedó mirando a aquel hombre pequeño, menudo y cenceño que era San Francisco y exclamó:

—¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? —hasta tres veces lo dijo—. ¿Por qué a ti te siguen las gentes, te aclaman, te escuchan, te veneran por santo?

San Francisco, con un auténtico sentido de humildad que «es andar en verdad», respondió:

—Quieres saber ¿por qué a mí?, ¿por qué a mí?, ¿por qué a mí? Porque en el mundo Dios no encontró otro hombre más ruin, vil, miserable y pecador que yo, y quiso hacer en mí una obra maravillosa de su gracia.

Sin duda San Francisco exageraba. Pero acertaba cuando decía que todo era gracia de Dios. San Pablo nos lo recuerda hoy. Porque prácticamente por el pecado nosotros éramos unos muertos. Y el muerto está completamente incapacitado para la vida. No puede hacer ni el más íntimo acto vital. Así, también, en el orden sobrenatural.

Por ello, al darnos Cristo con su muerte la vida a nosotros, ha sido mucho más que un boca a boca. No sólo un poco de aire. Nos lo dio todo. Y nos echó a andar por el mundo.

Nos cuesta a nosotros reconocer que todo es gracia. Quisiéramos ser algo por nosotros mismos. Acaso aceptamos un poco de préstamo de Dios. Pero todo... Y, sin embargo, nada nos ensalza más que eso, pues nos ha vinculado a una raza divina. Nos ha hecho semejantes a El.

Aceptado que todo es gracia de Dios, queda en pie el misterio de por qué Dios da más a unos que a otros. Siempre será la parábola de los talentos, que reparte desigualmente. Aunque queda la posibilidad de que cada cual haga producir su talento, su gracia al máximo. Y esta posibilidad la tenemos cada uno de nosotros.

Si existe diferencia es principalmente por la aplicación, por el rendimiento de la gracia que cada uno logra. **Es importante esto**, porque todos estamos llamados al culmen de la perfección cristiana. Ahora también. San Pablo dice: «Así muestra en todos los tiempos la inmensa riqueza de su gracia, su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.»

A veces esperamos milagros de Dios. Existe algo mágico en nuestras oraciones. Y no comprendemos que Dios nos ha dado ya las raíces para poder florecer. El que todo sea gracia de Dios no quiere decir que nos sentemos a esperar el prodigio. Significa que tenemos una vida, un talento, unos medios para prosperar en todos los órdenes. Y que siempre podemos un poco más.

Quiero terminar con otra anécdota de San Francisco que ya al final de su vida solía repetir: «Soy el mayor pecador de la tierra.»

Los que le rodeaban le interpelaban: «¿Pero cómo dices eso?, eso es mentira. Porque los ladrones, los asesinos, los criminales de toda especie...»

—Sí, es verdad, pero si a ellos Dios les hubiera dado las gracias que a mí, hubieran sido mejores que yo.

Nos cuesta creerlo. Pero ahí queda este interrogante: ¿Cómo aprovechamos nosotros la gracia de Dios?

# Quinto domingo de Cuaresma

*«Cristo. en los días de su vida mortal, con gritos y con lágrimas...» (Hb. 5, 7).*

## EL PLANETA REBELDE

Parece el título de una película de ciencia ficción, pero, claro, se refiere a nuestro planeta azul...

Porque la rebeldía es el pan nuestro de cada día. Nos ha tocado vivir tiempos contestatarios, lo cual es bueno hasta cierto punto. Es como la primavera que revienta en savia nueva y en flores de todos los colores en los mil rincones del globo. Pero cuando las flores son muchas y tempranas, tienen el peligro de no dar el fruto esperado.

Lo cierto es que nos ha tocado vivir tiempos de rebeldía juvenil. El problema existe a nivel familiar, nacional e internacional. Pero la raíz está clavada en cada alma juvenil. Digamos que es algo congénito a todo joven que quiere definir su personalidad en el mundo, ser él y hacerse notar. Eso ha sucedido siempre. Ahora se ha agudizado más porque la prisa nos ha invadido hasta en ese terreno.

El miedo que tienen los jóvenes es no forjar suficientemente su personalidad. Les da grima, por no decir lo que ellos dicen, que los mayores les frenen la carrera triunfal de su yo.

A todos los jóvenes quisiera presentarles como modelo a un hombre que murió joven y dejó una impronta en el mundo como nadie, Jesucristo. Y nadie fue más obediente que Él.

Si la obediencia achatase la personalidad, Cristo tendría que ser un anodino, porque entró en el mundo diciendo aquella palabra que el vidente antiguo profetizó y recuerda la carta a los Hebreos: «He aquí que llego para hacer tu voluntad.»

Obedeció en Nazaret, donde estaba «sujeto a ellos»: María y José. Le dijo a Juan el Bautista: «Menester es que cumplamos toda justicia.» Y a los discípulos: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió.» Y al concluir esa obra, en el cenáculo, pudo decir entre

muchas otras cosas más: «Padre, te he glorificado llevando a cabo la obra que me encomendaste.»

Donde raya, entre lo sublime y lo trágico, la obediencia de Cristo es en Getsemaní: sintió angustia, odio, repugnancia vital a obedecer. Entró en aquel huerto que iba a ser capilla para El, gritando casi: «Padre, todo te es posible, haz que pase de mí este cáliz. Pero no se haga mi voluntad sino la tuya.»

San Pablo sin duda hace referencia a aquellas horas mortales cuando escribe en la carta que hoy pone a nuestra meditación la liturgia:

«Cristo, en los días de su vida mortal, con gritos y lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. El, a pesar de ser Hijo, aprendió sufriendo a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna.»

Unas palabras como para meditarlas lentamente. Como para dejar que vayan esculpiendo en nuestra alma una postura ante la vida. Sin duda que el joven será siempre rebelde, pues es ley de vida, de avance y eso siempre lleva consigo el roturar caminos. Pero sin demoler lo bien construido. El joven que no quiera ver al final de su existencia cenizas a su alrededor, ser un frustrado, ha de someterse a unas normas, mejorarlas y avanzar.

Considero que la lección tiene más valor para los jóvenes que para los mayores. Los mayores se acomodan más fácilmente por comodidad o zorrería. Pero el joven ha de acomodarse por convicción. Le tocará sufrir, será como un freno en su ímpetu de potro desbocado, pero sólo así encauzará su ruta.

De lo contrario se le pasará el tiempo en fuegos de artificio, en nuevas experiencias, y cuando lo haya experimentado todo, quedarse sin nada. Tenemos el movimiento de los «hippys». Parecía que iban a revolucionar el mundo. Ahora todo ha quedado en nada. Se ha entonado un réquiem por el movimiento «hippy». Otros surgirán. No desearía, en esta esperanza de un mundo mejor, que sucediese lo mismo. Porque el mundo mejor lo tienen que forjar los jóvenes. Pero sometiéndose a los mayores. Sabiendo obedecer a unas personas que les quieren, a una civilización que ha sido conseguida con dolor y esfuerzo y a unas normas que, aunque se lo parezca, no son caprichosas.

# Domingo de Ramos

*«Hermanos: Los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros»(Rom. 8, 8-9).*

## SEMANA SANTA

Cuando llega la Semana Santa, llegan las comparaciones —que si siempre son enojosas— mucho más tratándose de una cosa como ésta. Que si la Semana Santa de tal, que si la Semana Santa de cual... Que si una es mejor que la otra. Y aparecen los carteles anunciadores, y entran en juego las agencias de viajes y nos llegan noticias de costas maravillosas y soleadas donde se pueden pasar unas vacaciones estupendas.

No estamos contra lo que supone descanso, relax y huida de la urbe trepidante. El hombre moderno lo necesita. Pero estamos mucho más con ese proverbio antiguo, siempre remozado, que dice: «Los árboles no dejan ver el bosque.»

Sucede, pues, que con tantos anuncios, con tanto folklore, con tantos «pasos», paseos y demás... nos hemos olvidado de que la Semana Santa se llama también la semana grande, porque es la más grande entre todas las semanas del año.

Ella sintetiza —cual semilla prodigiosa— toda la trayectoria de un Hombre-Dios que por amor nuestro murió y por amor nuestro vive.

El Domingo de Ramos nos presenta la sonrisa y el llanto del Hombre-Dios. El triunfo y el insulto. El lunes y el martes, la lucha verbal con los enemigos que no cesaron de ponerle trampas. El miércoles, la traición de uno de los suyos. El jueves, la gran explosión de amor eucarístico hacia los hombres. El milagro que únicamente un Dios que ama infinita y eternamente —porque es amor infinito y eterno— pudo hacer: quedarse con nosotros.

El viernes, una prueba mayor de amor, «pues nadie ama más que el que da la vida por sus amigos. Y yo voluntariamente la doy». En-

mudecen las campanas y redoblan los tambores de la muerte. Y tras el silencio de un sábadó, sellado por una losa, vuelven a repicar, locas de alegría, las campanas en el aleluya pascual.

He aquí una síntesis de toda la vida del Hombre-Dios: Se dan en pocos días las facetas principales de todo lo que pueda ser la vida de un hombre. En este caso de un Hombre único, divino, que es Dios también. Pero podría ser la síntesis de la vida de un hombre cualquiera.

En la vida de todo hombre hay sonrisas y lágrimas, triunfo y fracaso. Todos los hombres tienen amigos, pero que nadie se haga ilusiones, no le faltarán enemigos y cuanto más alto suba más enemigos tendrá. Alguien le traicionará, alguien muy íntimo, muy querido, en quien se tenía inmensa confianza. Pero el amor, la bondad, el sacrificio, la abnegación, la lucha ha de estar sobre todas esas bajezas, si no queremos ser vencidos por ellas, si no queremos vernos mezclados en toda esa bajeza: «Hay que vencer el mal con el bien.»

Pues siempre será cierto que al final de la vida de un hombre cualquiera que ha sabido vivir en cristiano su existencia brillará la luz de una estrella. Una estrella que en la mañana de la resurrección titilaba amorosamente en el horizonte.

Sin esa esperanza cierta de otra vida mejor, difícilmente podríamos llevar nuestra jornada con alegría. Nos sentiríamos asfixiados por la tristeza, por el tedio, la desilusión, el sin sentido de una vida que se acaba sin saber por qué ni para qué. Seríamos de aquellos pesimistas que creen que vivimos para morir, y no que morimos para resucitar. Como el «grano de trigo que tiene que ser echado en la tumba del surco para que dé fruto».

Bueno será que durante esta Semana Santa, entre golpe y golpe de tambor o de remo o de claxon de coches por las carreteras de España pensemos un poco en todo eso que es lo permanente. Que no pasa como el redoblar de los tambores, la estela de las barcas o los nadadores, ni los coches que ruedan incesantemente, dejando humo maloliente tras de ellos.

Y mucho mejor si encontramos un rato en cualquier rincón de España, mientras descansamos en esta Semana Santa grande, una Iglesia para dar paz y descanso también al alma.





# Domingo de Resurrección

*«Barred la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ácimos» (1 Cor. 5, 7).*

## LEVADURA EN LA MASA

Querido migo: Sin duda te suena el título. Nos bombardearon mucho los oídos con esa frase para que llegase a sonarnos como algo familiar. Por fin, tan familiar como el ronroneo del rebaño de coches en la calle.

Pero no es una frase gastada, o al menos no debe gastarse y enterrarse en la rutina.

San Pablo en esa pequeña frase condensa una vieja costumbre israelita, que él vivió intensamente de niño, y que sintetiza dos fiestas ancestrales: la fiesta de la Pascua y de los ázimos. La fiesta de los pastores y de los agricultores. Casi tan antiguas como el mundo. Y que Israel hizo una —bajo el soplo del Espíritu— y que se celebraba con un ceremonial estricto.

Al pan ordinario que llevaba —así pensaban ellos— un germen de corrupción en la levadura, lo sustituían con el pan ácimo, sin levadura. Para ello barrían la casa de arriba abajo para que toda la levadura saliese fuera del hogar. Un fiesta simbólica que podía degenerar en vacía, hipócrita, si la purificación no alcanzaba al interior de las personas.

Cristo la hizo suya dándola un nuevo sentido. El fue el cordero sin mácula que se ofrendó por los pecados del mundo. El fue el pan

ázimo convertido en alimento de las almas. La secuencia pascual dice:

«Cordero sin pecado  
que a las ovejas salva,  
a Dios y a los culpables  
unió con nueva alianza.»

Los cristianos captaron el sentido íntimo de la nueva Pascua. La frase de San Pablo tenía un pleno sentido para ellos.

Nosotros también somos cristianos. ¿Captamos ese sentido interior de la Pascua? Nuestro peligro es ser masa. La masificación del cristianismo es un fenómeno que se ha dado a lo largo de la historia. Cuando la cristiandad era la que imperaba al lado del imperio. Siempre el cristianismo salió purificado de la persecución.

Pienso que estamos en unos momentos de purificación, de encrucijada para nuestro cristianismo.

Para la mayoría de los cristianos ni la Semana Santa ni la Pascua significa gran cosa. Quizá lo más importante, lo más nuevo, sea el nuevo vestido que se estrena, celebrando así la moda de primavera.

Los periódicos nos han dado la noticia que en este año de 1975, en el que escribo, en Segovia, el día del Viernes Santo, se consumió más carne que pescado, bastante más que el año pasado. Sin duda no fueron los segovianos los principales consumidores.

No tengo nada contra la carne, contra los que la sirven y los que la comen. Allá ellos. Al fin se trata de algo muy accidental.

Mucho más importante es que la Pascua no cobre sentido. Sin duda la tiene para cantidad de gentes que sí salen más purificados de la Cuaresma, de la Semana Santa, que la han vivido en intensidad. Para esos ha significado mucho y han salido auténticamente renovados.

Estos son lo que tienen que ser, los que renueven toda la masa. Viviendo un cristianismo sincero, auténtico, actual, será como conseguirán esa finalidad que es la meta de la Pascua y de la Iglesia hoy. Ya que ésta vive en constante tensión pascual, pues su lema hoy y para ahora mismo es el de Renovación.

## Segundo domingo de Pascua

*«En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: Si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos» (1 Jn. 5, 2).*

### A VUELTAS CON EL AMOR

Querido amigo: Seguro que de repente al leer el título pensaste: Ya tenemos un disco nuevo. Pues casi todos los discos de hoy nos hablan, de una manera o de otra, del amor. A veces nos dan el rollo.

Pues siguiéndote la corriente te diré que se trata de un disco, pero muy antiguo, casi, o sin casi, rallado. ¡Cuidado que San Juan calcó la pluma en el tema!

La carta que nos describe hoy, y que la liturgia escoge para este domingo, segundo de pascua, me parece a mí que centra el tema.

Se ha abusado a veces de otra frase de San Juan donde dice: «que el que no ama al prójimo que ve ¿cómo va a amar a Dios a quien no ve?» Me gusta la frase, la he comentado alguna vez, pero me parece que a veces se han llevado las cosas a un extremismo que no hay por qué.

San Juan nos dice hoy que «conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos».

Eso se llama hablar con sentido. Porque el fundamento de todo amor es el Amor, con mayúscula, y ese sólo es Dios. Sin Dios podrá haber cachitos de amor, pero amor, amor...

Y cuando nos metemos en el terreno de la caridad, tenemos que decir lo que alguien dijo después de pensarlo mucho: «Es la virtud

sobrenatural por la cual amamos a Dios por ser quien es, y al prójimo y a nosotros por amor a Dios.» Esa definición es como una piedra del río pulimentada por aguas de muchos siglos.

Siempre el fundamento del verdadero amor de caridad será el amor a Dios. Por tanto poco me importa a mí ir directamente a Dios o a través de los hijos de Dios. Mejor voy a través de sus hijos que los veo, los palpo, dialogo con ellos de tú a tú. Son manifestaciones de Dios, el espejo donde El se refleja. Lo que hace falta es mirar detrás de la corteza, mirar —y mirarse— en el espejo a derechas.

Para que eso sea posible es imprescindible que en nosotros exista el Amor de Dios. De lo contrario nos falta la raíz, y las flores serán vanas, sin colorido ni fragancia, además, no durarán mucho. Pronto degenerarán.

La mejor regla que tenemos para saber si en nosotros existe el Amor de Dios es el cumplimiento de sus mandamientos.

A lo mejor te parece que nos desviamos del tema, y sin embargo nos estamos centrando en él. Porque todos los mandamientos de Dios, los diez y los que nos quieran echar encima, se reducen a uno sólo: el amor.

Si Cristo no lo hubiese dicho quizá no nos habiéremos atrevido a decirlo. Y fue San Juan también quien lo recogió: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado, así también amaos mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tenéis amor unos para otros.» (Jo. 13, 34-45).

Desde siempre, desde muy niños, nos enseñaron que los diez mandamientos se reducían a dos: amar a Dios y amar al prójimo. Puestos a sintetizar podemos decir que se reducen, y tenemos en primer plano las palabras de Cristo, en amar al prójimo. Pues es la señal del cristiano y del amor a Dios. Siempre el amor de Dios será fundamento de todo amor, y en el amor al prójimo estará el amor a Dios. Y si nos ponemos a examinar los mandamientos de la Ley de Dios uno a uno veremos que están empapados de amor a Dios. Eso es lo importante. Lo otro, por mucha carga jurídica que tenga, es accidental.

## Tercer domingo de Pascua

*«En esto sabemos que lo conocemos: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: «Yo lo conozco» y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra ciertamente en él, el amor de Dios ha llegado a su plenitud» (1 Jn. 2, 3-4).*

### OTRA VUELTA AL AMOR

Querido amigo: La frase como ves es también de San Juan. Y en unos capítulos anteriores a la comentada el domingo anterior. Por ello sigue siendo verdad que para comprender el pensamiento de un autor cualquiera será necesario leerle en totalidad. Fraccionarle es traicionarle.

A veces es una necesidad, como sucede en la liturgia, por razón de la brevedad. Pero la liturgia a lo largo de cualquiera de sus ciclos procura dar un pensamiento en totalidad. Y, además, para eso están los comentarios.

Una pregunta: ¿Qué es antes: el conocimiento o el amor? Habrá opiniones para todos los gustos. Aquello del dicho popular: «Ojos que no ven corazón que no siente...»

Pero en el sentido cristiano parece que, al menos, para conocer en profundidad es primero el amor: «Conozco porque amo.» Y sobre todo tenemos lo que dice Jesús: «Si alguno me ama guardará mis mandamientos» (Jo. 14,23).

Todo esto parece muy lógico. Pues se trata del conocimiento de Dios, que es Amor, y al amor se llega por el amor.

Además, porque cualquier mandamiento cobra sentido cuando se ama, bien su contenido, o, mejor, a la persona que lo ha dispuesto.

Cuando cumplimos algo sin amor, el deber degenera en opresión. Los mandamientos resultan una losa que nos aplastan.

Y es una pena que podamos calibrar los mandamientos por ahí, porque si hay alguna ley transida de amor son los mandamientos de la ley de Dios.

Surgieron en un desierto. Surgieron para encauzar a un pueblo y a la Humanidad. Sin mandamientos, nuestro planeta es peor que el desierto; es la jungla. El hombre ya no será el hermano; será peor que el lobo del filósofo.

Si algo hacen resaltar los mandamientos es al hombre como hermano: a él tenemos que respetar en sus canas y autoridad, en su vida, en su cuerpo, en sus bienes, en su fama, en su intimidad. Es justo el hermano del que no se puede abusar. No es un objeto, sino una persona, un hermano.

¿Por qué? Sencillamente —los primeros mandamientos no lo dicen expresamente, pero lo insinúan—, porque Dios es nuestro Padre. Sólo bajo la idea inmensa, amorosa, de que Dios —al que debemos amar sobre todas las cosas— es nuestro Padre podemos amar al hermano. Sea el que sea, y cueste lo que cueste.

Cuando esto se olvida, por mucho que nos llamemos cristianos, que estemos bautizados, que tengamos los padrinos que sean, la tierra es la jungla.

La peor de todas. Pues en la otra, en la verde jungla de las fieras, los salvajes luchan noblemente —cada cual con sus armas— por el ciclo de la pervivencia. Y respetan sus cotos de caza.

Pero en la jungla del asfalto, si esto se olvida, se da la caza del hombre por el hombre. Se mata al hombre por matar, se exalta la violencia por la violencia, y se declara la guerra por un mezquino interés, por puro egoísmo, lo contrario del amor puro.

En una conversación telefónica de «Cosa Nostra» interceptada por el F. B. I., James Torello decía a Frank Buccieri, que se reía: «A Jackson lo colgaron de ese gancho de carnicero. Era tan pesado, que lo dobló. Estuvo ahí tres días, hasta que murió.»

Hasta ahí, y mucho más, podemos llegar sin ley y sin Dios.

## Cuarto domingo de Pascua

*«Queridos: ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es» (1 Jn. 3, 1-2).*

### UNA COSA MUY SERIA

Querido amigo: ¿No te parece una cosa muy seria el que nosotros seamos hijos de Dios? Y no es exageración. Lo somos en verdad. Con esa convicción rezamos el padrenuestro.

Pero resulta que esta nuestra filiación llegará a su plenitud —nos lo recuerda San Juan— en su día y en su hora. Esto de aquí es el inicio meramente.

Por eso algún artista con el alma tensa, cual ballesta disparada hacia el infinito, ha cantado:

«Soy un viajero, la tierra es una estación  
donde todo el mundo llega, de donde nadie sale.

Yo soy de otra vida, yo soy de otra fe.

Yo no quiero salir para ninguna parte,  
yo no soy de aquí y soy de otra edad,  
yo soy de otra vida, soy de otra fe;

cuando pienso en partir para el larguísimo viaje,  
no es para morir, sino para volver a casa.

Mi país, yo lo sé, se encuentra en el espacio  
al fondo del Universo, al borde del infinito,  
más grande que una patria, más pequeño que una plaza;  
ahí tenéis mi verdadero país, el país de donde soy.»

(Michel Conte, autor-compositor.)

Aunque me gusta el poema-canción, no puedo estar de acuerdo. Pues esa otra vida, que no es un mero sueño poético, no está desga-

jada de esta vida nuestra de cada día que hoy por hoy es la única que tenemos.

Dentro de ella, una semilla de eternidad, porque Dios es nuestro Padre y nuestra meta. Tendemos hacia él como a un infinito Amor y como una suprema perfección que se nos ha dado para alcanzar. Es el horizonte inalcanzable.

San Juan nos da una esperanza. Llegará el día de la verdad, de verle cara a cara, de ser semejantes a él plenamente. Porque la semilla de la gracia y de la semejanza ya la tenemos aquí.

Nos gusta mucho más el pensamiento de Bergson, tan próximo al cristianismo, que dice: «Lo que nos ha llamado la atención en Jesús es la consigna de seguir siempre adelante. De suerte que se podría decir que el elemento estable del cristianismo es la orden de no detenerse nunca.»

San Pablo repitió de una manera o de otra aquello que condensó en su pequeña frase de que mientras «estamos aquí no tenemos ciudad permanente...».

Podríamos multiplicar las citas apostólicas y cristianas, pero preferimos citar de nuevo a otro autor no cristiano para que veamos cómo ese anhelo de acercarse a Dios que es la perfección suma es universal. Gandhi dijo:

«Yo no soy más que un buscador de Verdad. Pretendo haber encontrado un camino que conduce a ella y hacer todo lo que está a mi alcance para alcanzar la meta. Pero confieso no haber llegado a ello.»

Eso tenemos que confesar todos nosotros. La diferencia de los cristianos es la seguridad de saber que eso llegará, y que eso no es algo neutro, sino algo personal, amoroso, paterno: son los brazos abiertos de Dios, nuestro Padre, que nos espera.

Mientras llega la hora le hemos de ver en destello por doquier. Porque esa vida divina ya ha comenzado. Esa vida dentro de cada uno está. La trepidación del vivir actual no nos permite, algunas veces, sentir su latido. Pero si ponemos un poco de interés..., entonces nos convenceremos que de verdad somos hijos de Dios y hacia Dios vamos.

## Quinto domingo de Pascua

*«Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según verdad» (1 Jn. 3, 18).*

### OBRAS SON AMORES

Querido amigo: Tú sabes tan bien como yo que sobre el amor se han escrito, a todos los niveles, palabras sublimes y ardientes. Nosotros mismos seríamos capaces de decir cosas excelsas sobre la caridad. Practicarla ya es otro cantar. Por eso el dicho popular que da título a este comentario.

El consejo de San Juan tiene una actualidad tremenda. Nunca quizá tanto como ahora se ha hablado, por ejemplo, del hambre del mundo. Pero suelen hacerlo los que están bien alimentados. Los otros casi no tienen energías ni para hablar.

No obstante, su mismo fenecer de hambre ya es un grito que debiera resonar en el alma de todos los cristianos. La «Populorum progressio» dice lo siguiente:

«Los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos. La Iglesia sufre ante esta crisis de angustia, y llama a todos para que respondan con amor al llamamiento de sus hermanos.»

Hay, sin duda, muchos cristianos que han respondido con una generosidad total a este llamamiento. No sólo dando dinero, sino dándose. Por ejemplo, la madre Teresa de Calcuta, que ha hecho más por los miserables de la India que muchos Gobiernos. El cardenal Légerd Follereau, el apóstol de los leprosos, con su mensaje de un día de guerra para la paz y el bienestar de los leprosos.

En contraste, tenemos que son precisamente las naciones llamadas tradicionalmente cristianas las que consumen un 80 por 100 de

la energía mundial. Donde las gentes se preocupan de los regímenes de adelgazamiento. Los que tiran la leche a las minas abandonadas para que la leche no baje de precio son cristianos. Esto sucedió en Gran Bretaña. Sin duda, los ganaderos tenían razón sobre el precio de la leche. Pero pensemos que hay cantidad de niños en el mundo que mueren o contraen enfermedades incurables por falta de alimentos adecuados.

Y puestos a tirar, se tiran los plátanos, las hortalizas, el pescado, las patatas. En otros lugares (EE. UU.) se subvenciona a los agricultores que dejen en barbecho millones de hectáreas de tierras de pan llevar. Ese pan no llega nunca a los hambrientos.

Varios siglos antes de Cristo y de Israel —no es, por tanto, el faraón de José—, un faraón hizo grabar en la piedra el grito de su pueblo hambriento. Aun ahora suena desgarrador:

«Desde la altura de mi trono lloro esta gran desgracia. Durante siete años no se ha recogido la cosecha del Nilo. El trigo es escaso. Los víveres faltan. Los hombres, convertidos en ladrones, roban a sus vecinos. Las gentes querrían correr, y no pueden andar. Los niños lloran. Los jóvenes se tambalean como ancianos. Sus piernas se doblan y arrastran míseramente. Sus almas están destrozadas. Los tesoros de los Grandes están abiertos. Los cofres de las provisiones, descerrajados. No tienen nada más que viento. Todo ha terminado.»

Este grito parece actual. Y, sin embargo, resonó por primera vez hace cuarenta siglos. La diferencia entre entonces y ahora es que por medio está el cristianismo, que es amor, comenzando por lo más elemental: por dar de comer al hambriento..., y que actualmente el hombre tiene la capacidad de vencer al hambre. No depende ya del ritmo de las crecidas o de las cosechas.

Por ello el hombre es mucho más responsable. Bastaría dejar a un lado la carrera de armamentos, dedicar eso al desarrollo de los pueblos, y en veinte años habría desaparecido el subdesarrollo. Así, como suena. Pero los hombres prefieren matarse. Y lo peor es que las grandes potencias que fabrican los armamentos y tienen las grandes reservas de alimentos se llaman cristianas. Eso es de palabra; que de verdad, de verdad, no.

## Sexto domingo de Pascua

*«En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn. 4, 10).*

### ¿EN QUE CONSISTE EL AMOR?

Querido amigo: Andan discutiendo los sabios sobre la penetración de lo sagrado en lo profano. «En sí, ¿de qué modo y hasta dónde es posible la penetración de lo sagrado en lo profano?»

Todo es consecuencia de este proceso de secularización que se está dando en el mundo. Cuyo proceso no me parece mal, pues hay que delimitar los campos. No se van a solucionar los apagones con oraciones, sino arreglando las averías. Esto está bien.

No me parece tan bien eso de teorizar de sobre si, de qué modo... Me causa la sensación de aquellos predicadores de antaño, que se tenían que inventar un contrincante imaginario —un maniqueo, que diría Ortega y Gasset— para darse el gustazo de pulverizarlo. Es mucho mejor, más realista, más práctico, se aprovecha mejor el tiempo, exponiendo simplemente la doctrina o las ideas que hay que exponer. Pero resulta que así —paradójicamente— se da la sensación de no saber casi nada. ¡Absurdos de la vanidad!

Para un cristiano me parece mucho más absurdo que se ande divagando de sobre si... lo sagrado entró en lo profano, cuando en nuestro mundo paganizado entró como una flecha veloz y ardiente el propio Hijo de Dios.

¡Y de qué manera! Nos lo imaginamos. Una masa pecadora, vencida por el mal. Un rayo de esperanza avivada por algunos profetas

que se fueron apagando al correr de los siglos. Y de pronto hizo explosión el Amor. El propio Dios se hace hombre; toma nuestra carne pecadora de pecadores. Se hizo uno de nosotros. Comió, bebió con pecadores. Compartió su suelo y su cielo. Oyó sus blasfemias. Escuchó sus palabras y habló con ellos, de tú a tú, cara a cara. Si tuvo cara de hombre fue para que le vieran bien.

El gesto de Cristo no lo hemos comprendido todavía ni siquiera los cristianos. Todavía no nos hemos convencido del todo que la Salvación nos vino por el Salvador. Porque nosotros no podíamos hacer nada. Así, nada, para salvarnos. Era todo desproporcionado a nuestras posibilidades. El fue el que dio, no un paso, sino un salto gigantesco hacia nosotros, y nos tendió las dos manos, y los dos pies, y toda la vida en la cruz. El fue «propiciación por nuestros pecados».

En esto consiste el amor. Porque amor, aun entre los hombres, no es dar algo; es darse. Y Dios se dio en donación completa y perfecta, como nadie jamás acertó a darse, ni jamás nadie se dará. Pues Dios no hay nada más que uno. Y ese Dios «mandó al mundo a su Hijo único», Dios como El, pero que se llama Salvador para nosotros.

Nos conviene abrirnos al amor de Dios. A esa comprensión del amor más grande del mundo, que se da sin humillar, sino precisamente levantando al hombre de su miseria.

Y para comprender ese amor lo fundamental es reconocerse pecadores. El soberbio que asegura no necesita nada de nadie, ni amor ni salvación, que se basta a sí mismo, se impermeabiliza al amor y a la salvación de Dios.

Por eso, Señor, yo, que soy pecador, confío en ti. Me presento tal cual soy. Esperando la salvación de ti. No es una presunción; es una confianza plena en tu palabra y en tu gesto de amor. No es una excusa para no hacer nada. No. Haré todo lo que me mandes, pues tu ley de amor me obliga; pero reconozco mi impotencia, mi endebles para todo, y por eso te pido que me des «el querer y el obrar según tu beneplácito». Y sobre todo esa capacidad de confiar en las horas negras, de esperar en las horas de desesperanza. Porque tu amor es más grande que todo; también que mi pecado y que todos los pecados de los hombres.

## Ascensión del Señor

*... «para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros, los que creemos, según la eficacia de su fuerza poderosa que desplegó en Cristo».*  
(Ef. 1, 18-20).

### LA ASCENSION

Querido amigo: ¿Verdad que la Ascensión evoca en nosotros nostalgia? Nostalgia de ese Cristo que se nos va entre nubes y suspiros a un cielo remoto. Los versos de fray Luis de León han calado muy hondo en nuestra alma. Los versos y las largas tradiciones de siglos.

Y si nos paramos a pensarlo un poco, esa actitud es como la de los apóstoles antes de la Ascensión. Cuando Cristo, en la Última Cena, les tuvo que decir: «Os conviene que me vaya...»

Sí, porque Cristo se ha ido como primicia de todos los que han de seguir el mismo rumbo. Que, al fin y al cabo, es el rumbo de todos los hombres. En primer lugar, porque el hombre es un caminante, un peregrino. Idea de varias formas desarrollada, en la que no insisto.

Pero sobre todo porque el hombre es un buscador. Desde que le pusieron en la tierra no ha hecho nada más que buscar: en la periferia, en los abismos, en las entrañas de la tierra y en las entrañas del cielo. Y eso siempre fue así; hoy, eso está elevado al espacio...

Hermann Oberth, el «padre de la astronáutica», afirmó que en la próxima década el hombre llegará a Marte. Y afirmaciones más contundentes existen. Parecen jactanciosas. Pero hemos llegado a un

tiempo en que cabe repetir la frase profética del padre Teilhard: «A escala cósmica solamente lo fantástico tiene posibilidades de ser cierto.» Por eso conviene tener mucha imaginación, para no quedar deslumbrados por las sorpresas que nos esperan.

Y conviene tener fe, para no quedarnos cortos en la esperanza. Porque ni soñando nos podemos acercar a aquello que Cristo nos tiene reservado. Algo que con infinito amor nos ha preparado desde siempre y que ha rubricado en un pacto irrevocable con su propia sangre. Si algo se quiebra, será por nuestra falta de fe, de esperanza y de amor. A él le sobra riqueza, grandeza, poder, eficacia, fuerza y amor para colmar todos nuestros anhelos.

Nuestros anhelos, nuestras esperanzas, serán colmados. Lo digo en plural, porque se trata de los de todos los hombres. Un poco resumido en aquel salmo africano escrito en las ardientes tierras del sol tropical:

«Yo dirijo mi canto al corazón del hombre de hoy,  
que está angustiado.

¡Oh!, hombre de hoy, amurallado  
por las preocupaciones de su futuro, de las riquezas,  
que lucha por poder asir,  
y satisfacer su orgullo y todos sus vicios.

Pero, ¡ay!, una riqueza poseída codicia la posesión de otra.  
Y el hombre nunca acabará.

Sábetelo, ¡oh, hombre!, que el corazón del hombre  
no está hecho para ser saciado  
con las riquezas materiales.

Y sólo Dios puede colmarlo habitando en él.

Ve a su escucha, y serás colmado.

¡Oh, hombre!, sólo Dios te hará gozar.

Sólo Dios te dará la paz.

Como el hielo, Dios refrescará tu corazón.»

Es todo, pues, cuestión de orientación. Y nosotros debemos iman-  
tar la brújula del corazón hacia la Ascensión. Ascensión, fiesta de  
la esperanza, no de la nostalgia.

## Séptimo domingo de Pascua

*«Queridos hermanos: Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Jn. 4, 11).*

### LA RAZON DE LA SINRAZON

Querido amigo: ¡Y cómo nos amó Dios! No es cosa de recordar aquí lo tantas veces recordado. Pero sí será bueno meditarlo. Recorrer, como un libro mil veces leído y punteado de rojo, esos hitos estelares del amor de Dios por nosotros. La Biblia da testimonio de eso, y en el punto culminante, el Hijo.

Sin embargo, la sinrazón está justamente en ese tenernos que amarnos los unos a los otros. No porque no recordemos que es el gran mandamiento, sino porque si El nos amó tanto, lo lógico, en justa correspondencia, sería que nosotros le amáramos a él. Parece la exigencia lógica. Hasta gramaticalmente.

Y... ya vemos. La razón de la sinrazón está en algo que comentábamos hace unos domingos: que el prójimo es el espejo de Dios. Y tanto da ir por las imágenes, que directamente. Incluso para nosotros, tan limitados, las imágenes nos facilitan el acceso.

Pero dejemos eso. Vayamos al amor. ¿Cómo tenemos que amarnos los unos a los otros? Pienso que cada época tiene su medida. Y la nuestra tiene la dimensión social. No lo social por lo social, pues a lo peor eso terminaría por sonar a vacío. Un lugar común del que se habla cuando no se sabe de qué hablar. Como antes sobre el sexto mandamiento.

Pero sí lo social en el sentido de que hoy el mundo no sólo es redondo, sino que es «próximo». Los problemas más remotos están

cercanos. Y hoy quien pretenda amar al prójimo sin preocuparse del hambre, del subdesarrollo, de la violencia, de la injusticia, no ama. Ha de sentir una preocupación anhelante por todo eso. Debe ser como un agujijón que le duela en lo hondo del alma. Aunque a veces pueda hacer muy poco por mejorar todo eso.

También ha de procurar que todo ese su anhelo de bien no quede en un mero idealismo, en huero romanticismo. Hay que comenzar a hacer el bien aquí y ahora. Y cuando uno toma esa decisión, en seguida encuentra un mundo mucho más próximo a él donde se puede hacer mucho bien. Porque el más prójimo será el más próximo. Y nuestro amor a Dios y al prójimo, siguiendo la línea de lo dicho por Juan, tiene que concretarse a personas reales. Y justamente en el choque con lo concreto, con los individuos de carne y hueso que tienen dos ojos que nos miran cada mañana, y dos manos que nos dan o nos niegan, y dos pies para caminar juntos o para pisarnos, es donde empiezan nuestras dificultades. Si estamos dispuestos a amar a todos los hombres, pero no a los hombres concretos que tenemos al alcance del corazón cada día, si excluimos a alguno, nos engañamos: no tenemos caridad, y el amor de Dios no mora en nosotros.

Tampoco ha de encerrarse en su estrecho círculo de los conocidos, de los «buenos» —pensemos que el enemigo también es prójimo—, hacer algo así como una cofradía de los que bien se aman.

Un difícil equilibrio. Pero tenemos toda una vida cristiana para lograrlo y para cumplirlo, sabiendo siempre que a su plenitud llegará el amor en nuestro encuentro eterno con Dios. Pero, mientras, eso es una meta porque «a Dios nadie lo ha visto nunca», a no ser en el hermano.

En fin, a amar se aprende amando. Y como dice Mons. Echarren: «El que practica buscará que: en su vida y en la sociedad, la paz se imponga sobre toda forma de violencia y sobre la violencia en todas sus formas.

El amor se imponga sobre toda forma de egoísmo, de odio, de ruptura, de fraternidad humana, de insolidaridad...

La verdad se imponga sobre toda forma de mentira, de hipocresía, de insinceridad...»

## Pentecostés

*«Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. En cada uno se manifiesta el mismo Espíritu para el bien común» (1 Co. 12, 4-7).*

### UNIDAD EN EL ESPIRITU

Escuchando noticias sobre la semana santa 1975 oí decir a un locutor de televisión que en uno de esos lugares de Andalucía, donde la realidad roza a la leyenda, a un imaginero le obligaron, después de hacer una imagen única, a romper el molde. Quede esto como anécdota.

Lo cierto es que eso es justamente lo que hizo Dios con cada uno de nosotros. Somos de tal manera diferentes que no hay dos iguales, ni los ha habido, en toda la historia del mundo. Ni los hermanos más gemelos. Pruebas, las huellas dactilares. Cada uno de nosotros es único. Un individuo. Dios no se repite. Ese hecho ya de por sí merece nuestra admiración.

Y sin embargo, sabiéndonos así, nadie pide tanto la unidad como Dios. Pensemos que es el Padre común de todos los hombres. Pensemos que quiere seamos hermanos. Que ha proclamado un mandamiento de amor. Que anhela para los hombres —aunque sea una utopía— una unidad semejante a la trinitaria para todos sus discípulos.

¿Cómo se puede realizar eso?

Pienso que San Pablo nos da hoy la clave. Hay un principio de unidad que es un mismo Espíritu que actúa dentro de esa gran masa diversa de los hombres que forman una Iglesia, que la podemos am-

pliar hasta hacerla coincidir con los límites mismos del mundo. Y uno mismo es el Señor. Y una misma la fe...

San Pablo pone un ejemplo que todos tenemos muy al alcance de la mano, porque todos podemos tocar con la mano nuestro cuerpo. Bien vemos que nuestro cuerpo tiene miembros diferentes, cada uno con su función específica. Y no podemos asegurar que ninguna sea menos importante que la otra, aunque haya miembros vitales. Todos forman un conjunto armónico y diverso. Y todos laboran cuando alguno en particular entra en crisis: es la lucha por superar la enfermedad.

Todo esto es un paradigma para la Iglesia, para los hombres. A veces, a golpe de canon y de reglas, queremos igualar a todos los hombres. Tenemos ritos, rúbricas y mil etcéteras para reglamentar hasta las inclinaciones de cabeza. Somos muy ceremoniosos. Hemos tendido a la uniformidad. No nos puede extrañar que ahora, al levantar la mano, se vayan muchos a otros extremos. La virtud siempre estará en el justo medio. Unidad en la diversidad.

Es inevitable que haya tensiones entre los hombres, entre los mismos cristianos. Además del axioma «donde haya hombres habrá problemas», tenemos la historia de la Iglesia.

Hubo problemas desde el principio. Ya los apóstoles no se recataron de disputar a espaldas de Jesús y, a veces, delante de El. Los Hechos de los Apóstoles nos hablan de las diferencias de los cristianos en la primitiva comunidad. Las cartas de San Pablo son una constante exhortación a esa unidad en la diversidad. Pone los fundamentos teológicos de esa unidad única.

Y la historia sigue. Las diferencias fueron brutales. Degeneraron en cismas, en herejías, en guerras, en represiones anticaritativas. En nombre del Evangelio se siguieron prácticas brutalmente anti-evangélicas.

Hoy las tensiones siguen. Quizá tienen la esperanzadora faceta de haber despertado a muchos cristianos de su modorra. Modorra por la que sueñan nostálgicamente. Pero ahí está el hecho y ahí está la doctrina. Pienso que lo que más necesitamos es un nuevo PENTECOSTES

## Santísima Trinidad

*«Hermanos: Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Habéis recibido no un espíritu de esclavitud para recaer en el terror, sino un espíritu de hijos adoptivos que nos hace gritar: ¡Abbá! (Padre)» (Rom. 8, 14-15).*

¡ABBA!: PADRE

Querido amigo:

Otra vez la palabra maravillosa del Padre. La hemos comentado mutuamente ya. No quisiera decir las mismas cosas.

Lo primero que tengo que decir es que esa palabra de Abbá, palabra aramea que la liturgia primitiva conservó del idioma que habló Jesús, será sin duda una de las palabras que más pronunció Jesús.

Es un diminutivo amoroso, confiado, sobre nuestro Padre Dios. Equivalente a nuestro papá.

El Espíritu, que es el alma de la Iglesia y el impulso que sobrenaturalmente nos mueve a cada uno de nosotros, nos lleva a repetir esa palabra que Cristo y los primitivos cristianos dijeron con entrañable ternura.

Porque la gran donación que Cristo nos hizo fue la de, además de darse, darnos a su Padre como padre nuestro.

El mismo nos enseñó a rezar el Padre nuestro. Así, en plural. Porque nos hizo hermanos suyos y en él hermanos uno de otros.

Por ello la peor ofensa que podríamos hacer a Jesús y a Dios nuestro Padre es la desconfianza.

Podría decirnos: Después de tanto que hicimos por ti, todavía...

Un autor ascético se atreve a interpretar la agonía, la angustia, la tristeza de Jesús en el huerto de Getsemaní, diciendo que fue consecuencia de la previsión de que luego de haber hecho tanto por nosotros aún no íbamos a confiar.

Me parece que cada uno de nosotros tenemos que doblarnos humildemente y tratar de despegar de nuestra alma tanta costra de temor, de horror, de jansenismo, como se nos ha ido posando en el alma.

Aunque la Iglesia haya luchado contra tanta herejía que nos quería arrancar la confianza en el buen Dios, la doctrina diabólica se ha ido infiltrando, incluso mucho más allá de donde imaginábamos.

Será bueno que echemos por la borda el lastre de temor que nos hunde y volvamos a las fuentes más puras del Evangelio para darnos cuenta de la grandeza de la paternidad de Dios.

Esta carta de S. Pablo en el día de la Trinidad, la familia divina que anhela cobijar a toda la humanidad, es un grito de confianza y una proclamación de esa paternidad y filiación con todas las consecuencias.

Porque somos hijos de verdad. Hijos adoptivos, pero no con esa adopción legalista de los humanos. Dios nos dio su vida divina, a su imagen y semejanza. Tenemos la misma sangre y la misma cara de Dios.

Si hijos, herederos. Somos coherederos con el heredero por antonomasia: Cristo. El hogar de Dios, el cielo, es nuestro hogar. Es para nosotros. En el día en que nuestro Padre Dios nos juzgue sobre el amor a los hermanos, nos dirá: «Venid benditos de mi Padre a poseer el reino de los cielos que os está preparado desde el principio del mundo.»

Así de bello y así de cierto. Ni más ni menos. Si no, leamos despacio, meditemos esta maravillosa carta que S. Pablo nos escribe en el día de la fiesta de la Trinidad: la fiesta de la gran familia de Dios y de los hombres. ¡Todos hermanos, y Dios nuestro Padre!

# Solemnidad del Corpus Christi

*«Cuánto más la sangre de Cristo, que en virtud del Espíritu eterno se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo» (Hb. 9, 14).*

## LA SANGRE DEL CORDERO

¡La sangre! Siempre la sangre en primer plano. Ahora mismo se nos muestra el reguero de sangre que ha dejado un hombre asesinado sobre la acera. Se piden angustiosamente donadores de sangre para salvar, por eso del milagro médico de las transfusiones, tantas vidas humanas. La sangre tiene un valor insustituible ahora mismo, porque es la corriente vital de nuestro cuerpo.

Antiguamente no le reconocían tanto valor científico, pero sí mágico y ritual. Existía la idea de que la vida estaba en la sangre, por eso de que el perder la sangre significaba perder la vida. Se ofrecían sacrificios de sangre en favor de los hombres, a dioses invisibles. Subía el olor de la sangre sacrificada propiciando por los humanos. Se hacían pactos de sangre...

Mucho antes de los israelitas ya los pastores celebraban la Pascua que era la fiesta del cordero, cuando nacían los nuevos corderos, cuando tenían que emigrar en busca de nuevos pastos. Sacrificaban un cordero para comerlo de pie, en plan de marcha, untaban los postes de sus tiendas para ahuyentar los malos espíritus y para que el camino fuera leve. Los israelitas lo que hicieron fue sacralizar todo eso.

Pero el auténtico cordero, el definitivo, fue Cristo. Con él quedaron superados y cancelados todos los sacrificios de sangre. Bastó que se sacrificase una vez para siempre y por todos los hombres en ese templo que no conoce columnas ni techo.

La fiesta del Corpus quiere honrar al Cuerpo y la Sangre de Cristo. Aunque citemos una sola, al comulgar o al honrarles, sabemos que están unidas. Forman un todo vital.

Esa sangre es la misma que la Virgen le dio en Nazaret. La mis-

ma que fue derramada en el rito de la circuncisión a los ocho días. La misma que manó de las fuentes de sus poros en Getsemaní. La misma que rodó sobre sus espaldas cuando la flagelación, sobre sus cabellos cuando la coronación de espinas. La misma que saltó del surtidor de sus manos y pies cuando se los perforaron con unos clavos. La misma que en tan corta cantidad surgió de la llaga del costado, cuando ya ni sangre le quedaba y el sacrificio había sido consumado.

Esa sangre es la que adoramos nosotros. Esa sangre de Cristo, real y verdaderamente presente en la Eucaristía, es la que comulgamos nosotros. Sangre sacrificial, purificadora, hermana de todos los hombres.

A esa sangre cantó Unamuno en su poema de «El Cristo de Velázquez»:

«Blanco cuerpo que diste por nosotros  
toda tu sangre, Cristo desangrado  
que el jugo de tus venas todo diste  
por nuestra rancia sangre emponzoñada;  
lago seco, esclarece tus blancuras  
ese río de sangre que a tus plantas  
riega el valle de lágrimas. La sangre  
que esparciste en perdón es la que enciende  
donde su planta fue, tu eterna lumbre.  
La sangre que nos diste es la que deja,  
pan candeal, tu cuerpo blanco...  
¡Sangre! ¡Sangre! Por ti, Cristo, es la sangre  
vino que ante la sed fiera del alma  
se estruja el universo...  
La sangre en que la vida  
de la carne nos guarda, nos redime;  
ni da fruto el amor sin sangre...  
Tú, Cordero,  
de la sangre de amor siempre sin merma.  
restañaste con esa sangre roja  
la mancha del pecado —la conciencia  
del mal obrar, que hace remordimiento—  
y nos dejas marchar quitos del peso  
que al corazón nuestra cabeza abruma.»



Domingos durante el año

## Segundo domingo

*«No os poseéis en propiedad, por que os han comprado pagando un precio por vosotros. Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!»  
(1 Cor. 6, 19-20).*

¡CONTAMOS CONTIGO!

El «slogan» es de sobra conocido por todos. Trata de conseguir atletas de músculos capaces de derribar toda clase de marcas. ¡Triunfar y recibir medallas! O al menos participar.

Para conseguir el premio los atletas se imponen toda suerte de sacrificios. Se nos ha hablado, al presentarnos a uno de los deportistas del año, de sus madrugones para poder entrenar entre las nieblas del Carrión a campo través...

Todo ese culto olímpico al cuerpo nos parece maravilloso, aunque sea para conseguir un galardón fugaz. Pero de ese culto se ha pasado a otro culto semipagano, por no decir pagano del todo, cuando se afirma que es lícito todo lo que el cuerpo pide.

Aunque las ideas parezcan muy modernas. Muy ultras... Son tan antiguas como el mundo y las pasiones de los hombres. Resulta que ya San Pablo, hace veinte siglos, tuvo que combatir las. Así que de modernas, nada.

El apóstol combate las ideas que los corintios tenían sobre la fornicación. Ideas auténticamente paganas: «El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor para el cuerpo», dice San Pablo.

Existe, por tanto, una ley que sublima el simple instinto y nos rebaja al nivel de las bestias. Aunque muchos, por encima de todo, quisieran satisfacer bestialmente sus instintos, esto debe alegrarnos.

Resulta —y esto no es ningún mito— que sobrenaturalmente hablando nuestro cuerpo es miembro de Cristo. Estamos unidos a El en un cuerpo místico. Por tanto, no podemos hacer con nuestro cuerpo lo que queramos, sino que hemos de someterlo a la ley de Dios.

No podemos usar a capricho de nuestro cuerpo. Pues «no os poseéis en propiedad, porque os han comprado pagando un precio por vosotros». El precio sabemos que es la redención de Cristo, y eso obliga mucho.

Es importante considerar esta «palabra de Dios», en estos tiempos en que se habla de la licitud de ciertas relaciones sexuales, prematrimoniales. Y no nos damos cuenta que eso no es un avance, sino un retroceso. Es volver a una etapa pagana de la historia que ha sido superada. Que eso sea defendido por quien nada quiere con Cristo, no nos asombra demasiado; pero que sea defendido por cristianos, y en nombre de Cristo y su ley de amor, sí nos asombra inmensamente...

Todo eso es rebajar el amor. El amor se sublima o se rebaja. La sublimación del amor lleva consigo lucha. El rebajamiento es lo fácil. Para eso vale cualquiera con tal de que tenga músculos y ganas.

Pero el nivel humano desciende. Para eso no hace falta ser miembros de Cristo, ni templos del Espíritu Santo, ni que Cristo hubiera muerto por nosotros en la cruz. Que murió por nosotros y no por las bestias.

Aparte la fe, todos los que estudian la cuestión seriamente, se dan cuenta de que ese libertinaje de costumbres causa estragos en los mismos instintos humanos. Lleva al cuerpo al desgaste fatal para... Y trae como consecuencia la degeneración de los instintos, de manera que en el mismo pecado va la penitencia.

No nos ofusquemos. Todos somos pecadores. Pero no queramos pasar el pecado como virtud o libertad de espíritu. Las cosas claras, amigos.

## Tercer domingo

*«Hermanos: Os digo esto: el momento es apremiante. Queda como solución:... (1 Cor. 7, 29).*

### CON LOS OJOS MUY ABIERTOS

Entre el dramático ajedrez de guerras y conversaciones de paz, nos llegan a veces noticias confortadoras: el hombre que es padre a los ciento doce años; el muchacho tuberculoso, desahuciado a los dieciséis, que tiene ochenta y piensa vivir doscientos años... Todo esto nos dice que la vida sigue. Que cada vez el mundo, aunque sea más estrecho, es más cómodo y da gusto vivir.

Llegará un día en que las enfermedades físicas sean curadas. En que la media de vida rebase los cien años. En que los hombres se crean inmortales... Pero ¡alto ahí!

Hay que vivir con los ojos bien abiertos. Y darse cuenta que este mundo pasa. Y que la vida se gasta. Y que poco importa vivir veinte o doscientos años, porque al fin el segundo cero también caerá en la fosa.

Somos inmortales porque Dios nos ha hecho inmortales. Porque esta vida es el prólogo de otra que nos espera tras la página negra de la muerte.

Y porque pasa la sombra de este mundo, por eso, hay que vivir con los ojos muy abiertos. Y no ser avestruces que los cierran cuando son perseguidas por los cazadores, mensajeros de la muerte.

San Pablo nos advierte en su carta de hoy: «Queda como solución que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no lloraran; los que están alegres, como si no lo estuvieran; los que compran, como si no poseyeran; los que negocian en el mundo, como si no disfrutaran de él; porque la presentación de este mundo se termina.»

¿Quiere decir esto que hemos de ser indiferentes a las bellezas, a los afanes del mundo? No. San Pablo mismo lo desmiente con su vida, gritando contra aquellos que no hacían más que esperar la muerte y no trabajaban. Dijo algo tan elemental como esto: «El que no trabaje, que no coma.» Lo desmintió con su vida de peleador infatigable por un mundo mejor.

Iría eso contra la doctrina cristiana, que nos dice que el mundo, la vida y todo lo que tenemos es don de Dios, que desea lo disfrutemos, lo aprovechemos al máximo y lo hagamos prosperar.

¿Entonces? Meramente que no consideremos esto como definitivo. Que hay cosas mucho mejores. Otro mundo, otra vida superior... No poner todos los afanes en el presente. Ser hombres con esperanza.

Unamuno, el gran angustiado, solía recordar aquellos versos de la coplilla popular:

«Cada vez que considero  
que me tengo que morir,  
echo mi manta en el suelo  
y no me harto de dormir.»

Unamuno vivió en continuo sobresalto. Con un terror morboso a la muerte, porque pensaba era el morir definitivo, aunque tiene páginas maravillosas sobre la inmortalidad.

Nosotros hemos de vivir la vida sin sobresaltos. Porque estamos seguros —seguridad de fe cristiana— que hay otra vida mejor. Y que este mundo es un presagio, una presentación, un preanuncio —pongamos el epíteto que queramos—, de otro mundo mejor y de otra vida sin muerte.

## Cuarto domingo

*«Hermanos: Quiero que os ahorréis preocupaciones: el célibe se preocupa de los asuntos del Señor, buscando contentar al Señor... (1 Cor. 7, 32).»*

### SIN TRAMPA NI CARTON

Asombra la clarividencia y actualidad de San Pablo cuando enfoca en sus raíces un problema tan frecuentemente desenfocado: el celibato.

San Pablo induce, exhorta, aconseja el celibato. Razones: el mejor servicio al Señor, a la Iglesia y al Pueblo de Dios. Podemos ver estas razones claramente no sólo en el párrafo de la liturgia de hoy, sino en el contexto de la primera carta a los corintios, capítulo siete.

El celibato eclesiástico no pasa de ser una ley eclesiástica —valga la redundancia para que no se nos olvide—, pero una ley muy razonable y que tiene sus fundamentos bíblicos.

Se pone por motivos sobrenaturales —«por el reino de los cielos»— y para mejor servir a los hombres.

La Iglesia a lo largo de los tiempos ha vivido los vaivenes del celibato. En algunas épocas negras de su historia tuvo que luchar denodadamente para purificarla y para mantenerla por encima de todo.

Hoy persiste en mantener vigente esa ley a pesar del culto a la libertad, la personalidad y la sublimación de la sexualidad. Los motivos son los mismos que invoca San Pablo.

Pero la Iglesia, hoy como ayer, no trata de tender a nadie una trampa. No engaña a nadie. Al contrario, quiere que sus sacerdotes se vinculen con ese compromiso con ojos muy lúcidos. Por eso ha abierto mucho más que nunca las puertas de los seminarios para que los futuros sacerdotes conozcan mejor el mundo, la vida familiar, tengan contacto con las gentes, se den cuenta a qué se comprometen y hagan su promesa de servir a Dios perpetuamente a través de una consagración especial con los ojos muy abiertos.

Hay fallos. ¿En qué profesión o estado no los hay? Pero no por las crisis, por las quiebras, por los mil avatares de la vida, el hombre que ha contraído un compromiso deja de pechar con él y seguir adelante. Es muy de hombres. A veces, no obstante, las dificultades llegan a un límite que se pide la liberación.

Cuando el sacerdote, hombre al final, se nota sin fuerzas para seguir adelante con el compromiso adquirido, suele hacer dos cosas: pedir las a Dios a través de la oración (lo cual debe hacer siempre), o si no desligarse de ese compromiso. Cuando un sacerdote llega a una situación límite y pide la dispensa de su celibato, solemos criticarle duramente. Pensamos que es un traidor. Y no. Quizá es sincero. Se da cuenta de su error, de su fragilidad, y pide una liberación. Creo que nadie sufrirá tanto como él al dar este paso. A veces significa romper hasta con sus propios familiares. Por ello se impone la comprensión.

Se habla mucho ahora que en virtud de la falta de vocaciones, la Iglesia levantará esta ley. Pienso que está mal enfocado el problema. No es el celibato el motivo de la falta de vocaciones. Hay otros motivos que alguna vez hemos expuesto. Tenemos un testimonio de gran valor. Yugoslavia es una nación donde la Iglesia católica está en minoría frente a la Iglesia ortodoxa. En ésta se permite el matrimonio a los sacerdotes. Sin embargo, sucede que hay muchas más vocaciones en los Seminarios católicos que en los ortodoxos, a pesar de ser éstos el doble. Por tanto, no es ese el motivo. Porque la misma escasez de vocaciones de pastores sufren los protestantes en las naciones occidentales, y eso que ellos no tienen el celibato y el sueldo suele ser espléndido.

¿Entonces? La cuestión está en el fondo del corazón. Es cuestión de amor, de idealismo. El Concilio lo ha recordado. La vocación sacerdotal es la aspiración a un alto y noble ideal. Lo cual no supone ningún menosprecio de otros estados y vocaciones que pueden estar a la misma altura.

Pensamos que el celibato sigue teniendo vigencia y la seguirá teniendo. Lo que no impedirá que no tardando ordenen a hombres casados. Eso se ve venir; no hace falta ser profeta para anunciarlo. Pero eso ya es otra cuestión.

## Quinto domingo

*«Hermanos: El hecho de predicar no es para mí motivo de soberbia. No tengo más remedio y ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!»  
(1 Cor. 9, 16).*

### LA PAGA

La paga es algo que nos preocupa a todos. Que necesitamos para vivir. Cada día y cada mes. Aunque sean más cortos y no tengan la supercuesta de enero.

Lo extraño es la paga que San Pablo reclama para sí: «¿Cuál es la paga? Precisamente dar a conocer el Evangelio, anunciándole de balde, sin usar el derecho que me da la predicación de la buena noticia.»

Mira por cuanto esto vuelve a estar de actualidad en España. La primera paga del sacerdote debe ser la libertad para predicar el Evangelio. Si le falta esa libertad es que le han comprado por menos de treinta monedas de plata. Querer amordazar la voz de la Iglesia por una cantidad mayor o menor de dinero es un auténtico soborno.

Pienso que eso no se da en nuestra Patria. Pues se ha reconocido desde las alturas la mutua independencia de ambas sociedades para cumplir su respectiva misión. Y quien esto escribe ha predicado en muchas partes y nunca ha tenido interferencias ni dificultades para anunciar el Evangelio.

La dificultad proviene, a veces, de nosotros mismos. Nos falta valor para decir la verdad pura y estrictamente sin complicaciones de derecha o izquierda. ¡Rectamente! Fue escrito hace tiempo:

«Quien quiere anunciar lo divino, debe entregarse íntegramente a lo divino y sacrificarse completamente.»

Lo primero sacrificar nuestra propia vanidad o, quizá, nuestra mentalidad. Algunos piensan que predicar la verdad es echar contra eso y aquello. O lanzarse sobre las piadosas mujeres de los domingos con pose de líderes. Es un magnífico trampolín de lucimiento. Tan ineficaz e irritante como aquel otro —ahora ya desfasado— de las modas. ¿Qué conseguimos con aquello? Irritar a unos, escandalizar a otros y halagar a las mujeres, que a éstas les gusta que se ocupen de ellas, aunque sea para criticarlas.

El más libre en predicar el Evangelio fue San Pablo. Nos lo recuerda hoy. Aun reconociendo sus derechos a vivir de su apostolado, quiso vivir de su oficio de tejedor. Y únicamente organizó sus clásicas colectas en pro de la Iglesia de Jerusalén. Y admitió para sí ciertas ayudas. Y San Pablo no predicó contra la esclavitud que entonces estaba vigente de modo directo e hiriente. No predicó contra los poderes constituidos, sino más bien a favor de ellos, aunque estaban presididos por Nerón que sería quien le mandase matar. No predicó contra la patria a la que pertenecía, sino que se sintió orgulloso de ser al mismo tiempo judío de raza y ciudadano romano de nacimiento.

Entonces, ¿qué predicó San Pablo? Nos lo dice él: «La buena noticia.» Predicó una doctrina positiva, constructiva. Habló del amor, de la fe y de la esperanza. De la unión e igualdad de todos. Del cuerpo místico de Cristo. De la libertad de los hijos de Dios, aunque El se sometiese —por eso de no escandalizar— a ciertas implicaciones que llevaba consigo la ley judía.

Y su doctrina triunfó. Porque fue como una semilla que agrandándose tiró por tierra muchas cosas mal construidas. Las hizo reventar como un tumor que estaba minando a la sociedad.

El día que nosotros nos pongamos en la actitud de San Pablo estaremos prestando el mejor servicio a la sociedad en la que vivimos. Seremos sal y luz. Conseguiremos así mucho más que tirando barro a los ojos de los otros. A lo peor vemos una viga donde hay una paja.

Si la sociedad constituida por cristianos quiere pagar esos servicios, eso es de justicia. No es para estar agradeciéndoselo de rodillas el resto de los días de nuestra vida.

## Sexto domingo

*«Hermanos: Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor. 10-31).*

### LA SIMPATIA

Todos conocemos la original oración de aquel niño que rezaba a Dios: «Señor, haz que los malos sean buenos y que los buenos sean simpáticos.»

¡Casi nada! ¡Toda «la ley y los profetas»! Porque simpatía es sobre todo caridad. Es pensar en el otro, es la carencia de egoísmo para buscar el bien de los demás.

Dale Carnegie, en su libro «¿Cómo ganar amigos?», insiste mucho en esto de buscar los anhelos de los demás, su punto de vista, sus intereses, para ganarlos. Un libro muy americano que cree haber descubierto el Mediterráneo. ¿Y cuánto tiempo hace que está descubierto el Mediterráneo?

San Pablo escribe a los fieles de una de las más prósperas ciudades del Mediterráneo, Corinto, y les da consejos como estos:

«Hermanos, cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios. No deis motivo de escándalo a los judíos, ni a los griegos, ni a la Iglesia de Dios.»

Se trataba de una cuestión que entonces tenía importancia: el comer la carne sacrificada a los ídolos. Algunos identificaban este acto con el de dar culto a los mismos ídolos. San Pablo, aunque sabe a qué atenerse, se da cuenta de que vive en medio de los hombres. Mucho antes que fuese expresado que el hombre era el «yo y su circunstancia». Y en el caso de los cristianos tenían que prescindir de su yo, de su egoísmo, para pensar en los demás.

El fue ejemplo de hombre que pensó siempre en los demás. Lo testimonió en esta carta: «Por mi parte, yo procuro contentar en todo a todos, no buscando mi propio bien, sino el de ellos, para que todos se salven.»

He aquí el culmen de la simpatía tal como la hemos entendido y enfocado. Buscar el bien de los demás es mucho más que el «piensa en los demás». Es hacer algo, es prescindir de tantas cosas que nos resultan agradables. Es dar el tiempo, la comodidad, el dinero, la salud, y la vida si fuera preciso, porque los otros se salven.

San Pablo, un hombre de estatura pequeña, fue un gigante en este sentido. Débil de salud, casi ciego, recorrió prácticamente todo el mundo romano llevando la buena nueva del Evangelio a todos los hombres. Por ello y por los hombres sufrió:

«Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces padecí naufragio, un día y una noche pasé en los abismos. Muchas veces en viajes me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligro de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligro entre los falsos hermanos. Trabajos y fatigas en prolongadas vigilias muchas veces, en hambre y en sed, en ayunos frecuentes, en frío y desnudez; esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada día, de la preocupación por todas las iglesias.»

Esta es la auténtica simpatía. Que no consiste meramente en sonreír, en caer bien, en dar buenas palabras. Sino en entregarse por los demás. Así debiéramos de hacer todos los cristianos. Pues concluye sus consejos de hoy diciendo: «Seguid mi ejemplo como yo sigo el de Cristo.»

## Séptimo domingo

*«Hermanos: ¡Dios me es testigo! La palabra que os dirigimos no fue primero «sí» y luego «no» (2 Cor. 1, 18).*

### ¡PALABRA DE HONOR!

San Pablo, ante algo baladí, plantea una cuestión trascendental. Baladí era el itinerario de su viaje. Los de Corinto se molestaron porque en una carta anterior les había dicho una cosa y a última hora les tuvo que mandar recado de un cambio de ruta. Disputaron por su gran amor al apóstol y porque querían tenerle mucho tiempo con ellos. Los murmuradores llegaron a dudar de la veracidad del apóstol, de su doctrina...

Entonces San Pablo se plantea: el no dice sí y no al mismo tiempo. Y la doctrina de Cristo es un sí rotundo: «En El todo se ha convertido en un sí; en El todas las promesas han recibido un sí.»

Nosotros también andamos muchas veces deshojando la margarita del sí y del no, aun en cuestiones importantes de fe y costumbres. Algunas personas, alarmadas —buen signo—, nos preguntan: «¿A qué hay que atenerse entonces?»

La respuesta, suelo decirles, la tenéis al alcance de la mano. Piensen que soy yo. Y yo quiero dejar esa actitud paternalista de darlo todo resuelto y que no haya nada más que responder amén. Pienso que todos tenemos inteligencia y debemos discurrir.

El sí lo tenemos al alcance de la mano. Pues nada más a mano que nuestro propio cuerpo. Creemos que es el mismo de siempre. Y sabemos por la ciencia que cambia constantemente. La ley de la vida es la ley del metabolismo. ¡Ay de nosotros el día que eso no suceda!

A pesar de ello nosotros seguimos siendo los mismos. Lo fundamental no cambia. Nuestro yo sigue siendo nuestro yo; nuestra san-

gre, nuestra sangre; nuestro esqueleto, nuestro esqueleto. Nada, que seguimos siendo nosotros. Y cambiamos incesantemente... Algunas veces nos damos hasta cuenta: nos basta con mirarnos al espejo y al alma.

La Iglesia es un cuerpo vivo: el cuerpo místico de Cristo. En esta Iglesia, a la que pertenecemos, cambian muchas cosas. ¿Deja por ello de ser la Iglesia de Cristo? No. Precisamente por eso sigue siendo Iglesia viva: cuerpo místico de Cristo.

Si examinamos un poco los cambios de la Iglesia en nuestros tiempos, nos damos cuenta que son meramente accidentales: liturgia, vestimenta, normas y formas de gobierno, exposición de la doctrina. ¿Qué dogma ha sido antes sí y ahora no?

Hasta cierto punto debiéramos considerarnos afortunados porque Pablo VI se tomó la molestia de confeccionar al final del «año de la fe» el famoso «credo del Pueblo de Dios». Un poco largo sin duda. Porque quiso dejar claro el pensamiento de la Iglesia sobre ciertas verdades, de más actualidad ahora. Por eso no lo sabemos tan bien como las fórmulas más breves de otros «credos» que aparecieron en otros tiempos de crisis dentro de la Iglesia. Si los examinamos nos damos cuenta de que dicen lo mismo.

Lo que nos sucede es que no los examinamos. ¿Cuántos de nosotros hemos leído «el credo del Pueblo de Dios»? ¿Cuántos lo hemos estudiado? ¿Cuántos escuchamos con agrado que se nos hable de eso?

Nos gusta más la ventolera de nuevas teorías, que aparecen y desaparecen como las nubes de verano: descargan su contenido explosivo de relámpagos y truenos y luego... nada. Cuando se oyen ciertas cosas hay que saber distinguir entre la verdad y las opiniones. Personalmente puedo tener mis opiniones sobre determinados problemas, pero si soy «Iglesia» debo saber cuál es la opinión mejor, la doctrina de la Iglesia sobre ciertas cuestiones. Y si esa doctrina es de fe o no. En concreto, la doctrina de fe está resumida en el credo. Lo demás puede estar sujeto a cambios. El credo, no. Es el soporte, el esqueleto de este cuerpo vivo sujeto a un constante metabolismo natural y sobrenatural.

# Octavo domingo

*«Hermanos: ¿Necesitamos presentaros o pedirnos cartas de recomendación?» (2 Cor. 3, 1b).*

## LAS RECOMENDACIONES

¡Las recomendaciones! Esa moderna plaga de las recomendaciones...

No tan moderna, amigo; no tan moderna. Por lo menos San Pablo ya hablaba de ello. Lo pregunta en la carta que la liturgia de hoy recuerda: «¿Necesitamos presentaros o pedirnos cartas de recomendación?»

Luego da no sé cuántos circunloquios para autorrecomendarse, para defenderse, para recalcar lo que era la pura verdad; que él no era nada más que un ministro de Cristo que sólo buscó predicarles el Evangelio, llevar a Cristo, hacerles cristianos... ¿Hay mejor recomendación que esa para un apóstol?

Pero, ya que de las recomendaciones hablamos, San Pablo usó de recomendaciones a lo largo de su vida. Fue recomendado a los hermanos en diversas ocasiones. Escribió él cartas de recomendación. Recordemos si no la carta a Filemón.

Sabemos que a Cristo le recomendaron ciertas personas, y que Cristo hizo caso: por ejemplo, el centurión romano que pedía la salud de su criado.

Por ello hemos de tomar con pinzas esa frase que algunos «puritanos» dicen: «Si yo fuese quién, suprimiría de un plumazo todas las recomendaciones.» Harían caso de las recomendaciones como todo «quisque».

Mientras los hombres pisen tierra en nuestro planeta azul, y aunque escapen para otro, seguirá habiendo recomendaciones, influencias y etcéteras. Con eso hay que contar. Es ley de vida y forma parte del juego.

Lo cual no quiere decir que canonicemos la injusticia y el atropello. Eso no es recomendación. Eso es una manifiesta injusticia.

Cuando se quita a uno algo para dárselo al «hijo de papá», se está cometiendo una injusticia, no sólo contra esa persona, sino contra todos los que tienen que sufrir las consecuencias.

Hablemos de recomendación en el sentido noble. Cuando con toda sinceridad y lealtad se recomiendan las buenas cualidades, o el talento, o la capacidad de trabajo de una persona para que los otros las comprueben y obren en consecuencia. No se trata de hacer pasar a un inepto.

Simplemente que se fijen. Porque en la gigantesca máquina de la burocracia actual no hay tiempo para fijarse en las personas. Quizá más que en las personas se fijan en los números. Y se cometen atropellos que justamente las recomendaciones tratan de subsanar: fíjense, por favor, en esta persona, tómense un poco de molestia. Tiene estas cualidades, y éstas y éstas...

La persona que va recomendada se sabe respaldada, tiene más confianza en sí, sabe que habrá un hueco para ella. Eso hace que rinda más. Que se haga valer en lo que realmente vale. Y entonces no se comete ninguna justicia.

Queramos o no, las recomendaciones seguirán existiendo. Todos tenemos que sufrir su presión. Nos piden recomendaciones por todas partes. Quisiéramos poder atenderlas todas. Que hubiera puestos de trabajo para todos... Sabemos que no es posible. Y aunque nos crean omnipotentes, hasta el Omnipotente sabe que se le cierran algunas puertas libremente. A pesar de las recomendaciones de los santos...

Lo único que pedimos es juego limpio. Que no nos traten de presionar de tal forma que tengamos que admitir o recomendar a gentes que no valen para nada, como si valiesen para todo o para algo.

Las cosas claras. Como San Pablo que se autorrecomienda poniendo por delante todo lo que hizo por los corintios: «Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres.» Así, cualquiera...

# Noveno domingo

*«Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (2 Cor. 4, 7).*

## LA LUZ Y EL HUMO

Recuerdo muy bien lo que decía aquel párroco de aldea, que tenía mucho celo de las almas y mucha experiencia. Sentenciaba así:

—Vienen por aquí muchos predicadores tratando de probar que la Iglesia es obra divina. Que los poderes del infierno no podrán contra ella. Que Cristo la sostiene... y no sé cuántas cosas más. A veces son tan abstractos, tan eruditos, tan hombres de laboratorio, que las gentes no les entienden. Y esto está más claro que la luz. Si no fuere obra divina, ¿dónde estaría ya la Iglesia con todo lo que están haciendo contra ella?

Lo que están haciendo y lo que han hecho. San Pablo ya hablaba de eso. De cómo él y los cristianos habían sido zarandeados. Y a pesar de llevar en sus cuerpos de barro —barro frágil y pecador— la luz de Cristo, ésta persistía porque Cristo mismo era su fortaleza.

San Pablo escribió eso cuando todavía no habían comenzado las persecuciones sistemáticas contra la Iglesia. La primera le tocó a él. Su cabeza cayó segada donde ahora se levanta la basílica de San Pablo Extramuros, en Roma.

Luego hubo otras mucho más virulentas. Y las persecuciones han seguido a través de los siglos. No habrá nación cristiana que no la haya conocido. Nosotros también. Y no de las menos violentas. Y a pesar de ser tan pecadores y tan frágiles como todos saben; todos saben, también, que las defecciones fueron nulas.

Ahora las persecuciones se han hecho más refinadas. El que dijo «no queremos mártires sino apóstatas», supo lo que dijo. Quizás re-

cordó aquello de Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla de cristianos.» Ahora se trata de dividir a la Iglesia desde dentro.

Cuando se intenta eso, no siempre se hace consciente y sistemáticamente. A veces se hace pensando hacerla un gran bien. Pero sucede que se la está dividiendo. Se está «hiriendo a los pastores para que las ovejas se dispersen», se desorienten, no sepan a qué atenerse.

El humo de Satanás, del que habló Pablo VI, se está filtrando entre las fisuras del gran bloque de la Iglesia. Pues el cuerpo que encierra la fortaleza de Cristo tiene también sus fragilidades.

Lo malo del asunto, y lo estamos comprobando, es que cada cual dice que son los «otros» los inmersos en el humo de Satanás. Uno es el portador de la luz. Y aunque ataque a la mismísima Iglesia, está haciendo un gran bien. Se vuelve a repetir por enésima vez la parábola de la paja y la viga.

Hay una cosa cierta, nos cueste o no reconocerlo, la luz es Cristo. Cristo ha dado sus poderes a Pedro y a sus sucesores. Estos son los obispos. Por eso cuando Pedro habla de cuestiones de fe y costumbres, usando su suprema autoridad, está lanzado un rayo de luz sobre las tinieblas del mundo, o sobre las mentes obnubiladas de tantos cristianos en confusión.

Sabemos que los obispos cuando hablan colegialmente son los auténticos sucesores de los apóstoles, en comunión con Roma. Si su doctrina es moralmente de un colegio episcopal —conferencia episcopal, decimos modernamente— es la auténtica doctrina de la Iglesia. Usan para ahora mismo esa facultad que Cristo les ha dado «de atar o desatar» tan fuertemente «que será atado o desatado en el cielo».

Por eso, aunque haya mucho humo, mucha oscuridad, mucha confusión, procuremos mantener las mentes claras. Que la luz de Cristo llegue hasta nosotros, y que nosotros la proyectemos a los demás. Que se cumpla lo de San Pablo: «El Dios que dijo: «Brille la luz en el seno de las tinieblas», ha brillado en nuestros corazones para que nosotros iluminemos dando a conocer la gloria de Dios reflejada en Cristo.»

## Décimo domingo

*«Por eso no nos desanimamos. Aunque nuestra condición física se vaya deshaciendo, nuestro interior se renueva de día en día. Y una tribulación pasajera y liviana produce un inmenso e incalculable tesoro de gloria».*

*(2 Cor. 4, 16-17).*

### TESORO DE GLORIA

Nosotros los cristianos sabemos muy bien eso de atesorar, a través de nuestra peregrinación, tesoros para el cielo. Desde que Cristo nos dijo aquello de que atesorásemos para el lugar donde los ladrones no roban, ni corroe la herrumbre.

Pero pienso que eso es una creencia universal. Las mil leyendas, sagas, parábolas, sentencias de todas las religiones del mundo nos vienen a contar, de una manera o de otra, lo mismo.

Quiero citar aquí a un poeta pagano, eminentemente lírico y religioso, Tagore, que nos dice en su Ofrenda Lírica lo siguiente:

«Iba yo pidiendo de puerta en puerta por el camino de la aldea cuando tu carro de oro apareció a lo lejos como un sueño magnífico. Y yo me pregunté maravillado quién sería aquel Rey de Reyes.

Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos habían acabado... La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriente. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto tú me tendiste tu diestra diciéndome: «¿Puedes darme alguna cosa?»

Saqué, confuso, despacio, de mi saco un granito de trigo y te lo di.

Pero qué sorpresa la mía cuando al vaciar por la tarde mi saco en el suelo encontré un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para darte todo!»

Su último grito es de lástima. Pero más lástima da el que seamos tan egoístas nosotros. No sólo porque damos mezquinamente, sino también porque siempre damos con nuestra mira de interés. Sabemos calcular bien lo que puede rentarnos aquello que damos.

Sin que dejemos de ser lo que somos porque es difícil cambiar, e incluso hasta ese interés de gloria, de cielo parece ser bendecido; pienso que cuando tratamos de atesorar gloria, cielo, podemos trazarnos un horizonte sin medida.

Para el más allá no se nos pone tasa. Es algo eterno. San Pablo se encarga de recordarlo aquí y en otros muchos lugares. Por ello, el desánimo no tiene que hacer mella en nosotros, pues con los fracasos, el dolor, el sacrificio, el trabajo de ahora, vamos construyendo esa morada celestial que Dios nos tiene preparada.

Esto no nos puede llevar a olvidarnos de nuestro vivir. Todo lo contrario, nos tiene que llevar a vivir la vida en plenitud. Una vida vivida así está trenzada de dolor, sudor, incomprensión, persecución, y mil etcéteras que nos van cabando la fosa. La diferencia es que el horizonte no es la desilución, sino la esperanza.

El hecho de nuestro desmoronamiento está al alcance de nuestra mano. No tenemos por qué mirar a los demás. Vamos perdiendo el pelo poco a poco. Los dientes, la salud, el vigor..., la vida, al fin. Los mil postizos de que nos surte el mercado no nos podrán nunca hacer la ilusión de lo auténtico. Nunca una muela de oro vale lo que una muela de las nuestras, de esas de antes de la guerra de los dientes caídos.

Y sin embargo, todo eso nos tiene que hacer pensar que habrá un momento que resucitaremos en plenitud, con un cuerpo nuestro —porque nuestro cuerpo se transforma cada cinco años— para una vida eterna y gloriosa. Y entonces nos espera allí una cuenta corriente donde a lo largo de la vida, con la rúbrica de Dios, hemos ido ingresando nuestros tesoros de gloria.

## Undécimo domingo

*«Hermanos: Siempre tenemos confianza, aunque sabemos que mientras vivimos estamos desterrados lejos del Señor. Caminamos sin verlo, guiados por la fe» (2 Cor. 5, 6-7).*

### LOS DESTERRADOS

Siempre ha sido triste ser un desterrado. Algunos, como Ovidio, han sabido expresar su pena. Otros la han sentido sin poder o saber expresarla.

Modernamente, cuando se ha descubierto que el mundo redondo visto desde la altura no tenía fronteras, creíamos que no importaba marchar de una parte a otra. Incluso las gentes han emigrado de su patria a otros países. Pero bien sabemos de sus penas, de sus locuras a veces. De sus soledades siempre. «Como pájaro alejado de su nido, así es el hombre lejos de su lugar», dice el libro de los Proverbios.

Y al fin podríamos decir aquello que en la antigüedad escribió Epicteto:

«Has sido condenado al destierro.» Pero ¿hay algún sitio fuera del mundo adonde se me pueda enviar? Por doquiera que vaya, ¿no hallaré cielo, sol, luna y estrellas? ¿No tendré sueños y augurios? ¿No podré mantener comercio con los dioses?»

Epicteto como sabemos fue un esclavo frigio que debió vivir a mediados del siglo primero de nuestra era. Contemporáneo por tanto de San Pablo.

Sus pensamientos se parecen, pero la diferencia es inmensa, porque San Pablo pone Dios con mayúscula.

San Pablo, el hombre que cruzó mil fronteras predicando a Cristo, no le importó desgajarse de su tierra, porque la tierra —por Cristo— era su patria. No era extranjero en ninguna parte.

Su destierro no era perder las montañas de su ciudad del alcance

de sus ojos. Como todos en todas partes tenía el mismo sol, luna, estrellas, aire...

Su destierro era el no poder estar ya con Cristo. Vivir en esa patria definitiva, única, celeste, entrevista con la fe.

La fe, siguiendo la metáfora, podemos decir que era el sol que le alumbraba en sus noches de desterrado a través de este mundo.

Quizá he dramatizado un tanto al hilo de las reflexiones de San Pablo. Pero al Apóstol hay que entenderle en su totalidad. Y de su doctrina se puede muy bien deducir eso que modernamente se ha proclamado: Ese Reino ha sido ya establecido aquí y ahora.

Copio textualmente lo que dice un especialista:

«Después de la resurrección de Cristo, el destino del mundo ya está decidido. Al existir consciente o inconscientemente como cristianos, es decir, en Cristo, avanzamos sin pérdida posible hacia el cielo. En toda la provisionalidad del mundo actúa ya lo definitivo.

Ninguna búsqueda desemboca en el vacío. Nada puede separarnos del amor de Cristo; nada excepto la repulsa de este amor. Nosotros hemos alcanzado definitivamente la libertad, la apertura y la alegría.

El Cristo del Apocalipsis ha dejado una puerta abierta que nadie podrá ya cerrar. Donde arde una llama, aunque pequeña, de verdadero amor se hace visible ya la luz del cielo.

Ninguna esperanza quedará defraudada. Nosotros no perdemos nada; mucho menos aquello a lo que hemos renunciado en nuestra vida. En este mundo no hay razón alguna para la desesperación y la pusilanimidad.

Se podría reducir todo el cristianismo a esta fórmula: «el cristianismo es la fe en la que Dios afirma sin restricciones todos los anhelos del hombre; aún más: los sobrepasa hasta tal punto que las esperanzas y los sueños de la humanidad, aún los más desbordantes, aparecen como algo pobre e insignificante» (L. Boros.)

Bello, ¿verdad? Así es el cristianismo visto a la luz de la fe. Pero, no obstante, y visto lo visto, preferimos concluir con San Pablo: «Y es tal nuestra confianza, que preferimos desterrarnos del cuerpo y vivir junto al Señor.»

## Duodécimo domingo

*«El que vive con Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha llegado lo nuevo»  
(2 Cr. 5, 17).*

### EL ETERNO SUEÑO

Oscar Wilde, el célebre dramaturgo inglés, escribió lo siguiente:  
«Nada hay como la juventud.. Los hombres maduros están hipotecados a la vida. Los viejos yacen arrinconados en el desván de la vida. Pero la juventud es la señora de la vida. La juventud tiene aguardándola un reino. Todo hombre nace rey, y la mayor parte mueren en el destierro, como muchos reyes.»

Pienso que la mayor parte de la humanidad suscribiría estas afirmaciones que aún tienen vigencia. Por ello han buscado desde siempre algo para rejuvenecer. Y la búsqueda sigue a través de la ciencia. Y cuando no, saltan a la fantasía de los hombres los mitos. El mismo Oscar Wilde inventó su famosa novela «El retrato de Dorian Gray», en la cual las arrugas, las canas y los achaques iban para el retrato, y el protagonista se conservaba a lo largo de los años perfectamente juvenil.

A pesar de todo esto estamos más de acuerdo con otra frase del mismo Oscar Wilde: «Nacemos con el cuerpo joven y caminamos hacia la vejez, sin embargo nacemos con el alma vieja y caminamos hacia la juventud.»

Dejémosnos de cosas y de ensueños, la juventud es flor primaveral, la juventud del cuerpo, biológica. No obstante es posible conservar la juventud del alma. Por eso nos ha sorprendido un papa ochentón como Juan XXIII con una juventud de alma que ha asombrado al mundo entero.

¿Cómo se consigue todo eso? En primer lugar pensando que el alma se alimenta de ideas nuevas. Es importante estar abierto a las nuevas ideas. Es una perpetua gimnasia del espíritu. Sólo con las ventanas del espíritu, abiertas a todas las corrientes, es posible captar lo que de nuevo y valioso hay en el mundo de hoy. Luego captaremos, como en antenas de oro, aquello que nos parece más aceptable.

Sin esa apertura no se puede hablar de juventud en la actualidad. Porque el tiempo que por suerte nos ha tocado vivir es un tiempo de cambio. Vemos como en todos los aspectos columnas que juzgábamos monolíticas se derrumban. En el mundo eclesial, también está en el plano intelectual, pastoral, disciplinar o cualquiera de los planos. Aún se anda buscando para los dogmas una nueva interpretación más comprensible para el hombre de hoy. Muy en consonancia con la tesis de siempre sobre la evolución de los dogmas.

Quien esto no entienda es un viejo aunque tenga veinte años. Y de estos también se encuentran. Gentes instaladas en unas categorías mentales de las cuales no hay quien les apee porque se sienten muy agusto. Eso lleva al anquilosamiento, a la herrumbre mental.

Pero hemos de decir que lo intelectual, siendo importante —algo de lo que la Iglesia está muy preocupada a través de la llamada formación permanente—, no lo es todo. Mucho más que el intelecto es el espíritu. Y éste necesita un clima propicio de gracia y de ilusión.

No es necesario insistir en que la juventud es la edad de las ilusiones. El que más o el que menos piensa que va a transformar el mundo, o una de sus parcelas. La vida se le abre por delante. Es un conquistador a quien se le ha encomendado una gran misión. Si a pesar de los traspies, los errores, los fracasos, los testarazos de la vida se conserva esa ilusión y se vuelve a empezar, se es joven. Tan joven como el agua del arroyo que cuando un peñasco se le pone delante busca otros cauces.

Pienso que he escrito en estilo un poco alegórico, pero suficientemente claro para ser entendido. Y pienso que si amamos a la Iglesia, a Cristo, hemos de andar buscando nuevos cauces para este cristianismo, fermento del mundo. Como Pablo en sus tiempos.

## Decimotercer domingo

*«Bien sabéis lo generoso que ha sido nuestro Señor Jesucristo: siendo rico, por vosotros se hizo pobre, para que vosotros, con su pobreza, os hagáis ricos. Pues no se trata de aliviar a otros pasando vosotros estrecheces; se trata de nivelar. En el momento actual, vuestra abundancia remedia la falta que ellos tienen; y un día la abundancia de ellos remediará vuestra falta; así habrá nivelación» (2 Cor. 8, 9 13-14).*

### LAS COLECTAS

Se nos acusa a nosotros, y quizá con razón, de la frecuencia de las colectas. A muchos fieles les molesta que cada domingo haya una colecta distinta. No les molesta porque les distraiga de la participación en la Eucaristía, sino porque les duele en la cartera y a lo peor en el corazón.

Pero tenemos que decir que las colectas no las hemos inventado nosotros. Como vemos por la carta de San Pablo el sistema es tan antiguo como el cristianismo.

San Pablo, mientras fundaba iglesias y predicaba por doquier, también organizaba colectas para la iglesia de Jerusalén que se había empobrecido con el sistema establecido primitivamente, según nos cuentan los Hechos de los Apóstoles. Una experiencia más de las muchas que estableció la humanidad, que no dio resultado. Y visto lo visto, y teniendo en cuenta al hombre —sin llegar al pecado original como hacen algunos—, eso no dará resultado sin una disciplina especial, a veces férrea.

Dejemos la teoría. El hecho es que San Pablo organizaba colectas. Y nosotros no podemos tener mejor patrono ni mejor patrón.

Patrón, modelo en el sentido de que él se eleva a Jesucristo que lo dio todo, que se hizo pobre para que nosotros nos hiciésemos ricos

por él. Que incluso dijo que dará el cielo por el cacho de pan, el vaso de agua, etc.

El sentido de la colecta tiene un profundo sentido de caridad, de alivio a Cristo, a través del hermano. Porque a Cristo ninguno de nosotros le ha visto, y sin embargo, bajo el disfraz del pobre, le podemos ver cada día. Es importante que nos convenzamos de que si no hay amor al prójimo, no hay amor a Dios. Y que a Dios sólo podremos llegar a través de la escala de nuestros hermanos los pobres.

En segundo lugar, San Pablo no trata de arruinar a unos para remediar a otros, lo que vulgarmente decimos: «Desnudar a un santo para vestir a otro.» Se trata de nivelar. Y esto es superimportante.

Es vergonzoso tener que pedir. Se habla de pobres vergonzantes, gentes necesitadas que no se atreven a pedir. Podríamos decir que nosotros somos auténticos pobres vergonzantes. Porque da una vergüenza tremenda, aunque se disimule, el tener que andar frecuentemente, casi cada domingo, pidiendo para esto o para lo otro. Aunque os parezca que no, eso da vergüenza. Sería mejor, inmensamente mejor, no tener que pedir.

Pero es mucho más vergonzoso el que en medio del cristianismo, quizá aquí mismo, haya cristianos que sobreabunden en dinero, en bienestar, en cosas para consumir y tirar, y a su lado o muy cerca de sus hogares, haya otros que están sufriendo necesidad. Eso no es cristiano, y esos —aunque se lo crean— no son cristianos. Pues la médula, la columna vertebral del cristiano es la caridad. Y volvemos siempre al tema. Pero es que ese tema nos suena a tema musical, como música de fondo que no cala. Y tiene que calar.

Mientras en la sociedad llamada cristiana, que casi se confunde con la sociedad industrializada, no haya una mejor distribución de bienes, no puede haber cristianismo, aunque llevemos ese apellido. Hay que ir a una nivelación, a una mejor distribución de las riquezas. Lo cual no significa arruinar a unos, como en la primitiva iglesia de Jerusalén, sino que se trata de nivelar. Una sociedad próspera, pero sin ricos y sin pobres. Comprendo que ni una colecta, ni un millón van a solucionar el problema. Hay que ir a una transformación más radical; pero mientras llega eso, preciso remediar lo más urgente. Y para eso es esta colecta.

## Decimocuarto domingo

*«Por eso, muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil entonces soy fuerte» (2 Cor. 12, 9-10).*

### MI FUERZA ESTA...

MI fuerza está:

En mis músculos. Puedo pelear con cualquiera y vencerle.

En mi arte de kárate, de judo. Puedo hacer una llave que tumbe en el suelo a un hombre de ciento treinta kilos.

En mi cuenta corriente. En los Bancos, cuando entro por la puerta, ya están avisando por el teléfono interior al director.

En mis armas. Si las soltase haría temblar a media humanidad...

En mi industria. Soy un auténtico creador de riqueza. Puedo hacer miles de millones este verano. ¿Y cuántos pobres?

En mi sonrisa. Poseo un atractivo tal que es como un rayo laser invisible que subyuga a quien se me acerca.

MI fuerza está... en Cristo. Causa sorpresa que Pablo diga eso. Para llegar hasta ahí, también él tuvo que andar mucho camino.

Porque él fue un hombre que también creyó en la omnipotencia de las cartas de los poderosos. Cartas de recomendación para perseguir a los cristianos. Hasta que la luz le cegó y le lanzó al suelo sobre el polvo del camino de Damasco, y vio a Cristo. Desde entonces su fortaleza fue Cristo.

Nos cuenta en su carta de hoy cómo una enfermedad —¿debilidad de los ojos? ¿Tentación diabólica?— le hundía en la nada, le dejaba sin energías. Pidió a Dios la curación y el Señor le contestó:

«Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad.»

He aquí una de las paradojas divinas.

Porque cuando nosotros hablamos de los poderes de los hombres, decimos una gran verdad. ¿Quién puede negar que los músculos, el dinero, las armas, la belleza son un poder? ¿Las palancas que mueven el mundo? Nos basta abrir los ojos para verlo.

Pero hay algo más. Hay mucho más. Para ello no nos basta con abrir los ojos. Tenemos que lanzar el invisible rayo de la fe sobre nuestra alma y alumbrar otras realidades superiores.

Pues existe una vida divina dentro de nosotros que se realiza haciendo que Cristo crezca en nosotros y mengüe nuestro yo. Es lo que dijo San Pablo de sí mismo: «Vivo yo, mas no yo: es Cristo quien vive en mí.»

Esa vida divina de la gracia nos hace a nosotros semejantes a Dios. Podemos conocer, amar y realizarnos como El y por El. Es un preanuncio de ese cielo que nos espera, porque el cielo en definitiva no es ni más ni menos que la realización plena de esa vida divina comenzada en la Tierra.

En este sentido tenemos que decir que todo es gracia de Dios. Todo el plan de Cristo ha sido programado así. La oración es gracia de Dios. Los sacramentos son gracia de Dios. Son fuentes de la gracia.

Cierto que millones de hombres no se fijan en eso. Sólo creen en lo que les entra por los ojos. Y muchas vidas, divinamente triunfantes, les pueden parecer un fracaso. Hoy se juzga a los hombres por su eficacia, y, ordinariamente, «oros» son triunfos.

Pero llega un momento en que eso no sirve para nada. Será cuando estemos pisando raya. La raya entre esta vida y la eterna, y nos será mejor entonces que nuestra confianza, nuestra fuerza, esté en Cristo.

## Decimoquinto domingo

*«Nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo, conforme a su agrado; para alabanza de la gloria de su gracia, de la que nos colmó en el Amado» (Ef. 1, 5-6).*

### LA VISITA QUE «SI» LLAMO AL TIMBRE

Estarás pensando ahora, amigo, en el título de la comedia de Calvo Sotelo, que no se titula exactamente así, sino «La visita que no tocó el timbre».

Esas visitas se siguen repitiendo. Pues uno de estos días la prensa nos dio la noticia de un niño recién nacido, aparecido junto a la puerta de un matrimonio sin hijos. Ellos encantados. Lo consideraron una bendición del cielo. Y dijeron que la adoptarían. Un caso similar al de la comedia de Calvo Sotelo.

Pero la visita que sí llamó al timbre es la visita de Dios a los hombres.

Porque nosotros somos hijos adoptivos de Dios. Pero a diferencia de cualquier adopción terrena, donde todo es meramente legal y cualquier parecido con la realidad, mera coincidencia, en el caso de Dios se trata de una adopción donde El mismo realiza el milagro del íntimo parecido de sus hijos con El Padre nuestro...

Comencemos por decir que estuvo anunciando durante siglos esa su venida a la Tierra para realizar el prodigio de redimir y elevar a los hombres.

Y en el instante preciso envió a su Hijo —porque El no era un Padre sin Hijo— para que se hiciese hombre. Según la célebre frase «Dios se hizo hombre para que los hombres se hiciesen Dios.»

El realizó el portento de ese íntimo parecido por medio de la gracia: «un ser divino que nos hace hijos de Dios y herederos del cielo.» Una filiación con todas las consecuencias.

Que nos da capacidad de conocer y amar a Dios como El mismo se conoce y ama.

Que hace fluir por nuestra alma un chorro de vida divina, pues Cristo mismo dijo: «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos»; y de sobra sabe todo el mundo que la savia que corre por el tronco es la misma que llega hasta la última punta de las ramas.

Que nos propone una meta de santidad a fin de que el parecido sea más perfecto: «Sed santos porque Yo soy santo.» Y «sed perfectos como vuestro Padre celestial», porque El nos ha escogido como tales. Y nos ha hecho. Somos hijos de Dios porque El ha planificado toda una corriente vital capaz de darnos esa vida divina y ese perfecto parecido con Dios. Sin ser iguales a El somos «deiformes»; semejantes a Dios.

Y esto lo tuvo previsto desde toda la eternidad. Pensó en nosotros desde siempre y para siempre. En la mente de Dios somos criaturas eternas. Creó todas las cosas para nosotros.

El hombre moderno que se ha asomado al espacio se ha convencido más de su poder sobre la naturaleza. Quizá algunos se han olvidado de Dios. No le han «visto». Y se han creído grandes por sí mismos.

No queremos comprender que eso Dios nos lo ha regalado, y que nunca es más grande el hombre que cuando orienta su alma hacia El. Entonces la chispa de la divinidad prende en nosotros y somos «dioses» porque somos los hijos de Dios.

Merece la pena leer en profundidad, meditar, la carta de San Pablo hoy. No pasar sobre ella superficialmente. Si ahondamos en ella, quizá en lo más profundo de nuestro ser divino repiquetee el timbre de Dios que quiere recordarnos que somos de verdad sus hijos.

## Decimosexto domingo

*«Hermanos: Ahora estáis en Cristo Jesús. Ahora, por la sangre de Cristo, estáis cerca los que antes estabais lejos.*

*El es nuestra paz. El ha hecho de los dos pueblos judíos y gentiles, una sola cosa, derribando con su cuerpo el muro que los separaba: el odio» (Ef. 2, 13-14).*

¡ABAJO LOS MUROS!

Nos parece un grito subversivo de ahora mismo. Y, sin embargo, leemos que San Pablo escribiendo de Cristo se entusiasma y les dice:

«El es nuestra paz, El ha hecho de los dos pueblos, judíos y gentiles, una sola cosa, derribando con su cuerpo el muro que los separaba: el odio.»

El optimismo de San Pablo es contagioso. Podríamos ahora mismo entonar un cántico triunfal al amor, a la libertad y a la igualdad. Pero... pensando bien las cosas: ¡cuántos muros quedan aún, Dios mío!

Dejando a un lado todos esos muros más o menos vergonzosos, levantados a cal y canto quedan aún los muros de las guerras que

separan a tantas naciones, los racismos, los clasismos y tantos ismos que parecen estar anclados en la misma entraña de la humanidad sin poderlos desarraigar ninguna fuerza divina ni humana.

Entonces, ¿el cristianismo ha fracasado? No. El cristianismo es dinámica, se está haciendo. En este sentido es real aquella frase tan gráfica de Juan XXIII: «El Evangelio aún está sin estrenar.»

El Evangelio fue anunciado hace veinte siglos. San Pablo, unos pocos años después de lanzarse los apóstoles por el mundo romano, describió una especie de «arcadia» en esta carta a los efesios. Pero sabemos que continuaron las separaciones, los odios, la esclavitud. No obstante la semilla había sido lanzada, y la semilla fue creciendo. Y se abolió un día la esclavitud, y se anunció la igualdad de todos los hombres y se caminó cada día hacia una justicia más cierta, más justa, más evangélica.

Aún queda mucho por hacer. Lo más importante es pues lanzar la semilla, predicar constantemente la verdad, y la verdad por sí misma se irá apoderando de las mentes y de los corazones de los hombres.

Cuántas cosas que nos parecían imposibles de realizar hace unos años las vemos cumplidas ahora mismo.

Nosotros, como cristianos y españoles, tenemos una gran tarea delante de nosotros: la reconciliación. Justo la idea de San Pablo en su carta de hoy. Justo el lema de Pablo VI para el año Santo de 1975. Justo el lema de los obispos españoles con motivo del día de la paz y del Año Santo.

Algunos, cuando se les mienta esta palabra de reconciliación, se ponen tensos, aguzan los oídos y las uñas por lo que pueda venir. Y no es ni más ni menos que cumplir el Evangelio. No es claudicar. Es amar. Es dejar el odio. Las divisiones. Es restañar las heridas. Olvidar tantas cosas que deben ser olvidadas y que nos están haciendo daño a todos.

Pienso que nada perderíamos y mucho ganaríamos todos con una sincera, profunda y cristiana reconciliación.

## Decimoséptimo Domingo

*«Hermanos: Yo, el prisionero por Cristo, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos; sobrellevaos mutuamente con amor; esforzaos en mantener la unidad del Espíritu, con el vínculo de la paz» (Ef. 4, 1-3).*

### EL PRISIONERO

Un título que vale para cada uno de nosotros. Porque todos somos prisioneros. Las circunstancias, los complejos, los respetos humanos nos atan de tal manera que muchas veces quisiéramos romper esas amarras que ha tendido la sociedad a nuestro alrededor y ser unos fugitivos. La única fuga que nos queda es soñar y soñar...

Muchas horas para soñar debía tener San Pablo en su cárcel romana. En su carta a los Efesios se da el título de «prisionero de Cristo», y se lanza a soñar en una Iglesia ideal. Un programa que vale también para nosotros.

En primer lugar les propone unas virtudes que harían mucho más agradable la convivencia. Esas virtudes que admiramos en los demás, pero que nos cuestan tanto cumplir a nosotros. Como son la amabilidad, la humildad, la comprensión, la paciencia y, sobre todo, la caridad.

La caridad, columna vertebral de todo el cristianismo, es esa divina argamasa que logra la unidad. Meta inalcanzable de todo el cristianismo e incluso de toda la humanidad. Porque aún son recientes las

palabras del astronauta que dijo desde allá arriba, en medio de la soledad cósmica, que la Tierra —único planeta habitado— parecía una gigantesca nave que iba conduciendo a los hombres hacia una meta común. ¡Que tontas, pues, las guerras, las fronteras, los partidos, los racimos, las divisiones que cada vez escinden más a la humanidad!

A pesar de todo las guerras continúan. Las bombas restallan sobre nuestro atormentado planeta, el clamor de los pobres es más intenso, los racimos se acentúan, las fronteras no se borran. ¡Los hombres son prisioneros en compartimentos estancos!

Si todo en la tierra pide unidad, y no podemos menos de reconocer la tendencia que hacia eso hay, a pesar de todo, mucho más en el cristianismo. San Pablo lo proclama hoy.

Formamos en Cristo una unidad perfecta, pues somos su cuerpo místico. Una unidad más perfecta que la de nuestro cuerpo, que no pasa de ser una metáfora para vislumbrar esa otra unidad de los cristianos en Cristo. El alma de ese cuerpo sobrenatural es el mismo espíritu.

Una misma es la fe de todos los cristianos. Aunque esa fe la veamos tan zarandeada actualmente. Si nos paramos un instante a reflexionar, nos damos cuenta que la fe, los fundamentos de la fe, el hormigón que sostiene ese edificio, es el mismo ahora que siempre, con sus columnas de dogmas y todo. Quien no quiera reconocer esto es porque desea dar la espalda a la verdad, como Pilatos.

Y todos los cristianos hemos sido marcados por un mismo bautismo, el sacramento de la incorporación a Cristo.

Y todos, cristianos y no cristianos, tenemos un mismo Señor, que es nuestro Padre que está en los cielos, pero volcado sobre esta tierra donde nacen y mueren sus hijos.

Tenemos, pues, muchos y muy graves motivos para unirlos. Resulta, no obstante, que pequeños obstáculos hacen descarrilar el tren de la unidad. Nos fijamos más en lo que separa que en lo que une, cuando debiera ser al revés. La carta de San Pablo a los Efesios es un profundo motivo de reflexión para todos los cristianos.

## Decimoctavo domingo

*«Cristo os ha enseñado a abandonar el anterior modo de vivir, el hombre viejo corrompido por los deseos de placer, a renovaros en la mente y en el espíritu. Dejad que el Espíritu renueve vuestra mentalidad y vestíos de la nueva condición humana, creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas» (Ef. 4, 22-24).*

### SER EN CRISTO

San Pablo va a la raíz del hombre y nos asegura que tenemos una nueva vida, según Cristo. Esto no es un invento de San Pablo, pues ya Cristo asustó a Nicodemos en la noche jerosolimitana cuando le dijo:

«Quien no nace de nuevo no puede ser mi discípulo.»

El viejo rabino, todo turbado, exclamó: «¿Cómo yo siendo viejo voy a entrar otra vez en el seno de mi madre?»

«Y tú, siendo doctor en Israel, ¿ignoras estas cosas? ¿No sabes que quien no nace del agua y del Espíritu Santo no puede ser mi discípulo?»

Cristo hacía una clara referencia al bautismo que todos nosotros hemos recibido; que es un auténtico nacimiento a una vida sobrenatural, divina, no un mero lavado del pecado. De ahí arranca la nueva vida y el hombre nuevo de San Pablo.

Esa nueva vida ha de aflorar al exterior. Ha de notarse. Y eso se advierte en los criterios cristianos respecto a la vida y a las cosas.

El cristiano ha de tener un nuevo modo de pensar, de enfocar la vida, los hombres y los acontecimientos. Ha de tener los criterios de Cristo, cuya vida posee.

Sucede que se diferencian muy poco los criterios de la mayoría de los cristianos de la mayoría de los no cristianos. Vamos hacia un hombre «standard», mentalizado a fuerza de propaganda, anuncios y noticias «recreadas». Nuestra mentalidad es la clásica mentalidad del hombre de la sociedad de consumo. Incluso en ideologías tan opuestas como puede ser la comunista y la democrática, se ponen de acuerdo cuando se trata de consumir. Los estómagos mandan. Aquí valdría aquello de San Pablo: «Su dios es el vientre.»

No vamos a meternos contra esa mentalidad. Ni vamos a decir que nuestro mundo es el peor de los mundos, porque no sería nada más que un suma y sigue. Cada época de la historia fue, para sus profetas de calamidades, la peor de las épocas; y el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina. Como si ellos pudieran acabar con el mundo así como así.

Nosotros que sí podemos acabar con el mundo, arrasando toda la vida con sólo hacer explotar los ingenios nucleares almacenados en los depósitos de bombas, creemos que el mundo vivirá muchos siglos. Habrá historia para rato. Eso pienso. Y pensar así es tener confianza en el mundo, en los hombres y en Dios que creó el mundo y los hombres, de los cuales es Padre.

Si afirmamos que la diferencia en el sentido religioso existe entre el hombre de hoy y el de otras épocas, no está tanto en que el de hoy obre peor que aquél, sino en el mundo de las ideas. Los pecados de los hombres son de lo más vulgares y monótonos. Por muy refinados que parezcan no hacen nada más que repetirse. Pero lo que sí ha cambiado es la mentalidad. El de antes pecaba y creía que pecaba. Ahora «se ha perdido la conciencia de pecado». Y esto es grave. Es vivir más apartados de Cristo porque es estar muy lejos de los criterios de Cristo. Por eso nos hace más falta que a nadie pensar en las palabras de San Pablo: «Dejad que el Espíritu renueve vuestra mentalidad y vestíos de la nueva condición humana, creada a imagen de Dios: justicia y sanidad verdaderas.»

# Decimonoveno domingo

*«Hermanos: No pongáis triste al Espíritu Santo. Dios os ha marcado con El para el día de la liberación final.*

*Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda la maldad. Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo» (Ef. 4, 30-32).*

## ¡LIBERACION!

Palabra mágica, palabra rebelde, palabra subversiva. Tiene el acento de los labios que la pronuncian.

¿Quién no ha soñado alguna vez con ser libre, completamente libre, sin las barreras de las leyes, de las circunstancias, de los condicionamientos humanos? Echarnos por la vida adelante y ser uno mismo, volar como los pájaros...

Mas hasta los pájaros sueñan alguna vez en eso que nosotros les atribuimos como su ser propio y que nos encargamos de quitarles cuando les domesticamos.

B. Bro tiene una parábola sobre los patos que dice: «Durante la época de las migraciones se observa una extraña marea en el interior de los recintos en que viven. Estas aves domésticas parecen electrizadas; intentan un gran vuelo, pero la inexperiencia las derrota. Una oscura llamada penetra hasta lo más profundo de su ser y, por unos minutos, el ave de la granja se convierte en migradora. En aquella dura cabeza en la cual sólo cabía el éxtasis ante las lombrices, ahora hay un lugar para los continentes y los océanos. El ave no sabe el porqué de su improvisada pasión voladora, queda desconcertada ante un instinto desconocido...»

El único animal que puede explicar el porqué es el hombre. Y ante esa ansia de liberación que ha surgido como una fiera en el mundo, que ha fundamentado hasta una teología, si profundizamos en

ella no nos queda nada más que llegar hasta las palabras del cautivo San Pablo en su carta de hoy a los efesios:

«Dios os ha marcado en él para el día de la liberación final.»

Habrà una liberación para todos nosotros, eso nos lo dice la fe y la esperanza. Pero no es una fe y una esperanza desencarnada. Si eso llega —y llegará en su día— tiene que ser la liberación total: alma y cuerpo, mundo e historia...

No podemos caer en aquel angelismo, ya desfasado, de dejarlo todo para el otro reino. De aconsejar paciencia y resignación, como seres fatalistas que nada pueden hacer ante el dolor, la injusticia, el odio, la opresión y la misma muerte.

No podemos quedar en esa actitud porque es el mismo San Pablo quien nos impulsa a hacernos mejores para lograr un mundo mejor, más libre:

«Desterrar de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad.»

Una línea que supone un programa total. Una lucha brutal contra los más bajos fondos del ser humano.

Todas las planificaciones en contra de la violencia, de las guerras, de las injusticias caben precisamente ahí.

Si nos sentamos en el camino de la vida nos damos cuenta de cuánto nos queda por hacer en este orden de cosas en este nuestro planeta.

Para hacer un mundo bueno, mejor, libre del mal, tenemos que comenzar por ser buenos nosotros sin pensar tanto en el mal de los otros.

Amar más que odiar. Servir más que ser servidos. Consolar más que ser consolados. Dar más que explotar.

Como Cristo. Como San Pablo. Como todos los forjadores de un mundo mejor:

«Sed imitadores de Dios como hijos queridos; y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por todos nosotros como oblación y víctima de suave olor.»

## Vigésimo domingo

*«Fijaos bien, hermanos, cómo andáis: no sedís insensatos, sino sensatos...» (Ef. 5, 15).*

### ESCUELA DE PEATONES

La escuela de peatones es la más vieja de todas las escuelas del mundo. La primera madre que tuvo un niño —que si las noticias no fallan fue Eva— enseñó a andar a su hijo Caín, aunque luego se extraviase por malos caminos.

Hoy el enseñar a andar entre el laberinto trepidante de las calles llenas de coches es una de las más difíciles ciencias. A pesar de las llamadas multicolores de los semáforos, casi todos los días los periódicos nos traen noticias de atropellos a peatones. Y casi siempre tienen por denominador común la imprudencia. Por tanto hay que saber andar por las calles.

Esta advertencia la dio San Pablo hace muchos siglos. No precisamente para andar por las calles, que entonces no estaban asfaltadas como tantas y tantas de nuestras ciudades, sino para andar por la vida de la fe. Son unas advertencias complejas, pero que vienen a incidir en una misma idea: hay que andar con los ojos muy abiertos y la mente muy despejada, y siempre guiados por el semáforo del espíritu.

«Fijaos bien, hermanos, cómo andáis; no seáis insensatos, sino sensatos. Sabed comprar la ocasión, porque vienen días malos. Por

eso, no estéis aturcidos, daos cuenta de lo que el Señor quiere. No os emborrachéis con vino, que lleva al libertinaje, sino dejaos llenar del espíritu.»

Me parece a mí que estos avisos nos vienen a nosotros estupendamente. Porque ahora hay muchos cristianos que dicen no saber cómo conducirse por entre los intrincados senderos de las nuevas teorías, de las más recientes afirmaciones. A algunos les parece que están en un callejón sin salida. Y por todas partes están levantados los semáforos rojos que avisan: ¡crisis!

Ya salió la palabreja. Y es inevitable porque está en la punta de los labios de todos los hombres.

Resulta que según los más grandes pensadores cristianos es algo inherente al mismo ser de la Iglesia. No me resisto a copiar una de las últimas afirmaciones de Maritain en una entrevista que le hiciera poco antes de morir a sus noventa años:

«¡Hablar de crisis en la Iglesia! ¡Qué superficialidad! ¡Qué visión tan ligera! ¿Crisis? La Iglesia siempre ha estado en crisis. La Iglesia es crisis... La historia de la Iglesia es una crisis continua. No me asusto. Vamos hacia adelante. No soy pesimista. La Iglesia está viva y participa de la vida. Y toda la vida es crisis. Las crisis hoy no son mejores ni peores que las del pasado. Se elabora hasta una teología de la crisis. Muy bien. Lo importante es que hay movimientos de base. ¡Y cuántos movimientos de renovación hay hoy en la Iglesia!»

Cierto que hay muchos movimientos. Pero por eso mismo creo que es bueno saber discernir. Saber dónde se pisa. No haga explosión alguna mina puesta por el diablo. Ser sensatos, no insensatos. Saber guiarse por la prudencia, por la lógica, por la razón, que para eso nos la ha dado Dios.

Para acertar, además de usar de todos esos medios naturales, tan importantes, siempre habrá que —siguiendo el consejo de San Pablo en su carta de hoy— rezar mucho. Que será la mejor manera de «dejarse llenar del Espíritu Santo». No se arregla todo con la oración. Estamos contra esa pasividad fatalístico contemplativa, pero sin oración no se arregla nada. Porque la Iglesia es ante todo un ser sobrenatural.

## Vigésimo primer domingo

*«Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia» (Ef. 5, 25).*

### EL AMOR

Estamos en la carta de San Pablo a los efesios. Una carta que a través de la liturgia dominical parece escrita para nosotros. La palabra de Dios tiene la importancia de su propia eternidad y por eso no pasa de moda.

Va a hablar San Pablo a los diversos estamentos de la sociedad y comienza por el que es la piedra fundamental: el matrimonio.

Nuestro planeta está habitado por hombres y mujeres. Porque Dios lo ha querido. Lo demás ha sido dado por añadidura para servicio y provecho de los hombres.

Los hombres y las mujeres se necesitan, se complementan, se buscan. La divina argamasa que los une se llama amor.

Nos fijamos mucho más en la primera parte de la carta de hoy, en eso de «las mujeres, que se sometan a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia».

Hacemos chiste sobre eso de quién es el que manda en casa, de que ahora son ellas las que llevan los pantalones.

Chistes aparte, cuando el hombre no es el jefe de la familia, la familia marcha mal.

Ser jefe no significa avasallar, doblegar, anular a la mujer. Eso es no ser cabeza como Cristo, ni es mandar con cabeza. Si en alguna religión se conoce la liberación de la mujer es en la cristiana. La historia nos lo dice.

Ser jefe es responsabilizarse. Es asumir una serie de deberes en el trabajo, en la educación de los hijos, en sacar la familia adelante. No es levantar la voz, con lo cual lo único que se consigue es que oigan los vecinos.

Por otra parte muestran tener gran inteligencia, ser cabeza, los maridos que dejan la administración de la casa a la mujer. Porque frecuentemente de eso sabe mucho más la mujer. Lo está viviendo cada día. Y es bueno que el hombre delegue en ella su autoridad. Pero la mujer inteligente siempre le considerará a él como el jefe, le dará la autoridad que le corresponde y jamás le desautorizará.

Y llega la segunda parte. Estos párrafos iniciales pueden ser la cortina de humo que no nos dejan ver la gran meta que San Pablo propone a los casados, sobre todo a los maridos: «Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia.»

Todos estamos convencidos, menos los que se van a casar, que es entonces cuando comienzan a amarse. Ellos piensan que han tocado techo. Que más es imposible. Pero...

La vida y la convivencia les enseñará a amarse. En ese amor primerizo va mucho de egoísmo. Y el amor auténtico tiene que estar muy purificado de egoísmo.

Eso se aprende a fuerza de sacrificarse, de sufrir, de conllevar muy unidos el rosario de la vida: que tiene espinas y rosas. «En las penas y en las alegrías.»

En conversación frecuente con las familias a veces manifiestan: que no se hubieran amado tanto si no hubieran sufrido tanto. Que ese mismo dolor les hizo juntarse más para poder soportarlo. Realizarse plenamente.

Quizá esto sea la más perfecta imagen del amor de Cristo por la Iglesia «que se entregó por ella»... Y sabemos cómo se entregó por la Iglesia.

Ese es el modelo y la meta que propone San Pablo.

Cuando se rehúye el sacrificio, cuando se busca sólo el placer, entonces vienen los fracasos. Las huidas. Las separaciones a veces irremediables...

## Vigésimo segundo domingo

*«La religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre es ésta: visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones y no mancharse las manos con este mundo» (St. 1, 27).*

¡POBRE GENTE!

Quizá a alguno le recuerde este título la primera novela de Dostoiévsky: un pobre empleado —el protagonista de la novela— luchó durante toda su vida contra la miseria y contra los sueños de amor y bienestar que para él quedaron siempre en sueño.

La pobre gente no ha dejado de soñar. Y hay mucha pobre gente. Aquí y en todo el mundo.

Con frecuencia se levanta una fachada delante para no dejar ver la ropa tendida en el patio inmundo. Pero ahí está ese patio, exhalando de vez en cuando sus oleadas de fetidez y de miseria.

Solemos decir: «Nunca hemos vivido mejor que ahora. El que se queje no tiene perdón de Dios...»

Aparte de que siempre hay perdón de Dios para todo, sucede que aún existe gente que vive muy pobremente. Que lucha en batalla denodada contra la penuria. A veces sin testigos ni esperanza. Cerrando su vergüenza a los ojos curiosos.

¿A qué viene todo esto? A propósito de lo que nos dice el apóstol Santiago en su carta de hoy:

«La religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre es ésta: visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones y no mancharse las manos con este mundo.»

Las viudas y los huérfanos en el contexto bíblico son los más desamparados de los hombres. Aquellos con los cuales todos se meten. Aquellos que apenas tienen pan que llevarse a la boca.

El cristianismo está abierto para todos. Pero ha de tener sus preferencias por los pobres. Fue el gran signo de Cristo. Y su gran ejemplo. Cuando la Iglesia se aparta de esa meta, se aparta de Cristo.

La Iglesia ha recordado recientemente que es la Iglesia de los pobres. No porque se quiera lanzar a una lucha de clases, lo cual sería meterse en la falsa y peligrosa espiral de la violencia. Sino porque quiere ayudar en especial a los más desamparados de entre los hombres.

Por eso modernamente evangelización se traduce por desarrollo, promoción y otras palabras similares. Estos «slogans» han sido lanzados con frecuencia a propósito del tercer mundo.

Pero el pensamiento del tercer mundo no nos excusa de pensar en nuestro mundo, porque Cristo, con toda la mala intención del mundo —y entiendan la mala intención mía—, nos mandó la caridad al prójimo. El prójimo es el próximo. Cerca de nosotros tenemos gentes que necesitan pan, consuelo, medicinas, esperanza y tantos etcéteras.

Ayudar a estos que necesitan de nosotros, y que podemos hacerlo porque están próximos, es vivir la auténtica religión de Cristo. Sin meterse en política, sin lanzarse a banderías, sin ninguno de esos extremismos; en labor callada de simiente que llena el surco se puede ir haciendo el bien en la tierra, en nuestra tierra, en este mundo que nos ha tocado vivir.

## Vigésimo tercer domingo

*«Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino que prometió a los que lo aman? (St. 2, 5).»*

### ASIENTOS RESERVADOS

De los pobres hablamos y escribimos mucho todos. Pienso que no hay doctrina más maravillosa sobre los pobres que la doctrina de la Iglesia. La práctica que de esa doctrina hacemos los eclesiásticos ya es otra cosa muy distinta.

El apóstol Santiago hace en su carta —y ya ha llovido desde entonces— una acusación que aún tiene vigencia:

«Por ejemplo: llegan dos hombres a la reunión litúrgica; uno va bien vestido y hasta con anillos en los dedos, el otro es un pobre andrajoso. Veis al bien vestido y le decís:

—Por favor, siéntate aquí, en el puesto reservado.

Al otro, en cambio:

—Estate ahí de pie o siéntate en el suelo.»

Esto es un ejemplo. Algo que se daba en aquella cristiandad plena de fraternidad. Ahora quizá no se hace tan descaradamente, aunque se reservan asientos —algunas veces con toda razón— para cierta clase de personas. Eso es un símbolo de que seguimos haciendo mucho más caso a aquéllos que tienen una cartera repleta.

Juzgamos a las personas por la fachada, y la fachada de los hombres son su traje y su cuenta corriente.

Si ellos hablan los escuchamos con más atención. A los que no tienen nada les juzgamos poco menos que analfabetos, aunque digan cosas muy serias.

De este papanatismo colectivo adolecemos, más o menos, todos. Oí en cierta ocasión a un orador decir con toda solemnidad, y con toda seriedad le escucharon todos, esto: «Como dice un gran pensador: el tiempo pasa.»

Como podéis suponer, no hace falta ser un gran pensador, ni casi pensar, para decir eso que nos está diciendo continuamente el reloj. Pero dicho así, con aquella solemnidad, citando a un gran pensador...

Aquello de Unamuno, que aseguraba que cuando en su juventud escribía algo que no merecía la pena lo metía en una carpeta donde había escrito: «Para después de los sesenta años.» Pensaba que al llegar a esa edad tendría mucha fama y podría publicar aquello con la seguridad de un éxito total.

Santiago sigue diciendo: «Si hacéis eso, ¿no sois inconsecuentes y juzgáis con criterios malos?»

Creo que toda persona, por serlo, sea rica o pobre, merece todo nuestro respeto. Que la Iglesia es la casa de todos. Que esas noticias que se nos filtran y que tanto escandalizan a algunos (que en cierto lugar no se reservaron asientos para ciertos personajes...) están en esa línea.

Habrà ocasiones y ocasiones. Y creo que las cosas hay que arreglarlas desde su base, mudando las estructuras. Pues si a alguien se le invita a asistir y no se le reserva una silla, creo que, en la Iglesia y fuera de ella, es, por lo menos, una falta de educación. Pero una cosa es la educación y otra la discriminación.

Y ésta no hay que hacerla ni para un bando ni para otro. Que también tenemos el peligro de sólo oír las voces extremistas por eso de que son más estridentes. Buscar el justo medio será siempre lo justo. No tener preferencias ni por los de arriba ni por los de abajo, por los fuertes o por los débiles... Si acaso, por éstos. Pues es Santiago quien escribe:

«¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino que prometió a los que lo aman?»

Esta es la doctrina. ¿Cuál es la práctica?

## Vigésimo cuarto domingo

*«Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe si no tiene obras? ¿Es que esa fe lo podrá salvar?» (St. 2, 14).*

¡QUE DIOS LE AMPARE, HERMANO!

El gesto del pobre extendiendo su mano y pidiendo una limosna, es un gesto que, afortunadamente, va pasando a la historia. Aunque aún quedan pobres que —con más o menos necesidad, con más o menos picardía— se lanzan a la calle invocando la caridad de los transeúntes.

¿Se escucha tanto la frase falsamente cristiana que encabeza este artículo? Creo que no. Y afortunadamente. Demos o no demos limosna, fomentando quizá una picaresca callejera. Pero de lo que no cabe duda es que pocas frases tan ofensivas para la religión —aun bajo su capa de pía jaculatoria— que esa que hemos recordado: «¡Que Dios le ampare, hermano!».

¿Por qué dejamos para Dios lo que quizá podamos remediar nosotros? ¿Por qué queremos que intervenga Dios, quizá con un milagro, cuando El nos ha dejado a nosotros la práctica de la caridad? ¿Por qué mezclar la religión cristiana —que es, ante todo, corazón— con nuestra frialdad de corazón?

El apóstol Santiago nos recuerda en su carta de hoy —y ya ha llovido desde entonces; que nadie diga que es doctrina progresista, por no decir otra cosa— lo siguiente:

«Supongamos que un hermano o una hermana andan sin ropa y faltos de alimento diario, y que uno de vosotros le dice: «Dios os ampare: abrigaos y llenaos el estómago», y no le dais lo necesario para el cuerpo. ¿De qué le sirve? Esto pasa con la fe: Si no tiene obras, está muerta por dentro.»

Los cristianos conscientes de la responsabilidad de su fe se han lanzado a un desbocado dinamismo en pro de sus hermanos. Si el cristianismo tiene una palabra que decir en el orden actual es, sin duda, la palabra de la aplicación de ese gran precepto de la caridad que Cristo nos ha dejado como un testamento en el mundo. Y que el reino de los cielos se sigue consiguiendo dando de comer al hambriento, vistiendo al desnudo, haciendo casas para los sin techo, etc., y que lo otro sin esto son músicas celestiales por muy armoniosamente que suene.

Es muy fácil dejarlo todo a Dios. Es muy fácil vivir una fe que no compromete a nada. Es muy fácil, muy cómodo, muy olímpico. Casi como la fe del Olimpo, porque de cristiana tiene muy poco. Una fe sin obras..., «está muerta por dentro».

Y sucede, además, que si queremos que este nuevo mundo que amanece entre las sombras del antiguo que desfallece, no pierda totalmente la fe en el cristianismo, tendremos que llevarle la fe a través de las obras. Aquello que un obispo misionero dijo hace mucho («poned la capilla en el mismo pasillo del comedor») está en plena línea evangélica.

Y un obispo de hoy, que por mucho que le quieran acusar de filo... está en «fila» evangélica, monseñor Helder Cámara, ha escrito: «Con nosotros, sin nosotros o contra nosotros, los ojos de las masas se abrirán. Yo no quiero que esto se haga sin los cristianos.»

Nuestras obras tienen que ir conforme a nuestra fe. Ese divorcio tiene que concluir. El cristianismo es vida. Y la fe se prueba con las obras. Esto también lo dijo Santiago:

«Yo, por las obras, te probaré mi fe.»

## Vigésimo quinto domingo

*«Hermanos: Donde hay envidias y peleas, hay desorden y toda clase de males» (St. 3, 16).*

### LA ENVIDIA

«Todo lo que une es de Dios; todo lo que divide es del demonio.» Así dice la frase tan citada. Aparte de que actualmente estamos haciendo del demonio «un pobre diablo», me parece a mí que tenemos buen demonio tentador y divisor en la envidia.

Santiago, en su carta de hoy, escribe: «Hermanos, donde hay envidias y peleas hay desorden y toda clase de males.»

Nos basta esta frase para pensar en este día a nosotros, los españoles. Porque se ha dicho que la envidia es el vicio nacional. Tanto, que en «Los españoles y los siete pecados capitales», Fernando Díaz Plaja llega a escribir que seríamos perfectos si no fuésemos tan envidiosos.

La envidia nos impide ver todo lo bueno que existe en nuestra Patria. La envidia nos impide prosperar más, porque tememos —quizá— que prosperen los otros a la par. La envidia nos impide unirnos en una meta común, y cuando nos unimos tiene que ser a la fuerza, por presiones exteriores. La envidia nos causa pena de la prosperidad ajena.

Por eso mismo, que es un mal nacional, tenemos que combatir la envidia. Por cristianos y por españoles. Más unidos, seremos más. Si prosperan nuestros vecinos, a su sombra podemos prosperar nosotros. Y, en definitiva, deseamos prosperar para ser más felices, y es imposible ser felices cuando nos corroe la envidia.

Por cristianos hemos de declarar una guerra sin cuartel a la envidia. Es el pequeño vicio, en apariencia, que levanta grandes tempestades. Es como la chispa o la colilla lanzada sobre el plástico, que levanta los voraces incendios. La Biblia está plagada de casos de crímenes que tuvieron su raíz en la envidia.

Díaz-Plaja cuenta, en el libro citado, que el célebre poeta Agustín de Foxá, cuando estaba triunfando en toda la línea, se inventó una úlcera de estómago. Para que no le tuviesen envidia. Porque en este país, si no tienes algo que te haga sombra la felicidad, te aplastan.

Pienso que no hay nada que inventarse. Al contrario, alegrarse que nos puedan envidiar. Porque el hombre que no es envidiado, ordinariamente no sabresale en nada. «La envidia es la sombra de la gloria.» Y también fue dicho por alguien muy autorizadamente: «Si nos ladran, es que cabalgamos.»

Importa, pues, combatir la envidia en uno mismo. No dejarse avasallar por ella. Más bien ayudar a aquellos que nos pueden causar envidia o sombra. Ese es el mejor oxígeno para el alma.

Pero en cuanto a nosotros, si nos envidian no preocuparse mucho: Si nos critican, observar bien si tienen razón, si es corregible el defecto que nos achacan. Y corregirse. Si no es nada más que la maldita envidia que nos quiere cortar nuestro avance por la vida, no acobardarse. Más bien alegrarse, pues es el mejor signo de que avanzamos.

Por eso, si es nuestro mal, nuestro vicio nacional, saber que vivimos rodeados en una península de envidiosos, rodeados por todas partes de ellos, menos por uno. Y ojalá que ese uno fuésemos nosotros. Que si sumásemos muchos unos pronto arrojaríamos la envidia más allá de los Pirineos. Que también por allá hay envidia. No nos vayamos a creer...

## Vigésimo sexto domingo

*«Ahora, vosotros, los ricos, llorad y lamentaos por las desgracias que os han tocado...»  
(St. 5, 1).*

### PODER Y PODREDUMBRE DEL DINERO

Las diatribas que el apóstol Santiago lanza en su carta de hoy contra el dinero suenan mal en nuestros oídos de habitantes de la sociedad de consumo. Porque quien más quien menos, todos anhelamos esa lotería del millón de pesetas, jugamos al crematístico juego del uno, equis, dos o esperamos uno de esos tíos de película que se acuerdan de los sobrinos a la hora de la muerte.

Si leemos bien las palabras de Santiago, nos daremos cuenta que en realidad no maldice el dinero en sí, sino el mal uso del dinero. Ese amontonar dinero a costa del sudor del obrero o del hambre de los jornaleros que se contratan de sol a sol por eso, por «un jornal de hambre». Esa explotación, esa maldita explotación, eso sí ha sido execrable siempre en la Iglesia de Cristo.

Porque el dinero lo necesitamos todos. Nos hace un gran servicio. Y cuando se tambalea su valor adquisitivo, tiemblan los fundamentos del mundo y se disparan los precios.

Lo importante es saber usar bien el dinero y no dejar que el dinero nos use a nosotros. Como dijo un gran Papa moderno: «El dinero es un buen servidor, pero un mal dueño.» Y respecto a la pobreza evangélica, sigue valiendo la definición de San Francisco de Sales de que «es no tener las riquezas en el corazón ni mucho menos el corazón en las riquezas».

Quien hace del dinero un fin, sí está perdido. Puede terminar lanzando su dinero a los cerdos o quemando los millones almacenados en toda una vida de afanes y luego quitarse ésta. Dos noticias de agencia de estos últimos días. Y puestos a contar casos, no terminaríamos.

Sin embargo, son muchos más los que saben emplear bien el dinero. Les sirve —nos sirve— para comprar el vestido, los zapatos que se desgastan por los caminos del mundo, el billete del tren, el pan nuestro de cada día, el piso alquilado o adquirido a plazos y hasta la entrada para un partido de fútbol donde los goles sí que cuestan una millonada. Pero al fin y al cabo, eso es saber usar el dinero.

Nunca debemos hacer del dinero un fin, porque entonces no sucederá lo que Santiago dice: «¡Habéis amontonado riqueza precisamente ahora, para el tiempo final!» Eso vale para todos. Todos tendremos que dejar aquí el mucho o el poco dinero que hayamos adquirido en el rodar de nuestra vida.

El dinero sirve si hacemos de él un siervo. Si comprendemos que con él podemos comprar infinidad de cosas que nos hacen agradables los días de nuestra existencia. Si comprendemos, incluso, y a pesar de la frase del clásico castellano, de «poderoso caballero es don dinero», que las cosas importantes no se pueden comprar con dinero.

Nadie con dinero puede comprar, por ejemplo, estas cuatro cosas: la sabiduría de un sabio, la santidad de un santo, el corazón de una mujer —aunque muchas vendan su cuerpo por poco dinero— y mucho menos la vida eterna. Los antiguos ponían en las bocas de los muertos una moneda de oro para que comprasen la eternidad a Caronte, pero los modernos arqueólogos han encontrado intacta la moneda en la boca momificada de los muertos antiguos.

Y hoy como ayer.

Por eso, sepamos usar bien del dinero. No explotemos a nadie por dinero. Sepamos hacer felices a los demás con nuestro dinero y sepamos ser felices con el mucho o poco dinero que ganamos cada mes. Que también con poco dinero se puede ser feliz. A veces inmensamente más que los avaros que no se sacian con nada.

## Vigésimo séptimo domingo

*«El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos» (Hbr. 2, 11).*

¡HERMANOS!

Una palabra aparentemente suave que encierra dentro íntima y sobrenatural dinamita. A fuerza de usarla y de abusar de ella, la hemos gastado. La rutina nos ha podido. Nos la ha estropeado.

La carta de hoy nos cuenta el último drama de Cristo, que siendo Dios se hizo hombre precisamente para eso, para podernos llamar con todo derecho, con toda verdad, ¡hermanos!

A espaldas de esta palabra va todo el drama del Dios que se hizo carne mortal, que lloró entre los hombres, que sufrió la pasión y la muerte... y que resucitó como cabeza de todos los hermanos. El es el hermano mayor de todos y en El somos todos hermanos.

Hay muchas hermandades. Pero es única la que Dios ha proclamado a los hombres. Es la hermandad predicada por Cristo. El que nos enseñó a rezar el padrenuestro.

Otra oración que quizá hemos estropeado un poco sin haberla meditado profundamente. Nadie podía esperar que Cristo nos enseñase

así a tratar a Dios. Aún hoy, la Iglesia siente un íntimo estremecimiento de temor cuando nos invita a rezar el padrenuestro. Nosotros no sentimos ningún temor. Más bien lo rezamos sin sentir nada. Lo sabemos de carretilla: «como el padrenuestro».

Pues bien, en el hecho de que podamos rezar con toda verdad el padrenuestro, de que Dios sea de veras nuestro Padre, está la raíz de esa fraternidad universal de todos los hombres.

Para ello fue preciso que el Hijo de Dios muriese en la cruz. Cristo murió en la cruz por todos. Sin excepción. Sin colores, ideologías ni fronteras. Por eso podemos llamarnos de veras todos hermanos.

Cristo lo logró a costa de su sangre. Su obra redentora consistió justamente en eso. La frase antigua de San Agustín es moderna: «Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciese Dios.» Somos hermanos unos de otros porque somos hermanos de Dios, de Cristo.

Ahora nos queda una gran tarea que realizar. Esa es la raíz. Pero los frutos...

Para cada uno de nosotros eso obliga a considerarnos todos iguales. A evitar violencias en el mundo. A practicar sobre todo la caridad y lograr, con la divina argamasa del amor, la perfecta unión de todos los hombres.

Que es eso difícil. Sin duda. Fue difícil para Cristo, lo tiene que ser para los cristianos. Pero nadie ha dicho que el cristianismo sea fácil. Más bien es difícil por eso del perdón, de devolver bien por mal, de amar a los enemigos. De llevar a las últimas consecuencias lo que con tanta facilidad decimos, a veces como muletilla, de que todos somos hermanos.

La carta de este domingo está escrita desde el Evangelio para cada uno de nosotros. Es como la quinta esencia del Evangelio. Lo que sucede es que estas cosas nosotros las juzgamos buenas para los comentaristas o para los filólogos. No para la vida cotidiana de cada uno de nosotros. Y, con perdón de los filólogos, todo eso de la palabra de Dios es precisamente para que la tornemos vida cada uno de nosotros.

Seamos, pues, todos hermanos.

## Vigésimo octavo domingo

*«La palabra de Dios es... (Hb. 4, 12).*

¡PALABRA DE DIOS!

Cada domingo, después de las lecturas litúrgicas, en el templo resuena la exclamación: ¡Palabra de Dios!

La nueva liturgia nos trajo a nosotros como una leve brisa en esta expresión. Nos hacía pararnos un momento la atención en aquello que se había leído. Se leía, se lee, en castellano y todos —mejor o peor— lo entendemos.

Quizá no hemos profundizado suficientemente en el hondo significado de esa frase: ¡Palabra de Dios!

Porque es la palabra de Dios la que se nos lee a nosotros. Es Dios mismo quien nos envía un mensaje a cada uno de nosotros. Si pusiésemos un poco más de atención tal vez sentiríamos el aliento de la divinidad queriendo decirnos algo. Esa voz que resonó solemne en el Sinaí —donde ahora resuenan los cañones— y que suena leve en nuestras almas.

La carta a los hebreos quiere que comprendamos la trascendencia, la importancia de la palabra de Dios. Dice así:

«La palabra de Dios es viva, eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se le oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de Aquel a quien hemos de rendir cuentas.»

Porque, en definitiva, es Dios mismo el que habla al hombre. Y su palabra tiene una respuesta para todas las cuestiones religiosas, trascendentes, del hombre.

Nos habla de la oración. Y nos habla del final. Y sobre todo nos habla de El mismo.

El más idealista de los filósofos griegos, Platón, solía salir a las afueras de Atenas para contemplar las estrellas y gritar:

«No sé de dónde vengo. No sé a dónde voy. ¡Oh tú, Ser Desconocido, ten compasión de mí!»

Pues bien: la Biblia nos dice de dónde venimos. Nos dice hacia dónde vamos. Y sobre todo nos hace cognoscible, patente, cercano, a Dios. Nos revela a Dios. Pues la Biblia es la revelación de Dios a los hombres.

Por ello escribía San Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar al mismo Dios.»

Y cuando llegó el momento decisivo Dios mismo se hizo hombre, tomó labios humanos, y se puso a dialogar, de tú a tú, con los hombres. Ya no por medio de teofanías amedrentadoras; no por medio de profetas más o menos apasionados. El mismo se hizo niño. ¿Puede haber algo más accesible? Creció entre los hombres. Y les habló. El nos enseñó a rezar el padrenuestro y nos predicó las bienaventuranzas. El proclamó la ley del amor y la ley universal de la fraternidad, El...

Pero El se fue, y dejó su testimonio en la tierra. La Biblia nos habla de El. Sobre todo, el Evangelio es un documento que palpita. Se meja tener tras cada página el corazón divino latiendo por los hombres.

Los hombres, que tantos libros han escrito, no poseen un libro mejor. Se llega a veces a un estado de alma en el que no gustan los otros. Y sólo en la Biblia se encuentra hondura. Parece un libro escrito para cada uno de nosotros. Lo que sucede es que hay que aprender a leerlo. San Agustín daba unas reglas de oro para leer las Escrituras, que podemos resumir en que hay que leerlas muchas veces, hacer de ellas oración.

## Vigésimo noveno domingo

*«Hermanos: Mantengamos la confesión de la fe, ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios» (Hbr. 4, 14).*

### MANTENGAMOS LA FE

La fe es lo más importante. Sí, a pesar de afirmar otras virtudes como más excelentes. Porque la fe es la raíz de toda una vida sobrenatural, divina. La sentencia antigua vale para ahora mismo: «Quien pierde la fe no puede perder más.»

Y ahora mismo también la gran crisis del mundo religioso es la falta de fe. ¿Por qué? Habrá cantidad de motivos, pero me parece a mí que algunos de ellos pueden ser los siguientes:

Porque se había apoyado la fe en ciertas costumbres, devociones o pruebas. Era una fe apoyada sobre pilares de apologética. Y por muchas vueltas que le demos y razones que cuadriculemos en nuestro cerebro, eso no es la fe. La fe siempre será un don de Dios.

Ya hace varios siglos que lo escribió Pascal:

«La fe es diferente de la prueba: una es humana, la otra es un don de Dios.» «Justus ex fide vivit.» Es de esa fe que Dios pone en el corazón de la que la prueba es a menudo instrumento: «Fides ex auditu.» Pero esta fe está en el corazón, y hay que decir, no «scio», sino «credo».

Esto lo escribió Pascal, a quien al morir encontraron en su chaqueta una maravillosa confesión de fe, que él reconoció como un auténtico don de Dios. Se trata de su célebre Memorial, en el que dice

creer en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob..., que no es el Dios de los sabios y los filósofos...

Ni mil pruebas hacen la fe, como ni mil dudas hacen una falta de fe.

Y, sin embargo, hay que decir que todas esas pruebas y razones nos pueden llevar hasta la orilla de la fe. Son como las muletas que nos acercan. Pero siempre tendrá que haber una mano que nos ayude a saltar el abismo infranqueable desde esta orilla. No insisto, porque alguna otra vez he escrito sobre esto.

Otro de los motivos de esta crisis de fe puede ser justamente el consumismo en que estamos inmersos. Hoy parece que lo tenemos todo. Lo único que necesitamos es dinero para comprarlo. Con eso todo marcha sobre ruedas. Todo eso nos da placeres antes al alcance de muy pocos. Ahora la gran masa puede acceder a zonas antes reservadas. La creencia en lo material crece, y disminuye la creencia en lo espiritual. ¿Qué decir?

También Pascal tiene unas palabras sobre el asunto:

«Yo pronto habría dejado los placeres —dice— si tuviese fe.» Y yo os digo: «Tendréis pronto la fe si dejáis los placeres.» En vosotros está el empezar. Si yo pudiese, os daría la fe. No puedo hacerlo, ni aun probaros la verdad de lo que os digo. Pero vosotros podéis dejar los placeres, y ver si lo que digo es verdad.»

Lo cual fue dicho de otra manera por el proverbio popular: «Procura vivir como crees, porque si no pronto creerás como vives.»

Una gran verdad se encierra en todo lo anterior.

San Pablo, en su carta de hoy y en otros muchos sitios, nos indica bien claro cómo la fe nos vino por Jesucristo. Pero también reconoce nuestra gran fragilidad, nuestro llevar este gran tesoro en vasos frágiles; por eso siempre nuestra «fortaleza será Cristo». Por eso debemos recurrir a El siempre, para pedir y conseguir esa gracia que necesitamos para mantener nuestra fe y tantas cosas que ayudan a la fe.

El consejo sirve para nosotros. Nuestra crisis de fe tiene un solo camino para resolverse; lo demás son ramificaciones.

## Trigésimo domingo

*«El puede comprender a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidades. A causa de ellas tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo» (Hb. 5, 2-3).*

### LAS DEBILIDADES DEL SACERDOTE

Las gentes han comenzado a rasgarse las vestiduras ante las debilidades del sacerdote. Estas debilidades, reales o imaginarias, frecuentemente aumentadas calumniosamente, suelen ser las comidillas de muchas tertulias, beatas y despiadadas. «Yo sé de un cura... Pues yo, de un fraile... Si yo hablase... Es que nos hacen perder la fe.»

Si eso te hace perder la fe, poca es tu fe, amigo. Y a veces con las hipotéticas debilidades del sacerdote queremos disculpar las nuestras.

El que el sacerdote tenga debilidades, el que sea un pecador, entra en los planes de la Providencia. La carta a los hebreos, cuya lectura se hace hoy en la liturgia, dice: «El puede comprender a los ignorantes y extraviados, ya que El mismo está envuelto en debilidades.»

Entramos siempre en ese plan de Cristo, que quiso para su Iglesia, como sacerdotes, a hombres. Los sacerdotes están fabricados del mismo barro pecador con que están fabricados todos los hombres.

Todos los hombres, de cualquier profesión que sean, tienen debilidades. No por eso nosotros dejamos de confiar en la profesión que representan. Recurrimos al médico cuando nos duele algo; al aboga-

do, cuando se nos enreda o nos quieren enredar con una ley..., a pesar de todos los pesares. Se pueden hacer chistes de todas las profesiones. Se pueden contar anécdotas de fallos que han tenido hombres que representan una profesión muy digna. Los fallos son del hombre, no de la profesión.

Los sacerdotes también tenemos fallos. Acusar al sacerdote por eso, decir que perdemos la fe por ello es simplemente acusar a Dios.

Pues no son sacerdotes los que han querido, sino los que quiere Dios. Para cualquier profesión se requiere vocación. Pero cuando se habla de Vocación, con mayúsculas, como escribió Marañón, se entiende siempre del sacerdote.

La lectura de hoy nos lo vuelve a recordar: «Nadie puede arrogarse este honor: Dios es quien llama.» La Iglesia se limita a comprobar la veracidad de esa vocación.

Siguiendo con la lectura de hoy, y leyendo entre líneas, parece que es mejor para nosotros que el sacerdote sea un hombre, con sus debilidades y todo. Pues así es más fácil que comprenda las debilidades de los demás. Si fuese un ser angélico, flotaría sobre nuestro lodo, no sabría lo que es mancharse las alas. O, por el lado malo, podría caer en el orgullo de Lucifer, que también es un ángel, aunque caído.

Las debilidades suelen ser buena cura de humildad. Tenemos el caso típico de Pedro, piedra fundamental de la Iglesia. Orgullosa, antes de la caída; humilde después. Importa, pues, aprender humildad de todo, porque la vida es una larga lección de humildad.

Decía San Pablo: «Todo contribuye al bien de los que aman a Dios», y San Agustín, comentando esas palabras, añadía: «También el pecado.» Por eso de que el pecado, una vez arrepentidos de él, puede ser, mezclado con las lágrimas, la mejor argamasa de la humildad. Y la perfección comienza por la humildad.

Todos nosotros pedimos comprensión. Seamos comprensivos con las debilidades de los sacerdotes. Que las seguiremos teniendo. Y que esta lectura de hoy nos haga pensar en los caminos torcidos de la Providencia, que así permite que sea.

## Trigésimo primer domingo

*«El no necesita ofrecer sacrificios cada día —como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo—, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo» (Hbr. 7, 27).*

### ¡MINISTROS DE CRISTO!

Dejando a un lado disquisiciones sobre el antiguo y el nuevo sacrificio instituido por Cristo, sobre el antiguo y nuevo sacerdocio, una cosa está clara en la lectura de la carta a los hebreos: que sólo existe un único y supremo sacerdote: Cristo, de cuyo sacerdocio participamos todos los bautizados.

Aparece en primer plano eso del sacerdocio de los fieles, que es una gozosa realidad. Porque los fieles también son sacerdotes. Radica ese sacerdocio místico en el bautismo y en la confirmación. El bautismo es el sacramento de la incorporación a Cristo. Entonces comienza a ser verdad eso que tanto hemos oído repetir: Cristo y los cristianos forman un cuerpo místico. El es la Cabeza; nosotros somos los miembros.

Y como El es el único y supremo sacerdote, de su sacerdocio participan todos los miembros, todos los cristianos. El Concilio recordó que entre este sacerdocio y el sacerdocio ministerial existe una diferencia esencial. No de grados. No. Por algo los llamados sacerdotes reciben un sacramento que imprime carácter, y que les confiere una misión y una potestad que los simples fieles no tienen. Por ejemplo, el poder de consagrar el Cuerpo y la Sangre de Cristo y el de perdonar los pecados.

Estos sacerdotes participan de una forma eminente del sacerdocio de Cristo. Pero, al fin y al cabo, son meros ministros. Se suceden muchos sacerdotes a lo largo de la Historia; pero Cristo permanece. El nunca muere. Hay sacerdotes que claudican; pero El nunca claudica. El es «santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo».

Nosotros somos meros ministros. Y los ministros deben ser fieles. Deben ser como los cables de la electricidad, que transmiten la luz desde los transformadores hasta las bombillas. Estamos destinados a iluminar, no a confundir. Considero todo esto clave. Pues si somos lo que somos, o al menos lo que debemos ser; tenemos que acomodarnos a la doctrina de Cristo, a la institución de Cristo, que es la Iglesia, y no lanzar a los cuatro vientos nuestras propias ideas, a veces muy poco conformes con la ortodoxia.

Admiro a aquellos que, no sintiéndose con fuerzas para predicar algo que no está conforme con su conciencia, abandonan. Podemos tildarles de lo que queramos. Tenemos muchos epítetos para ello, pero al menos son consecuentes. Peor es seguir y tratar de imponer una doctrina que está en contradicción con la fe, con el Evangelio y con lo que la Iglesia ha enseñado al correr de los siglos. En este siglo, también.

Bernanos, en su «Diario de un cura rural», tiene estas reflexiones:

«¡La palabra de Dios! Devuélveme la palabra, dirá el Juez el último día. Y cuando se piensa lo que algunos tendrán que sacar en aquel instante de su pequeño equipaje, no se sienten deseos de echarse a reír, no. ¿Hemos guardado la Palabra? ¿Acaso hemos ido midiéndola cuidadosamente? ¿La hemos dado igual a los pobres que a los ricos?»

Unas preguntas para mí, sacerdote. Porque, al fin, somos ministros, no dueños. No podemos imponer, debemos transmitir. Fielmente. Eso requiere mucho estudio, mucha reflexión y mucho tiento. Pues tampoco puede ser la palabra de Dios algo amorfo, que resbale sobre las situaciones actuales. Es para ahora mismo. Y tiene su aplicación concreta, que nosotros hemos de tener el valor de hacer. Porque también se necesita mucho valor para ser ministros de Cristo en el momento presente.

## Trigésimo segundo domingo

*«De hecho, El se ha manifestado una sola vez, en el momento culminante de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo» (Hbr. 9, 26).*

### DE UNA VEZ PARA SIEMPRE

«¡Baja otra vez al mundo,  
baja otra vez, Mesías!  
De nuevo son los días  
de tu alta vocación;  
y en su dolor profundo  
la Humanidad entera  
el nuevo Oriente espera  
de un sol de redención.»

Seguro que muchas veces hemos estado tentados de elevar, cual plegaria, la misma petición rimada de García Tassara en su «Himno al Mesías». Aunque los versos nos parezcan antiguos, la idea nos parece más actual que nunca. Porque sólo Cristo puede arreglar esto. «Esto ni Cristo lo arregla, o, si acaso, tiene que venir El a arreglarlo.»

Pues no. Cristo no va a volver a arreglar nada, porque ya lo dejó todo arreglado definitivamente. El párrafo de la carta a los hebreos que hoy nos propone la liturgia nos lo advierte bien claramente. Y es como la idea central de toda la carta. «De hecho, él se ha manifestado una sola vez, en el momento culminante de la Historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo.»

No como los sacerdotes de la antigua ley, que ofrecían anualmente el sacrificio del cordero. El se ofreció a sí mismo. Ofreció un sacrificio de valor infinito. Destruyó totalmente el pecado. Y si los

hombres siguen pecando, lo único que hacemos los sacerdotes, actualmente, es aplicar el valor infinito del sacrificio único de Cristo.

Decía muy bien Fulton Sheen, el famoso obispo de la televisión americana:

«Nuestro timbre de gloria es justamente ser ministros de Cristo, ministros de ese sacrificio. Y ser como El servidores del Pueblo de Dios.»

El dijo: «Yo no vine a ser servido, sino a servir...» El se arrodilló ante todos antes de instituir la Eucaristía y el sacerdocio. El nos dio ejemplo.

El mismo Papa se titula «Siervo de los siervos de Dios.» Un título que sin duda trata de alcanzar como un gran ideal.

Pero reconozcamos que en el largo devenir de la Historia las adherencias de privilegios, títulos, poder..., han sido enormes, y a veces se ha desfigurado ese rostro auténtico de Cristo y del ministro de Cristo.

El Vaticano II trató justamente de restaurar la auténtica faz de Jesús para que fuera reconocido por los hombres de hoy como el Jesús del Evangelio.

Y sobre los sacerdotes, en el capítulo tercero de la constitución dogmática sobre la Iglesia —constitución que podemos considerar clave, pues el Vaticano II es el Concilio sobre la Iglesia—, dice lo siguiente:

«Para apacentar el Pueblo de Dios y acrecentarlo siempre, Cristo Señor instituyó en su Iglesia diversos ministerios, ordenados al bien de todo el Cuerpo. Pues los ministros que poseen la sacra potestad están al servicio de sus hermanos, a fin de que todos cuantos pertenecen al Pueblo de Dios y gozan, por tanto, de la verdadera dignidad cristiana, tendiendo libre y ordenadamente a un mismo fin, alcanzen la salvación.»

Para eso estamos y somos: ministros de Jesucristo.

Y ése debe ser nuestro mayor timbre de gloria.

No queramos otro honor.

## Trigésimo tercer domingo

*«Pero Cristo ofreció por los pecados para siempre jamás un solo sacrificio» (Hbr. 10-12).*

### LA DUDA OFENDE

Pero, ¿cómo va a perdonar Dios a ese bandido, a ese criminal, a ese...? No puede alcanzar el perdón a ese...

Para ése, para mí y para ti alcanza el perdón de Dios.

Tenemos un concepto muy pobre del amor y del perdón de Dios. Queremos medir a Dios por nuestro mismo metro, y eso no vale.

El sacrificio de Cristo es de valor infinito. Y por mucho que pequemos tú, yo y el otro. Por mucho que nos diga que la malicia del pecado, según se considere, es infinita, es un considerando muy apartado de la realidad. Pues nada hay tan monótono como el pecado. Ni nadie tan disculpable como el pecador. Hasta los psiquiatras andan descubriendo una enfermedad, o muchas, donde clasificarle.

Lo cierto, lo que no es un considerando, sino muy digno de ser considerado, es el sacrificio de Cristo, de valor infinito. Y por mucho que se peque, siempre alcanza su perdón a todo pecado.

Dando vueltas en torno a los sacrificios que desde siempre la Humanidad pecadora ofreció en expiación por sus delitos, la carta a los hebreos llega a esta afirmación taxativa: «Pero Cristo ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio.» «Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados. Donde hay perdón no hay ofrenda por los pecados.»

Las palabras son claras. La duda es ofensiva. Ofensiva contra la palabra de Dios y, sobre todo, contra la Voluntad salvífica de Dios, que «no perdonó a su propio Hijo por nosotros». Dios mismo murió en la cruz para que ese sacrificio fuese de valor infinito y quedase siempre muy por encima del diluvio de pecados de los hombres.

Es muy importante tener en cuenta esto. No para pecar a gusto, que ya el sacramento —que no es nada más que la aplicación aquí y en este caso del sacrificio de Cristo— me perdonará todo. Eso sería muy mezquino. Sino precisamente para no pecar y para confiar por encima de todas nuestras desconfianzas en el amor y en el perdón de Cristo.

Jamás debemos cometer el peor de los pecados: el de la desconfianza. Precisamente en este mes de noviembre se suele representar el mito de «Don Juan Tenorio». Se suele hacer con los versos rotundos y románticos de Zorrilla. Pero el inventor del mito fue Tirso de Molina, con su obra «El burlador de Sevilla». Pues bien: Tirso tiene otro drama, mucho más hondo, que titula «El condenado por desconfiado». Se trata de un monje a quien el demonio tienta con la duda: «Tu destino será el del primer hombre que encuentres esta noche junto a la puerta de la ciudad.» Baja el monje de su ermita, y se encuentra junto a la puerta de la ciudad al peor criminal del reino. El criminal esperaba la noche para cometer una más de sus fechorías.

Entonces el monje se desespera. Si mi destino va a ser este, mejor dejar la ermita, la oración, la penitencia. Y, desesperado, se lanza a rodar por la vida, y muere como réprobo. En cambio, el bandido, apresado y condenado a muerte, se arrepiente antes de ser ahorcado.

La lección es bien clara: para todo existe el perdón. No hay pecado ni pecador tan grande que no pueda ser perdonado. «Porque donde abundó el pecado sobreabundó la gracia.» Por eso no dudemos. Que hasta la duda ofende.

# Solemnidad de Cristo Rey

*«A Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra. A Aquel que nos amó, nos ha liberado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre, a El, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén» (Apoc. 1, 5-6).*

## EL PRINCIPE DE LOS REYES

Los que dicen que ese título de Rey dado a Cristo está desfasado quizá no han meditado profundamente en el significado del mismo. La Iglesia no piensa igual, y ha trasladado la fiesta de Cristo Rey para el último domingo del año litúrgico, como para cerrar con broche de oro la larga escala de los días solemnes.

A los que no piensan lo mismo les invito a meditar en las lecturas de este domingo de Cristo Rey, especialmente en la segunda (Apocalipsis 1,5-8), que es la que vamos a comentar.

Le damos a Jesucristo la gloria y el poder que corresponde, según nuestro concepto, de Rey, porque es el primero de todos. Porque El se ha ganado esa primogenitura por dos cosas importante: por su amor y por la lucha, donde derramó toda su sangre.

El concepto de reinado, como efecto de conquista, era algo que estaba muy metido en aquellos israelitas que entonces, como ahora, quitaron sus tierras a los que las habitaban. Ellos, que las conquistaron, eran sus dueños. Al frente pusieron sus caudillos, y alguna vez fueron reyes.

Toda la Biblia está estremecida con un temblor de miedo ante ese rescate que hay que pagar a Dios por los pecados que los hombres han cometido. Si algún pueblo se sintió pecador —todos los pueblos se reconocieron así; lo prueban sus sacrificios a los dioses—, fue el pueblo elegido. Si alguna vez lo olvidaban, Dios les enviaba profetas para que se lo recordasen.

Entonces pagaban por todos. Por el rescate de los primogénitos, por los pecados... Pero como dice San Pablo: «Cristo canceló la nota de cargo que había contra nosotros, la de las prescripciones con sus cláusulas desfavorables, y las suprimió clavándola en la cruz» (Colosenses 2,14).

Desde entonces estableció El un reinado de amor. Se acabó el terror ante la divinidad. Testificó el amor de Dios por sus hijos, los hombres, y nos demostró El mismo su amor por nosotros. La ley de su reinado fue una ley de amor. Y cuando venga «sobre las nubes» para presentarse a todos los pueblos de la tierra, como Rey único, juzgará a los hombres sobre el amor.

Vemos, pues, que es un Rey diferente. Y lo es de un reino diferente. Aunque su reino «esté en medio de nosotros», sabemos que tendrá su perfecto cumplimiento en la otra vida, que será el auténtico reino de Dios. Algo así es el reino de Dios, que tiene sus raíces en la tierra, pero sus frutos eternos los da en el cielo.

Pienso que en esta fiesta está condensada una de las principales doctrinas evangélicas. El sabe que nosotros somos ciudadanos, sacerdotes dice el texto de hoy, de un reino eterno, pero todavía peregrinos en una vida fugaz. Que aunque a los ojos de los hombres aparezcamos como otros cualquiera, llevamos dentro una semilla eterna que se llama la gracia. Que reconocemos que Cristo es el Principio y el Fin, el Primero entre todos, el Todopoderoso.

He aquí alguna de las ideas que la fiesta del día quiere meter en nosotros. Para nosotros debe ser un motivo de alegría el saber que, aunque a veces llevamos el gusto de la frustración en la punta de los labios, si somos como debemos, triunfaremos con Cristo en un reino eterno, donde El será Rey.



## Fiestas

# Solemnidad de la Inmaculada Concepción

## LA INMACULADA

Cuando llega la gran fiesta de la Inmaculada con su manto azul desplegado, llega una gran ilusión a nuestra vida. Y aunque la nieve sea blanca como su túnica, la fiesta es azul, azul de ilusión. La Navidad está próxima. Y también la primavera. Pues cuando el invierno llega es que la primavera se acerca.

Dejemos lirismos y cantos más o menos religiosos, y pidamos a la Virgen, en esta gran fiesta, algo de lo que estamos muy necesitados: el equilibrio. Ha nacido un nuevo título mariano: «Santa María del Equilibrio», y le han compuesto una oración que no hago más que transcribir:

«Madre Inmaculada: Te pedimos el don del equilibrio cristiano, tan necesario a la Iglesia y al mundo de hoy.

Libranos del mal y de nuestras miserias. Sálvanos de los compromisos y de los conformismos. Consérvanos lejos de los mitos y de las ilusiones, del desaliento y el orgullo, de la timidez y de la suficiencia, de la ignorancia y de la presunción, del error y de la dureza de corazón.

Concedéndonos la tenacidad en el esfuerzo, la calma en el fracaso, el valor para comenzar de nuevo, la humildad en el éxito.

¡Abre nuestros corazones a la santidad!

Concedéndonos una perfecta sencillez, un corazón puro, amor a la verdad y a lo esencial, fuerza para comprometernos sin cálculo alguno, lealtad para reconocer nuestras limitaciones y para aceptarlas.

Alcánzanos la gracia de saber acoger y vivir la palabra de Dios. Alcánzanos el don de la oración.

¡Abre nuestros corazones a Dios!

Te suplicamos el amor a la Iglesia, tal como tu Hijo lo ha querido, para participar en ella y con ella, en fraterna comunión con todos los miembros del pueblo de Dios —jerarquía y fieles— a la salvación de los hombres, nuestros hermanos.

Infúndenos hacia los hombres comprensión y respeto, misericordia y amor.

¡Abre nuestros corazones a los demás!

Consérvanos en el esfuerzo de vivir y de aumentar este equilibrio, que es fe y esperanza, sabiduría y rectitud, espíritu de iniciativa y prudencia, apertura e interioridad, don total: ¡Amor!»

Esta es la súplica. El amén tenemos que pronunciarlo nosotros con nuestra vida. Mantener el equilibrio ahora es lo difícil. Andar a bandazos por la vida es lo fácil. Basta con dejarse llevar por los torbellinos de las opiniones.

Y sin dar bandazos, mantener una postura rectilínea, a derecha o izquierda, integrista o progresista. Eso es muy fácil. Es tomar un camino y seguirlo. Y sin hacer caso de razones, decir que nosotros estamos en lo cierto porque sí, y que los otros no tienen razón porque no.

Madre Inmaculada, concedéndonos el don del equilibrio cristiano. ¡Lo necesitamos tanto!

## San José

*«Por eso, como todo depende de la fe, todo es gracia; así la promesa está asegurada para toda la descendencia, no solamente para la descendencia legal, sino también para la que nace de la fe de Abrahán, que es padre de todos nosotros. Así lo dice la Escritura: «Te hago padre de muchos pueblos» (Rom. 4, 16-17).*

### ¿POR QUE?

¿Por qué José tuvo que ser probado de esa manera? Es una pregunta que casi surge espontánea ante el drama de José. Nosotros hubiéramos hecho las cosas con mucha más sencillez, simplicidad. Pero nosotros no somos Dios. Y los caminos de Dios son inescrutables para los hombres.

Lo cierto es que a todo lo largo de la historia de Dios con los hombres, cuando encarga de una misión importante, impone una prueba. Es el caso de Abrahán, al que recuerda San Pablo en la carta de hoy. Todos sabemos de la larga espera y la inmensa fe de Abrahán. Y del drama que tuvo al alcance de su diestra cuando le propuso sacrificar a su hijo.

Sabemos que Cristo, antes de hacer los milagros, pedía la fe: «¿Crees que puedo hacer eso?» «¿Crees en el Hijo del Hombre?» Siempre a vueltas con la fe.

Nosotros también andamos a vueltas con la fe. La fe, nuestra fe, aunque no nos lo parezca, es una gracia de Dios. Porque la fe es gracia, es don. Nadie la puede merecer por sí mismo. Lo que sucede es

que como a nosotros no nos ha costado nada, la consideramos baladí. Algo con lo que se puede jugar.

Dios tiene muchas maneras de dar la fe. Puede ser de una manera fulminante, como a Pablo, en el camino de Damasco; o puede ser de una manera sencilla: como a nosotros, por la vía ordinaria de la transmisión paterna. Nosotros, por así decirlo, como que hemos mamado la fe. Fueron nuestros padres los que nos la infundieron, como nos enseñaron otras muchas cosas. Pero detrás de esta fe tan sencilla están los mártires, los misioneros, los santos. Tantos que han hecho posible este clima de fe para que nosotros no tuviéramos nada más que respirarlo.

Sin embargo, es posible que personal o globalmente llegue la prueba de la fe para muchos de nosotros. ¿Estamos preparados?

Pues a lo peor el soporte de nuestra fe son ciertas prácticas parásitas en la Iglesia de Dios. Y si un día llega la poda a esas plantas, nos quedamos a la intemperie. O puede ser un estado de cosas que por las circunstancias que sean ha de cambiar, y ¿entonces?

Por eso es importante que cada uno, personalmente, haga su opción de fe. Que someta a examen esa fe que le ha sido transmitida, que vea a la luz del Evangelio y de las enseñanzas auténticas del magisterio qué es de fe y qué no es de fe. Que vuelva a recrear la fe dentro de su vida. Entonces la fe será algo vivo. Algo con latido y contenido en su existencia.

Es muy posible que en esta revisión de la fe rutinaria surjan muchas dudas. Sepamos que ni diez mil dudas constituyen una falta de fe. Es necesario muchas veces bordear el abismo para llegar a la cumbre. Sólo quien es valiente a abrir los ojos, orientado por un buen guía, podrá ver el horizonte de su fe mucho mejor. Y a veces tendremos que dar unos martillazos tremendos a cosas que creíamos y que no eran nada más que ídolos.

La fe, la auténtica fe, la nuestra, como la de José, siempre saldrá más purificada de la prueba. Y ya que la fe es gracia de Dios, también Dios nos dará la gracia para que nuestra fe emerja intacta de la prueba.

# San Pedro y San Pablo

*«Querido hermano: Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida» (2 Tim. 4, 6-8).*

## DOS CAMPEONES

Los que han peregrinado a Roma con motivo del Año Santo han tenido la ocasión de admirar las basílicas que los cristianos han levantado a estos dos campeones de la fe: Pedro y Pablo. Cada una, en su estilo, es única.

Un símbolo de lo que son estos dos apóstoles. Porque son dos estilos distintos de evangelizar. Los dos, eficaces. Los dos llegaron hasta el corazón del imperio. Los dos sufrieron el martirio. Cada cual, por su camino —y todos los caminos llevan a Roma—, llegaron a su meta.

Y ésta es la gran lección que nos tienen que dar ambos a todos nosotros. Las palabras de Pablo valen para él y para todos: «He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe.»

¿Cuál es tu combate? No sueñes en gigantes, en grandes ejércitos, que no son nada más que molinos de viento levantados en tu cabeza. A cada uno de nosotros se nos dio como misión algo muy vulgar, muy rutinario y cotidiano. En esa palestra está el combate nuestro de cada día. No soñemos. Levantar castillos en el aire es muy fácil, pero destruirlos cuesta mucho. A algunos les dejan marcados para toda la vida. Caminan por la existencia con su sueño y con sus almenas sobre la cabeza.

Seamos realistas. Esto que tengo delante de mí cada día: esa máquina, esa mesa, esa faena, eso es el deber nuestro, la misión, el combate. Combatir bien en eso es el mejor camino para llegar a ser campeones.

¿Nos parece vulgar? Dejemos a un lado a los dos campeones estelares, cuya fiesta celebramos hoy. Comencemos por el principio. Jesús mismo se enterró materialmente en un oficio corriente en Nazaret. Trabajó de carpintero. Un oficio noble, mucho más desde que fue ennoblecido por él. San José hizo exactamente lo mismo. María hizo lo que hacen cada día las amas de casa. Y son los más grandes. ¿Entonces?

Entonces es que no importa lo que se hace, sino el amor con que se hace. Ese toquecito de amor es varita mágica, que convierte lo vulgar en grandioso. Porque Dios no nos mandó al mundo a cumplir grandes cosas, sino a cumplir una misión concreta. Y eso es lo que quiere que hagamos. Para que las pirámides sobresalgan de entre la arena, grandiosas y retadoras, se necesitan piedras enterradas entre la arena, que nadie ve ni admira. Pero, sin duda, son mucho más importantes. ¿Qué sería de las pirámides sin ellas?

El mismo Pablo no fue nada más que un tejedor, cuyo oficio ejercía entre predicación y predicación para ganarse la vida. Pedro, un pescador, al que costó dejar sus redes, y que fue pescado por Cristo para que fuese pescador de hombres. Si ellos son grandes hoy es porque la semilla de su fe prendió en las almas, y los millones de cristianos de hoy les admiran. Y peregrinan a sus tumbas para rendirles un tributo de devoción y de fe.

Otra enseñanza que nos da San Pablo es la contenida en esta frase: «He mantenido la fe.» Mantener la fe, nuestra fe. Esa que bulle en nuestra mente, en nuestro corazón, que alimenta el alma. Y mantener la fe a nuestro alrededor. Podemos ser apóstoles como ellos. Para eso hay que saber irradiar esa fe, transmitirla con los medios que tengamos a mano a todos aquellos que nos rodean. No se nos pedirá ir a Roma para ser mártires allí. Pero podemos ser mártires de nuestra fe en el lugar donde Dios nos dio para florecer en este mundo, que necesita de testimonios y de mensajeros de fe. A veces, vivir de la fe, cultivarla, anunciarla, cuesta un martirio sin sangre.

# Santiago: Patrono de España

*«Hermanos: Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros.» (2 Cor. 4,7.)*

## EL EQUILIBRIO

El problema de la fe es multiforme. Existía, existe, ese problema que aquí plantea San Pablo: de que llevan su fe en el Resucitado en vasijas frágiles, y como son combatidos por doquier, existe el peligro de que se quiebre. Sólo la gracia de Dios... Porque nunca insistiremos bastante en decir que la fe es gracia de Dios.

Existe hoy el problema de gentes que notan que la vasija de su fe hace agua por todas partes. Y, de pronto, se dan cuenta de que están vacíos. Y dicen con una tranquilidad tremenda que no creen en nada. Este fenómeno es cierto. Lo palpamos en la calle, sobre todo en la juventud.

¿Qué decir de todo eso? Que en muchos casos es ganas de notoriedad. Que dicen que son ateos como pueden decir que son «hippies». Cuando pasa la moda vuelven a la fe: a Jesús Superstar, y mil modas diversas en torno a Jesús. Era una fe con poco contenido. Por eso nada extraña que se derrame tan pronto.

En otros, ciertamente, es una profunda crisis de fe. Cuando se habla con ellos y se les explica un poco cómo tiene que ser la fe, la Iglesia, cómo es el Evangelio, dicen espontáneamente: entonces sí. En ése sí creo yo.

Les ha pasado que el bosque de la institución les ha impedido ver el árbol de la fe. Lo gracioso del caso es que primitivamente a los cristianos les tildaban de ateos, porque no tenían templos, ni sacri-

ficios palpables, adoraban a un Dios invisible, no fabricado por artesanos, se reunían en las casas a celebrar la Eucaristía.

Luego la institución pudo con todo. Volvieron los templos, las basílicas, las grandes ceremonias, el poder, la influencia, el boato... Y ahora resulta que muchos no encuentran la fe tras esa muralla. La culpa no puede ser toda de la muralla, sino de quienes rehúyen el esfuerzo de escalarla.

La institución se ha dado cuenta de ello. Y por eso trata de desmontar muchas cosas que chocan a la mentalidad de hoy. A algunos les parece que va muy de prisa; a otros, que va muy despacio. Quizá por eso podemos asegurar que va al ritmo que debe.

Y también tenemos que decir, con perdón de los inmovilistas, que el cambio es necesario. Pues la vida es un continuo caleidoscopio. Permanecer inmutable es no marchar con los signos de los tiempos, que tienen un poco o un mucho del aliento del Espíritu. Por eso, bien venidas sean ciertas reformas que intentan dar una imagen más verídica de Jesús y su Evangelio. Al principio chocan, pero después todas las personas razonables se dan cuenta de que está mucho mejor así.

Se dan otros casos de saltos en la fe. Es decir, gentes que hasta ayer eran «fervientes» católicos y nos enteramos de que se han hecho testigos de Jehová, o de otra secta cualquiera. ¿Por qué? Pienso que son temperamentos extremos que buscan soluciones tajantes. Si católicos quieren que todo se solucione a golpes de dogmas o de excomuniones, si de otros, con la Biblia en la mano anunciando, con pelos y señales, eso que ellos esperan y creen.

Amigos, equilibrio. Nuestra fe es frágil, como una semilla que se va haciendo. Por eso habrá que cuidarla, cultivarla y fortalecerla. A veces la misma prueba le da vigor. Porque «nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan».

Que Santiago, el sembrador de la fe en nuestra Patria, nos ayude en esta lucha equilibrada de nuestra fe. Que su grito de hoy no sea «Santiago, y cierra España», que no vuelvan los tiempos de las guerras o guerrillas religiosas. Que tengamos comprensión.

# La Asunción de María

*«Hermanos: Cristo ha resucitado, primicia de todos los que han muerto.» (1 Cor. 15, 20.)*

¡RESUCITO!

En una de esas encuestas que se suelen hacer en las parroquias preguntaron: ¿Qué significa para ti la Resurrección de Jesucristo?

Ignoro qué respuestas se dieron. Pero la gran respuesta la dio hace muchos siglos San Pablo. Encabeza este comentario.

Por muchas vueltas que le demos, siempre la resurrección significará para nosotros, además de una fe, una esperanza y una alegría; no en vano entonamos gozosos el aleluya cuando llega la Pascua.

La alegría pascual aletea en la fiesta de hoy, porque vemos que esa fe nuestra no ha quedado defraudada. La segunda criatura que ha surgido del sepulcro, rumbo a un Reino que será nuestro Reino eterno, es la Virgen.

La verdad de la Asunción de la Virgen en Cuerpo y Alma a los cielos la creíamos desde siempre; pero como dogma de fe desde que Pío XII lo definió, en 1950, en el anterior Año Santo. Y lo hizo justamente el día de Todos los Santos, en la plaza de San Pedro, porque el gentío era inmenso, y teniendo delante de sus labios el montón de micrófonos que llevaron la noticia a todos los rincones del mundo.

Hoy llamamos a eso un acto triunfalista. Y lo es. Pero creo que con razón se puede ser triunfalista en un acontecimiento así. Gozosamente triunfalistas. Más que celebrar un acontecimiento, es lanzar al mundo un anuncio: ¡Resucitó! Cristo, María. Nosotros también resucitaremos.

Quizá a algún teólogo de los que les gusta analizar todo discutía si resucitó o no murió. Discusiones aparte, opino que la Virgen murió, como todo mortal, como Cristo, su hijo, y resucitó como él. Una opinión muy fundamentada en una trayectoria vital ordinaria.

La Asunción de la Virgen es meta para todos nosotros. En el prefacio de la festividad se dice: «Porque hoy ha sido llevada al cielo la Virgen, Madre de Dios; ella es la figura y la primicia de la Iglesia, que un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la tierra.»

Los artistas siempre gustaron de representarla perdida entre ángeles y nubes. A lo mejor, de tanto verla así, nosotros también la creemos perdida para nosotros. Y no debe ser así. Justo por su Asunción está más cerca de nosotros, pecadores. Ella es la adelantada, la pionera de esta marcha de todos hacia esa patria definitiva.

No por ser ahora Reina deja de ser Madre. Siempre Madre de nosotros, pecadores. La constitución dogmática sobre la Iglesia nos lo recuerda:

«Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el momento en que prestó fiel asentimiento en la anunciación, y lo mantuvo sin vacilación al pie de la cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos. Pues una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio de salud, sino que continúa alcanzándonos, por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación.

Entretanto, la Madre de Jesús, de la misma manera que, ya glorificada en cuerpo y en alma, es la imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el futuro siglo, así en esta tierra, hasta que llegue el día del Señor, antecede con su luz al pueblo de Dios peregrinante, como signo y esperanza segura y de consuelo» (LG. 62 y 68.)

Que nuestra alegría de hoy sea mucho más que una alegría veraniega y verbenera. Que sea la alegría de los que tienen la seguridad y esperanza de un mundo mejor, porque alguien de su raza ya cruzó la frontera.

# Todos los Santos

*«Queridos hermanos: Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él.» (1 Jn. 3, 1.)*

## SER SANTO HOY

Ser santo hoy es estar abiertos al amor de Dios. Sencillamente lo que expresa hoy San Juan: Que Dios nos ama, que nos ha hecho sus hijos. Tener el alma sensibilizada a esa realidad es tener el alma orientada hacia la santidad. Vivir esa sensación única: «Dios nos ama.» Es caminar por caminos de santidad.

El amor pide correspondencia. Aunque sea un amor tan grande, tan gratuito, tan infinito como el de Dios. Amar a Dios, amarle con un amor grande, práctico, encarrilado en la ley de amor es cumplir aquello de San Agustín: «Ama y haz lo que quieras.» Esa es la verdad, y amar a Dios es estar orientado hacia la verdad. Decía Santa Teresa de Jesús: «Quien de veras ama a Dios no ama sino verdades.»

Pero en este camino hacia la santidad nos sale al paso por enésima vez el hermano. Pues si no amamos al hermano, no amamos a Dios. Y aunque hay muchos estilos de santidad, el «carisma» actual va a través del amor al prójimo.

Hoy parece un lujo ofensivo andar buscando una isla, un remanso de paz donde colokuar a solas con Dios. Cada cual tiene que hacer una isla de su propio corazón, pero mientras camina codo a codo en medio de la muchedumbre. Hoy se buscan a estos santos que se dan a los demás. Se han quitado a los «santos» de los retablos y los altares porque ocupaban mucho sitio, parecían unos «santos» inútiles, propicios a la distracción de lo esencial, y se ha prescindido de la aureola y del pedestal para los santos que hoy se requieren.

Quien quiera ser santo hoy tiene que tomar la opción de los humildes, de los pobres, porque Cristo nació en un establo, no en un palacio. Y la diferencia es fundamental. Y el cristiano ha quedado marcado desde siempre, desde la gruta de Belén.

Santa es por ejemplo Angelita, que vive pendiente de su madre

paralítica en una cama. Que quema su juventud, su vida por atenderla. Que se priva de todo eso que puede ser aliciente en una vida juvenil, en una vida corriente y normal sin complicaciones, pero que ella sabe que está allí su deber. Y lo cumple pensando en Dios y en su madre que es su prójimo.

Santo es el médico, el sacerdote, la monja, la enfermera que se mete en medio de la selva, dejando otros lugares más cómodos y otros caminos más trillados, para hacer senda humana y cristiana en la jungla.

Santo es el hombre que se mete en un suburbio —jungla sin asfalto—, que se juega su vida, su libertad en lucha contra la injusticia. Que denuncia el pecado de tantos explotadores de hombres. Y podría vivir la vida tan guapamente, sin complicaciones. Pero lo hace por amor a Jesucristo y al hermano. Y sin odio a nadie. Denuncia un pecado, una estructura, una injusticia, pero no aborrece a ese pecador, a veces inconsciente, víctima de una maquinaria que no le permite pararse ni desentonar.

Resumiendo y volviendo al revés una célebre frase de San Pablo: «Santidad es el fiel cumplimiento de la voluntad de Dios.» Lo cual es tan antiguo como los santos y los tratadistas sobre la santidad. De uno de nuestro siglo de oro copio su castellano clásico:

«Mira, hermano, tú has contado muchas cosas buenas, mas a mí ver sabías dellas mal usar, teniendo más respeto a cumplir con tu voluntad que ni con la de Dios y con tu oficio... Bueno es oír Misa y bueno rezar las horas canónicas; pero si mientras oías tu Misa y rezabas tus horas dejabas de oír y despachar los que habían de negociar contigo, y eras causa de que se comiesen las capas en el mesón, dígoote que te valía más no oír Misa ni rezar. Pues hubieras cumplido lo que por razón de tu oficio era obligado, bien era que te pusieses en oración a Dios, demandándole gracia para que a servicio suyo y bien de la república pudieses ejercitar tu oficio. Mira hermano: no hay oración (santidad) más grata a Dios que cumplir su voluntad; y sabiendo tú ser ella que se haga bien al prójimo ¿pensabas servirle rezando con daño del prójimo? Por cierto, muy gentil oración era la tuya.»

(«Diálogo de muertos», de Juan de Valdés.)

Nosotros podemos preguntarnos cuál es la voluntad de Dios ahora para los cristianos de ahora.



# Otros libros del mismo autor

## EL EVANGELIO, DOMINGO A DOMINGO

Ciclo «A» (152 págs., 21 × 15, 150 ptas).

Prólogo de Mons. Díaz Merchán, arzobispo de Oviedo.

«Estas reflexiones dominicales, escritas con agilidad y galanura, proyectan su resplandor sobre cuestiones de actualidad, grandes o pequeñas, en las que los cristianos vivimos inmersos.» (Mons. Díaz Merchán, arzobispo de Oviedo.)

Un libro que es como un «flash» que ilumina la realidad actual a la luz del Evangelio de cada domingo.

### EL EVANGELIO, DOMINGO A DOMINGO.

Ciclos «B» y «C» (agotados).

**VERDE, AZUL Y BLANCO** (agotado).

## MATRIMONIO E IGLESIA

(232 págs., 21 × 15, 200 ptas.).

Comentarios completos a las lecturas (que se incluyen) del Ritual del Matrimonio. **HOMILIAS** prácticas.

Y al hilo de las lecturas bíblicas del Ritual del Matrimonio, se tratan casi todos los temas importantes del momento.

Algunos, de palpitante actualidad: El amor. La sexualidad. La liberación de la mujer. El aborto. La maternidad y paternidad responsable. El sacramento. El divorcio. Crisis matrimoniales...

Se incluye el Ritual del Matrimonio.

## MI PRIMERA COMUNION

(Tercera edición.)

(150 págs., 21 × 15 cm., 200 ptas.).

Comentarios bíblicos, narraciones, sobre la Eucaristía. Acomodados para una catequesis bíblica, sobre el tema, a los niños.

Incluye un Catecismo de Primera Comunión.

Tres índices: general, bíblico y catequético.

Una esmerada tipografía y presentación hacen de este libro un bello y práctico regalo para los niños que se prepararán para la Primera Comunión.

O como recuerdo de la Primera Comunión.

## HACIA EL PADRE

(Cuarta edición.)

(688, págs. **GRAN FORMATO** —22 × 16 cm.—, 675 ptas.).

Este libro contiene: **203 HOMILIAS**, a base del Ritual de Exequias y de Unción de Enfermos.

205 lecturas, seleccionadas y sintetizadas, del Antiguo y Nuevo Testamento.  
115 notas pastorales.  
Cuatro índices: General, bíblico, pastoral y DE MATERIAS.  
Todo esto le hace sumamente útil para los sacerdotes.

## **¿ESTA PROXIMO EL FIN DEL MUNDO?**

(Segunda edición.)

Es un libro de suma actualidad porque trata de la doctrina de los Testigos de Jehová.

No de la manera que hasta ahora se ha hecho, meramente expositiva, sino de una manera viva, en disputa abierta con un Testigo de Jehová.

Como ha escrito un crítico: "Es el mejor libro escrito en España sobre el tema. Está llamado a hacer mucho bien."

No es un mero folleto. Es un libro, de 170 páginas, cuesta 150 pesetas. Descuentos especiales a parroquias, según pedidos.

## **SAN ANTONIO, HOY**

(Segunda edición.)

Al hilo de la vida de SAN ANTONIO DE PADUA, despojado de toda milagrería, se trata la candente cuestión de "¿SANTOS, SI, o SANTOS, NO?".

Una serie de preces o plegarias finales pretenden ser una acomodación litúrgica de las devociones populares.

La juzgamos importante en la presente renovación litúrgica.

Es un folleto de 64 páginas, bellamente presentado, con fotograbados intercalados, y su precio es de 50 pesetas.

## **CANTAD TODOS AL SEÑOR**

(Octava edición.)

Contiene la LETRA de doscientos treinta (230) cánticos. Dos, inéditos, con música.

Está dividido en diversas secciones, siguiendo las partes de la Misa, y Cánticos de catequesis, villancicos, etc.

160 páginas, 75 pesetas. Descuentos especiales a parroquias, colegios, etc., según pedidos.

**PEDIDOS: LUIS FERNANDEZ ALLER**

**C/. Abajo, 1  
SALAMANCA**



